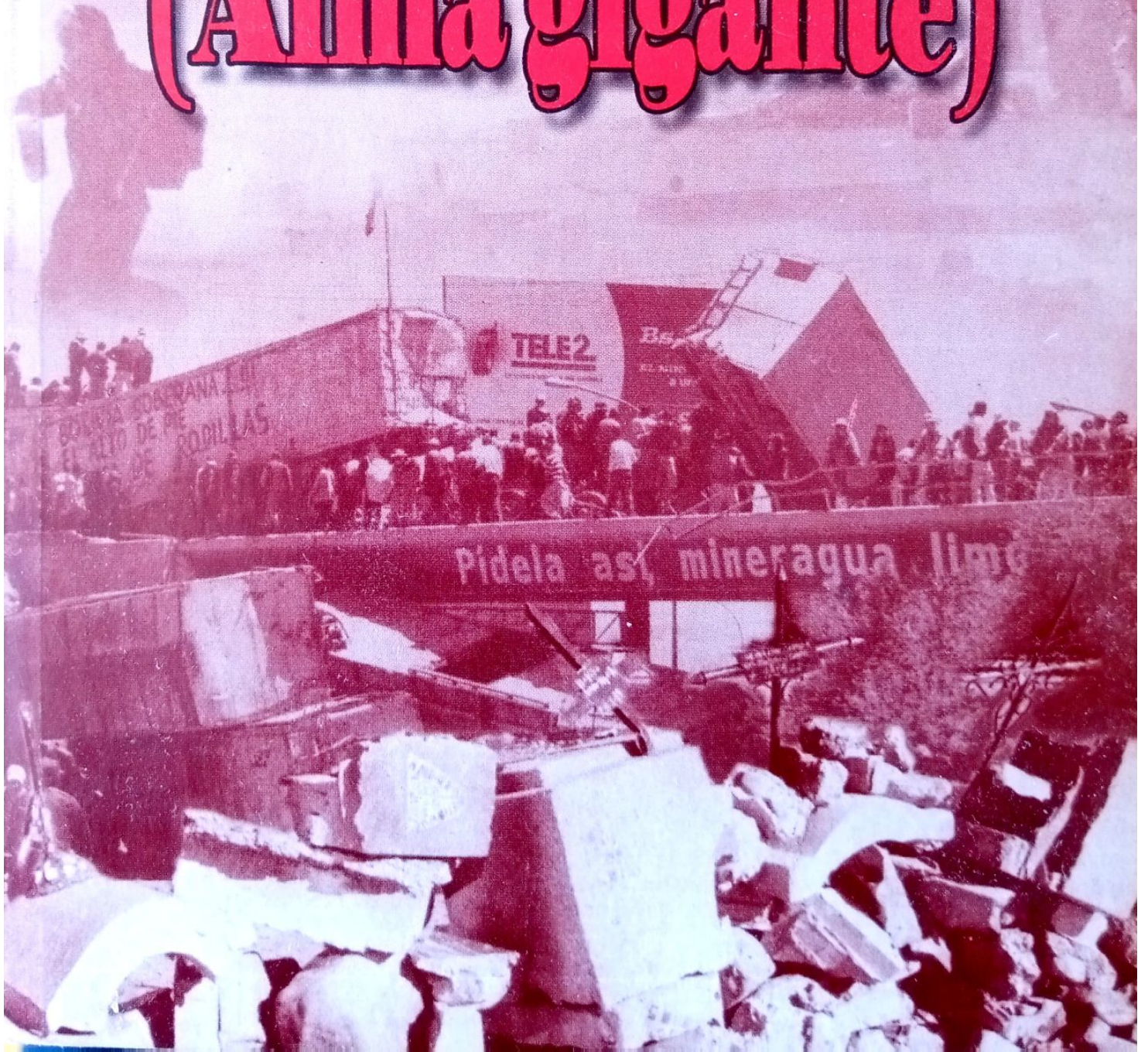


OMAR QAMASA GUZMÁN BOUTIER

Jach'a Ajayu (Alma gigante)



Título:
Jach'a Ajayu
(Alma gigante)

© Omar Qamasa Guzmán Boutier

Queda hecho el Depósito Legal No. 4-1-1035-09

Impreso en:



G. Milton Paredes Verástegui

Apoyo Gráfico

La Paz – Bolivia

DEDICATORIA

*Voz de voces
diluida junto al viento
envolviendo cuerpos,
que brotan
como lágrimas del polvo.*

*Grita el recuerdo;
vida – muerte – vida
pero sólo quedan
burlas a octubre.*

A manera de Presentación

Los movimientos sociales han conquistado un lugar protagonista en el actual proceso de cambios estructurales, en nuestro país; lo que ha llevado a profesionales de diferentes ramas, principalmente de las ciencias sociales, a interpelar las causas de su importancia.

Sin embargo desde la remota antigüedad, los grandes poemas épicos se han constituido en los mejores referentes de la lucha de los pueblos, en la búsqueda de su identidad y posterior liberación.

En ese horizonte se proyecta la narración titulada "Jacha Ajayu", de Omar Qamasa

Guzmán; la fuerza de los acontecimientos define su carácter volcánico y el relato de aliento coral, trae de nuevo a la vida, a los héroes anónimos que construyen en las calles, el destino de un pueblo y que en el desigual combate prefieren morir de pie y nunca de rodillas.

Ricardo García

Todavía con los pétalos en la mano se acercó a la ventana, como si fuera convocado por alguna voz misteriosa. La abrió y levantó la vista. En el azul profundo que cubría esa parte de la bóveda no había nubes, ni cruzaba el viento. Sólo los reflejos del sol obligaban al anciano a entrecerrar los ojos.

La ventana de su cuarto sobresalía del cerro Killi Killi, desde donde había contemplado varias tardes la fachada del Palacio quemado, de la Catedral. Ahora su vista se perdía en el espacio, sin mirar nada en particular. Quiso retirarse, cuando le contuvo un rayo salido del vacío iluminando el día, seguido por el estruendo ensordecedor que estremeció los marcos de su ventana y se perdió en la plaza Murillo.

Jerónimo agudizó la vista, mientras depositaba, con un movimiento mecánico, los pétalos a un costado. Extrajo algunas hojas de coca de la chuspa que le colgaba del cuello, las ordenó cuidadosamente y las agitó suave hacia el azul, de donde había salido el rayo.

-Munat Tata Illa ... -murmuró, bajando la mirada con humildad.

Los surcos en su rostro parecían brillar y le daban un aspecto sereno. Ahora sujetaba las cuatro hojitas de coca con las dos manos, concentrándose en la oración al Tata Illa. Nada en él revelaba alegría o esperanza. Sus labios apenas se movían. Abrió los ojos y descubrió un vacío suspendido sobre la ciudad. El hueco, en el que también el tiempo se había quietado, dejaba pasar en forma de brisa las voces

de ancestrales ancianos. Eran los llamados inaudibles que le habían convocado a la ventana, para mostrarle la señal de ese infinito escrito cósmico que anunciaba el Pachacuti; el retorno de la gran luz, de la que había escuchado hablar desde siempre.

Un vistazo al calendario de la pared dejó retumbando "19 de febrero" en su mente y recordó que hace una semana, también al medio día, policías y militares habían iniciado una balacera frente al Palacio quemado.

El alivio le estiró apenas los labios, al tiempo que besaba las hojas de coca.

-Dice que aquí ha caído un rayo —comentó un oficinista mientras cruzaba la plaza Murillo.

-Sí, dice que era encima del Pedro Domingo Murillo —respondió su amigo y ambos levantaron la cabeza, para descubrir, en lo alto de la estatua, una de las puntas desportillada.

-Un compañero de las minas ha caído herido en Senkata —se escuchó en la sala y el eco de las palabras nubló triste los rostros. El miércoles 8 reunía a 400 dirigentes en ampliado, a convocatoria de la Federación de Juntas Vecinales de El Alto. Evaluaban el cumplimiento de la huelga general indefinida decretada por la Central Obrera Boliviana, junto a los anuncios del magisterio y de otros de suspender la medida de presión desde el lunes 13.

-La única fuerza que puede paralizar al país y pedir la nacionalización de los hidrocarburos es nuestra Fejuve —exhortó vehementemente un dirigente, abriendo el cauce a los discursos que pedían la radicalización de la huelga. Las arengas decayeron cerca del medio día, para dar paso a las resoluciones. Desde la testera, el hombre terminó de leer las conclusiones y se hizo el silencio. Luego, poco a poco todos comenzaron a levantar la mano, hasta que el dirigente de chamarra negra, sentado al frente, sentenció: “¡Aprobado!” y un estruendo de aplausos cerró el ampliado. La gente dejó lentamente la sala en medio de gritos de mueras al gobierno. Ganaron las calles y afuera se formaron pequeños grupos dispersos.

Horas más tarde, José, el presidente de Santiago II recorría su zona, convocando a los delegados de calle a una reunión informativa. El anciano sonreía nervioso cuando comenzó a explicar las resoluciones de la Fejuve, luego fue

ganando seguridad y terminó instruyendo coordinar las acciones con Juntas vecinales aledañas.

En el otro extremo de la ciudad, los dirigentes del Distrito cinco también explicaban, en una asamblea de emergencia, las instrucciones de la Fejuve. Por detrás de la masa podía observarse retornar a muchos jóvenes de Ventilla. Llegaron y aseguraron que todas las Juntas vecinales de la ciudad estaban participando en la protesta.

La tarde iniciaba su recorrido. En las principales avenidas que vinculan a El Alto con La Paz y con el interior del país se parapetaban tupidas manchas humanas, para impedir el paso a los vehículos y a las tropas de militares y policías. A esas horas, la Junta de Vecinos de Santiago II había convocado a una asamblea general en la plaza del Minero y a medida que los dirigentes llamaban a respaldar la huelga, los gritos de protesta contra el gobierno electrizaron el lugar, hasta transformarse en un rugido combativo. Pronto comenzó la masa a moverse en gruesas columnas hacia la avenida 6 de marzo. La gente quería cerrar el paso de la carretera hacia Oruro y avanzaba bulliciosa, mientras crecía el rumor que aseguraba que los vecinos de Senkata y Ventilla, junto a los primeros contingentes de mineros llegados desde Huanuni, estaban por rebasar al ejército. Las barricadas, en la avenida, eran el campo de batalla. Los gases lagrimógenos y los disparos no lograban despejar la ruta. Al contrario, la humareda de pequeñas fogatas burlaba los efectos del gas y el encendido de madera proliferaba. Cada vez que los uniformados se acercaban, una lluvia de piedras les hacía retroceder.

—¡Un grupo de mineros ha sido detenido! —informó jadeante el hombre que vio acercarse a la primera columna de Santiago II.

La llegada de esa multitud renovó los ánimos en Senkata y los manifestantes arremetieron, al son de cientos de

gritos, contra los uniformados. Explosiones de pequeñas dinamitas eran respondidas por un nutrido tableteo de ametralladoras. Por momentos, el humo impedía ver más allá de pocos pasos. Por eso el pequeño grupo en el que se encontraba José no descubrió al oficial de policía en frente suyo, apuntándoles con el arma. El disparo fue un estruendo confundido en el ruido de la batalla y los ojos del hombre, al lado de José, se encontraron fugazmente con la figura del oficial, todavía con el arma extendida, antes de sentir una vara de hielo incrustándose dolorosa en el pecho, cerrándole la respiración, para dejar un leve lagrimeo en los ojos. El proyectil de gas impactó en su cuerpo y el viejo dirigente a su lado sólo alcanzó a ver desplomarse a su compañero masticando una maldición. Después, el remolino de manos alrededor del caído no se intimidó ante la lluvia de balas.

El impacto había desplomado al hombre, quien apenas descubrió, en un parpadeo, la nubecilla ocultando al tumulto a su alrededor. No sentía esas manos levantándole para introducirle al vehículo, hasta que vio su cuerpo flácido y tuvo conciencia que era a él a quien estaban auxiliando. Se vio, en ese cuerpo agonizando, aparecer primero de niño, luego de adolescente, sin borrar pero la figura moribunda. Vio pasar su vida en una rueda de imágenes que, simultáneamente, le recordaron todos los días de sus cuarenta y cinco años, hasta el momento en que el oficial le disparaba. Divisó, reflejado en su rostro, la cara pálida del policía, sus ojos dilatados y descubrió el miedo de ese hombre con labios temblorosos.

Antes que la nubecilla del arma se despejara, se descubrió a sí mismo alejándose de su cuerpo auxiliado por la gente. Desesperado, se incorporó dejando a su primer cuerpo en el suelo, para correr tras de sí y sujetarse a ese otro cuerpo suyo, blanco-brillante. Se abrazó ansioso a su espalda, volcó la cabeza hacia su cuerpo que estaba siendo levantado

y alcanzó a ver cómo el grupo de jóvenes ahora terminaba de acomodarle en el asiento trasero del vehículo. El auto partió raudo. A los pocos metros disminuyó la velocidad por la gran cantidad de bloqueos en la calle; volvió a arrancar y nadie escuchó el erupto ahogado de Tomás, justo en el momento en que él se desprendía de su cuerpo brillante y veía angustiado cómo se alejaba, dejando atrás al vehículo, a su cuerpo bañado en sangre.

-Ya no corra tanto, señor. Más bien, le llevaremos a su casa, porque este don ya ha estirado los Manacos.

-Este compañero es el símbolo de la resistencia de nuestra Junta -dijo uno de los hombres que bajaba el cuerpo y el estallido de gritos contra el gobierno renovó los ánimos de lucha.

Con el anochecer, poco a poco retornaban los vecinos a sus zonas. El viento silbaba débil, como anunciando que aquella primera muerte se multiplicaría pronto por toda la ciudad.

-¡No; nada de peros, mañana subimos sí o sí a la Feria! Más bien espérame temprano en la tienda -ordenó a esas mismas horas Ana María a tiempo de colgar el auricular.

Al día siguiente, antes que el sol emergiera sobre el pico de los cerros, un Toyota blanco subía raudo por la autopista hacia El Alto. El jueves encontraba a la señora Gonzáles, junto a Erlan, aproximándose al puesto de peaje, en la Ceja. Era la entrada, según recordaría más tarde, a la ciudad que estaba en paro indefinido; pero en ese momento nada le revelaba que la huelga era algo real. Solamente al dejar el puesto de peaje, doblar a la izquierda por el nudo vial y dirigirse a la Feria, notó que las calles estaban desiertas.

-Doña Ana, parece que el paro es verdadero -opinó tímido el hombre, pero la mujer continuaba su carrera hacia la zona 16 de julio.

Poco más adelante, las primeras barricadas no la inquietaron. Giró hacia una calle, luego hacia otra, esquivando a los pequeños grupos de vecinos y solamente disminuyó la velocidad al sentir el viento cruzando triste por la rendilla de la ventana. Ni siquiera vio al taxi salir de la esquina, cuando su mirada se clavó en el vehículo rodeado por un tumulto de gente obligándole a detenerse. Los bloqueadores increpaban con ademanes amenazadores al conductor y Ana María sintió por primera vez miedo. Veía enmudecida, mientras detenía mansa la camioneta. Adelante, los bloqueadores rodearon completamente al taxi y de los gritos pasaron a descargar su furia con palos sobre el vehículo. En una fracción de segundos una lluvia de piedras le dejó sin parabrisas. El estallido de los cristales retumbó en los oídos de Ana, quien comenzó a retroceder lentamente su camioneta, alejándose sin llamar la atención. Antes de doblar en una boca-calle, alcanzó a ver cómo el taxi se tambaleaba y en un suspiro polvoriento quedó con las llantas bajas.

-No creí que era tan grave; si en la radio y en la televisión no han dicho nada –murmuró, escabulléndose por entre las calles aledañas. Tenía que salir de la zona, ganar la Ceja y bajar a La Paz, donde se sentiría segura. La pequeña vagoneta tragaba el empedrado bajo sus ruedas y las calles le devolvieron por un instante el aliento.

-Estos indios pero; a todos nos perjudican –protestó.

Se quedó como presa sorprendida delante de la mira del cazador cuando vio a mitad de la calle a un grupo de hombres y mujeres haciéndole señas para que se acercara.

-¡No vas a hablar nada! –le ordenó nervioso Erlan.

El vehículo se detuvo al lado de la gente.

-¿Por qué han tardado tanto, compañeros? –preguntó un hombre apenas bajó Erlan la ventana.

-¡Ya, carguen todo! –ordenó y el resto subió a la capota bultos y banderas.

Adelante, Erlan se había estrechado para dar campo al hombre que parecía comandar al grupo.

-¿No tienes Wiphala, compañera? —volvió a la carga mientras el vehículo comenzaba a rodar lentamente.

-Sí, pero lo hemos olvidado en casa —se apresuró a responder Erlan.

Atrás, encima de la camioneta, las Wiphalas flameaban junto a las polleras de las mujeres. El motorizado se deslizaba en la dirección que el jefe del grupo indicaba a Ana. Tomaron calles desconocidas y pronto se encontraron frente a una nueva barricada. Al verles, la multitud se acercó al vehículo, para descargar algunos bultos.

-¡Compañeros, aquí está la comida! Es de las hermanas del mercado Chacaltaya —y nutridos aplausos alegraron el círculo.

-Venga compañera, nos alimentaremos; harto trabajo vamos a tener —le llamó una de las señoras que había venido en la vagoneta. Uno de los bultos fue depositado en el centro de la calle, detrás de la barricada, mientras las mujeres tendían sus mantas sobre el suelo. Desamarraron el bulto y brotaron papas, chuños, mote, trocitos de carne y bolsitas con llajua.

Ana veía cómo una señora armaba un puñado de alimentos a su lado.

“Toda la sopita va a comer mi reinita, sino, los indios van a venir y te van a llevar” y la niña recordaba entonces nuevamente los cuentos de la abuela. “Si no les haces caso, la primera vez te pegan y si no les vuelves a hacer caso, entonces te comen una mano”. Sus ojos miraban espantados la sonrisa estirada de su madre, acercándole la cuchara a la boca y sólo sentía el líquido bajando la garganta, los pedacitos de carne hecho corchos, como ahora, compartiendo la comida con los bloqueadores. Mascaba sin terminar de triturar los alimentos, muda de terror cada vez que veía las

polleras de las mujeres, las abarcas de los hombres y les escuchaba hablar entusiastas de la huelga. Por eso nadie notó cómo la mano de Erlan recorría el montoncito de comida que Ana María hacía a un lado, mientras ella seguía masticando, con la sonrisa congelada.

Aunque no lo sabía, estaba en el Distrito cinco, al extremo oeste de la ciudad, muy lejos de Ventilla. Aún así, en los puestos de bloqueo no se hablaba de otra cosa que del minero muerto. Era como si un invisible hilo uniera las barricadas y fogatas. Ella miraba ausente a la gran cantidad de gente vigilando la fogata y recién percibió que prácticamente ese jueves el sector oeste estaba totalmente paralizado.

-Ah, compañera; todo también has comido. ¿Te ha gustado? Estito más servite entonces —y una nueva montaña de alimentos apareció delante suyo.

“Ahora como una damita nos limpiaremos con esta servilleta la boquita y las manitos” recordaba, reviviendo la lejana sensación de la niña sentada en el comedor, junto a su plato con dibujos del Pato Donald. Ese medio día estaba segura que las amenazas de su madre se hicieron realidad, mientras su mano, mecánicamente bajaba y subía llevando a la boca granos de tostado de maíz.

El almuerzo terminó y ella nuevamente se encontraba conduciendo en la dirección que el jefe del grupo señalaba. Visitaron un piquete y luego otro, repartiendo todos los bultos de comida, antes que el vehículo se detuviera en un bostezo. El grupo saltó de la camioneta y se despidió alegre.

-Yo les acompañaré un poco, porque sino, no les van a creer que ustedes son de la comisión de apoyo —dijo el jefe y el vehículo partió en dirección a la Ceja. Aunque las calles estaban vacías y en los puntos de bloqueo no les obstruían el paso, Ana María conducía robotizada. Estuvo así hasta bajar a La Paz, dejar a Erlan en el centro y llegar a su casa.

Durante esa tarde, en Santiago II, hombres, ancianos, mujeres, jóvenes, llevaban piedras, bolsas de tierra, llantas, como hormigas a la esquina de la calle cuatro, en la entrada de la zona. Cumplían la resolución de la asamblea de la mañana levantando una barricada para detener el avance del ejército. A lo lejos se escuchaban detonaciones y nubecillas de humo delataban que en otras zonas también la población resistía a las tropas. A instantes venían sudorosos jóvenes que se habían internado a los barrios vecinos, informaban que las tropas estaban rebasando las barricadas y volvían a dejar el lugar.

Después, la noticia de los carros blindados aproximándose recorrió con más insistencia las calles y la gente comenzó a pertrecharse tras las barricadas. Clavaban las pancartas con anuncios que exhortaban a los soldados a no disparar contra sus hermanos. Banderas bolivianas bordeaban como escudo la barricada, a la espera de los acontecimientos, hasta que se escucharon los primeros disparos. El tableteo se abría paso en medio de las detonaciones de cachorros de dinamita que como respuesta salían lanzadas desde la nada. Detrás de los carros blindados venían, agazapados, columnas de policías. Disparaban gases hacia la multitud embravecida, que apenas se había apartado de la barricada. El bullicio y el humo no lograban dispersar a la gente y la columna de uniformados se detuvo, como si quisiera retomar fuerzas para el asalto final. Por ello nadie se percató del helicóptero que aparecía en el horizonte, hasta que vomitó fuego encima de la zona. Los gritos de dolor antecedieron a la dispersión despavorida y las tropas, al grito de guerra, se abalanzaron tras la muchedumbre. Los vecinos corrían para perderse entre las calles, mientras el enjambre de uniformados destrozaba furioso la barricada, arrancaba las pancartas y derribaba a culatazos las maderas, antes de remover las piedras. Las banderas, con crespones negros,

yacían dispersas bajo las botas de los uniformados, enfervorizados por el olor a sangre.

La gente, sin embargo, nuevamente comenzó a reunirse en las boca-calles. Habían retornado armados con palos, fierros, piedras y ahora múltiples manchas humanas se aproximaban amenazadoras. Impulsada por la orden de un rugido, la multitud volvía a la barricada. El estruendo de dinamitazos y una lluvia furiosa de piedras cubría su avance. El coraje que exhalaba esa masa paralizó a los uniformados, quienes sólo atinaron, primero, a agazaparse en una de las esquinas, antes de abandonar precipitados el lugar. En su retirada, la tropa disparaba enloquecida a la multitud, a las casas, a las piedras. Veían temerosos alargarse las sombras de la noche, como fantasmas cerrándoles la salida y cubiertos de lágrimas, entre gritos, disparaban ya sólo para escuchar el ruido de sus armas.

-Ayer fuimos atacados por el ejército —informó al día siguiente, en la plaza del Minero, José a un grupo de periodistas extranjeros. Mientras relataba el esfuerzo de los vecinos por rechazar a las tropas, creía volver a escuchar las detonaciones del combate. Poco a poco, la gente comenzó a rodear a los periodistas y escuchaban atentos a su dirigente. Esperaban el inicio de la asamblea, mientras más allá, la multitud congregada crecía hasta ocupar completamente el centro de la plaza.

El resto de la directiva pasaba lista a los delegados de calle. "Están los 54 delegados", dijo alguien y cedió su lugar a José. Después, cada delegado informó sobre las bajas sufridas, antes de escuchar nuevamente a la directiva. Desde la testera, hicieron conocer que ese viernes la ciudad había amanecido militarizada, con las principales avenidas y plazas ocupadas.

-¡Compañero José!, es de la Fejuve, quieren hablar con usted —oyó y vio una mano alcanzándole el celular. El anciano

no se alejó del grupo, escuchó atento, respondió en monosílabas y retornó a la testera.

-Compañeros, aunque todo esté militarizado, nuestra Fejuve nos instruye a no desmayar —la voz del hombre silenció rápidamente el lugar —nuestro objetivo final sigue siendo la renuncia de Sánchez de Lozada y nuestra meta ahora tiene que ser impedir el abastecimiento de combustible.

Terminó de hablar y varias manos se levantaron pugnando por ganar el uso de la palabra. Los oradores arengaban a mejorar la organización, planificando la protesta hasta en los mínimos detalles. Otros aseguraban que el baño de sangre que comenzaba no había intimidado a las bases.

-¡Al contrario compañeros, ahora nuestro espíritu de lucha está más elevado! No descansaremos hasta lograr la renuncia de este gobierno asesino.

Una nutrida ola de aplausos recorrió la asamblea.

-Yo creo que cuando se organizan las cosas, todo sale bien —había exhortado José y la reunión pasó a conformar comisiones para garantizar el paro. Se organizaron varios grupos de vecinos. Unos debían garantizar que las tiendas del barrio estuvieran abiertas durante dos horas cada mañana; otros debían asegurar que la feria atendiera también durante dos horas, para que pudieran abastecerse. “Ahora vamos a garantizar que el paro se cumpla estrictamente”, había alentado alguien, antes que la gente comenzara a retirarse.

Para el medio día, entre el frío viento y el miedo, en el sector de Senkata, cerca de la planta de Yacimientos, se respiraba un aire enrarecido.

-¡Retirarse carajo! —las órdenes de la patrulla despejaban momentáneamente la calzada.

Pronto, pero, la cantidad de gente aglomerándose fue creciendo hasta reducir a los uniformados a un puñado de hombres armados gasificando la zona. Entre gritos de con-

fusión y el estallido de las bombas de gas, estallaban de vez en cuando disparos que en forma de puntitos oscuros cruzaban los aires. La multitud respondía con petardos, piedras, cachorros de dinamita. El enfrentamiento tiñó el aire que el viento esparcía, llevando a todos los lados el coraje de los vecinos defendiendo la planta de Senkata.

En Santiago II, el inicio de la tarde encontró en la plaza a pequeños grupos de gente rodeando a los dirigentes. Los intercambios de opiniones pronto se transformaron en deliberaciones que atraían a más vecinos y nuevamente la mancha humana llenaba los alrededores del monumento al minero. La gente pedía la palabra, analizaba la situación, criticaba al gobierno, hasta que alguien sugirió trasladar los ocho contenedores, esparcidos en las afueras del barrio, a la avenida 6 de marzo. La sugerencia fue aprobada en medio del júbilo y la multitud rodeó rápidamente los contenedores. Alentados por los gritos de vivas a la huelga, movían pesadamente las estructuras metálicas hacia la avenida. El trabajo les ocupó toda la tarde y cuando llegaron al lugar en que la avenida empalma con la carretera hacia Oruro, ya comenzaba el sol a descender y todos vieron satisfechos las sombras de los vehículos estirarse sobre el asfalto. La gigantesca barricada de metal atrajo a vecinos de los barrios aledaño, entusiasmando a la multitud. A lo lejos se veía pequeños grupos de uniformados observándoles.

La gente alrededor de los contenedores encendía fogatas, que iluminaban como luciérnagas la naciente noche. Los pequeños puntos de fuego se esparcieron rápidamente en medio del rumor que aseguraba que el gobierno había ordenado la detención de todos los dirigentes alteños.

-Don José, váyase esta noche de su casa; cuidado que le pesquen en plena cama.

-Yo estoy a la cabeza de una Junta y tengo que estar aquí. Si tienen que detenerme, me detendrán estando acá

—respondió y de su rostro arrugado solamente brillaban un par de dientes.

—Bueno, como usted quiera. Nosotros nos vamos a amanecer en la zona y si damos la alarma, ya sabe, escape sin mirar atrás. Aquí, entre nosotros nos vamos a cuidar, así es que no se preocupe si escucha algo.

Cuando la oscuridad terminó comiendo todo, se multiplicaron las fogatas y las sombras de gente agrupándose a su alrededor permitían identificar a los grupos de guardia. Al paso de las horas, el frío y el cansancio les disminuyeron las fuerzas, envolviéndoles en un abanico tranquilo.

Eran las tres de la mañana cuando el rasmillar metálico contra el asfalto les penetró por la columna y sólo atinaron a mirarse entre sí. La sorpresiva acción del ejército, despejando los contenedores de la carretera, únicamente se apreciaba en forma de una mancha rodeando los vehículos. De vez en cuando, la luz de la noche destellaba triste en los cascos de guerra.

—¡Compañeros. Compañeros! —tras la voz jadeante emergía de la oscuridad un rostro aterrorizado.

El hombre llegó corriendo hasta la primera fogata del barrio y con él otras sombras se deslizaban cerca del fuego.

—¡Los soldados! Son ocho, nueve camiones, llenos. Han despejado la 6 de marzo y están entrando.

El nerviosismo contrajo los rostros y un murmullo removió el lugar.

—¡Los petardos; daremos la alarma! —salió de entre el grupo.

—Esperen. Escuchen —dijo alguien y el silencio dejó pasar suave la brisa —parece que todavía no avanzan.

El viento estiraba la llama en un bailoteo hipnotizador. Con el tiempo detenido únicamente se escuchaban esporádicos ladridos lejanos.

-Creo que ya no vienen –murmuró el hombre que había llegado dando la alerta.

-Han movido todos los contenedores, compañeros, pero ya no están avanzando. Están ahí nomás, vigilando la avenida.

Horas después El Alto amanecía en medio de un calma tensa. Nutridos contingentes militares vigilaban las principales carreteras que salían de la ciudad, pero los uniformados ya no infundían miedo y los vecinos, como todos los días, se reunían en asamblea.

La mañana del sábado trajo también el rumor de la detención de un policía en Santiago II, luego de los enfrentamientos. A los vecinos las aseveraciones les arrancaban primero una sonrisa, pero cuando los canales de televisión y las radios informaron que el policía estaba colgado en la plaza del Minero, decidió José ir en busca de los periodistas, recorriendo barricada por barricada.

-¡Por supuesto que no está ése y ningún otro carabinero en nuestro poder y queremos desmentir enfáticamente esa situación! –protestaba ante los micrófonos, pero el rumor siguió creciendo.

El medio día era una bola de fuego aplastante que no lograba alejar a la gente de las calles. Policías y militares nuevamente asomaban por los alrededores. Poco después, las tropas asaltaron sorpresivamente varias calles de Santiago II. Avanzaron rápidamente disparando enloquecidos, hasta llegar a la plaza. Desde lo alto, les acompañaba el zumbido del helicóptero y descendía rasante cada vez que los vecinos querían agruparse. El comandante de los uniformados instruyó a su tropa acampar en la plaza y como si una voz silenciosa les convocara, salieron los vecinos rápidamente de las casas. Otra vez se formó una gran mancha humana que, armada de palos y piedras, arremetió contra las tropas sin darles tiempo a reaccionar. La huida de los policías y los militares fue en violenta desbandada.

-¡Esa era una mentira del gobierno asesino y la prensa reaccionaria! No estamos desligando nuestra responsabilidad! Si hubiéramos tenido la oportunidad de apresar un policía lo hubiéramos hecho —arengó el anciano dirigente a los periodistas congregados a su alrededor.

Detrás de él, los gritos contra la prensa le interrumpían constantemente e hizo que los reporteros abandonaran rápidamente el lugar.

-Durante toda la tarde han respetado nuestro bloqueo con los contenedores, pero en la noche lo han desbloqueado y nuestro sacrificio ha sido inútil, compañeros —comenzó la reunión un delegado de la avenida 6 de marzo.

La asamblea se transformó en la palestra para combativos discursos, hasta que la atención se concentró en cómo volver a bloquear el lugar, de tal manera que no pudieran mover los contenedores. Escucharon también a los delegados de los barrios vecinos, con quienes planificaron reforzar el nuevo bloqueo.

-Vamos a llenar por dentro los contenedores, para que el ejército no los pueda mover —convocó alguien.

Poco después, hombres, mujeres, ancianos, simulando una hilera de hormigas asomaba en la lejanía, trasladando piedras, tierra, al interior de la estructura metálica. El destacamento militar se había retirado mucho antes. Así transcurrían las horas en interminable ajetreo de gente llevando pequeños bultos, hasta que el peso de la carga fundió la base de los contenedores con el asfalto.

“Carajo, tenemos que profundizar la huelga”, recordaba retumbar Bernardino su propia voz. Hacia dos horas había sentido un súbito arranque de indignación, luego de escuchar que Santiago II fue nuevamente intervenida por el ejército. Ahora se encontraba cavando una zanja, junto a otros hombres. Los vehículos dejaron de circular por Villa Ingenio y los vecinos salían masivamente a las calles.

-Compañeros, esta lucha es de toda Bolivia –arengaba en la calle un dirigente de la Junta Vecinal.

Desde su zanja, alcanzó Bernardino a verle agitar un brazo, mientras sostenía con la otra mano el megáfono. Sólo lograba captar algunas palabras; suficientes como para comprender que la dirigencia les instruía ir a las casas de los vecinos que pertenecían a los partidos de gobierno, para obligarles a sumarse a las movilizaciones.

Después, el orador bajó del banco y se confundió en la multitud que avanzaba internándose en la Villa. Los hombres que quedaron relegados dejaron de trabajar y se retiraban cansados, cuando escucharon una seguidilla de lejanas detonaciones.

-¡Vamos a las casas de los politiqueros! –gritó alguien y un remolino de voces inyectó nueva fuerza al grupo.

-¡Compañeros! Vamos a las casas de los políticos –salía del grupo atrayendo a más gente, hasta que la mancha humana se detuvo frente la puerta de una casa y su sola presencia obligó al poco tiempo, a salir a las personas de la vivienda.

-¿Ustedes se van a acoplar aquí a la huelga, a la protesta o les vamos a sacar a las malas?

Los rostros, hundidos de miedo detrás de la puerta entreabierta, parecían recuperar vida.

-Bueno, ... eeeh, nos vamos a acoplar –y un estallido de júbilo incorporaba a los nuevos manifestantes al grupo, para seguir en busca de más casas de militantes de los partidos de gobierno.

El recorrido no se hubiera interrumpido si una nutrida delegación de vecinos de Alto Lima, Villa Ingavi, no se les hubiera cruzado en el camino, reclamando por la ferocidad con que la policía les reprimía. Hablaban del regimiento policial número cinco, asentado en Huayna Potosí.

-¡Ustedes, los de Huayna Potosí están protegiendo a los policías! –increpó alguien.

-Entonces, a ustedes más les vamos a atacar –terció otra voz y de pronto la atención se había volcado hacia los vecinos de Huayna Potosí.

-Nosotros a nadie estamos protegiendo. Vengan ustedes y atacaremos juntos al regimiento.

Hasta entonces la desesperación del gobierno había cobrado media docena de vidas y aunque escuetas, las noticias servían para que en La Paz, dirigentes de distintos sectores se esforzaran en tejer alianzas para fortalecer la movilización.

-Entre nosotros podemos lograr acuerdos –salió detrás del escritorio.

De la cara curtida por el sol sobresalían los lentes de Sergio, desde donde miraba los rostros contraídos del pequeño grupo. Descubría una mezcla de nerviosismo y determinación por reforzar la protesta. Aspiró profundo, hinchando el pecho y volvió a hablar.

-Estamos la COD de Oruro, las hermanas Bartolinas, la cesutcebe y nosotros, los colonizadores.

La evaluación de la situación política fue una ronda de breves intervenciones. Todos coincidían en extender, desde el lunes, al resto del país la huelga indefinida y el bloqueo de caminos.

En la cara de Román, principal dirigente campesino, destacaban sus mandíbulas dándole una forma cuadrada, en la que los ojos formaban apenas dos delgadas rayas. El hombre, de contextura robusta, escuchaba atento. En sus manos, el bolígrafo parecía un arado minúsculo perdido entre los dedos gruesos.

-De todas maneras nos mantendremos en contacto esta tarde –acotó Ramiro. Era el único que sin ser dirigente acompañaba las protestas sociales desde hace varios años.

-Tú, escríbenos unas cartillas de seguridad, para que los jóvenes dirigentes sepan cómo comportarse, porque hasta

puede haber un golpe y nos van a descabezar –le pidió Alejandro.

La reunión terminó en un abrazo entre todos, antes de salir furtivamente de la sede de los colonizadores, ganando la avenida Busch.

La tarde comenzaba y para Ramiro nada extraordinario podía ocurrir hasta el lunes. Sin embargo, a esas mismas horas, en el sector norte de El Alto la gente se congregaba en la cancha de tierra, para comenzar un nuevo ampliado.

-Aumentaremos nuestras protestas –se escuchó luego que los dirigentes informaran acerca de los resultados de la represión.

-Aquí, los policías, desde un principio están contra nosotros –recordó alguien.

-Marcaremos sus casas con rojo y así vamos a saber quién es policía.

Los aplausos aprobaron la sugerencia y en el aire se respiraba una quietud fría, olor a tierra.

-¡A ver, hermanos! que cada zona delegue una comisión de cinco vecinos de base –la sugerencia desordenó momentáneamente la asamblea.

Los pequeños tumultos fueron disueltos por una nueva orden desde la testera, que pedía a las comisiones reunirse después, en el arco norte. La reunión continuó deliberando y ahora discutían acerca de las medidas que tomarían en contra de la policía.

-Bueno, en un principio, destrozar su casa.

-Y si está su familia, entonces matarlos –añadió alguien, arrastrando consigo una ovación de aplausos.

-A ellos les gusta matar y entonces nosotros también mataremos a sus familiares. A ver si van a estar tranquilos –sentenció.

Las palabras precisaban la manera en que el Distrito debía organizarse.

-Las comisiones irán a otros sectores para no estar en su sector marcando las casas de los policías.

Bernardino escuchaba en silencio. Su figura pequeña, redonda, parecía oscurecerse más aún con el viento. Mientras veía las sombras extenderse lentamente, tuvo la certeza que en esa tarde sus treintaisiete años se habían atropellado en un solo tiempo.

Abajo, en La Paz, horas después Ramiro todavía recordaba el instructivo enviado a las federaciones del interior, para iniciar el bloqueo de caminos. Salía de la universidad pensando en las medidas que adoptarían desde el lunes.

-¡Compañero licenciado! —el grito le devolvió a la tarde del sábado. Tras él, otro docente le extendía jovialmente la mano.

-Siempre nos has rechazado un traguito y espero que ahora nos acompañes —añadió.

Pasaban al lado de un puesto de telefonía celular y Ramiro, antes de responder llamó a Sergio.

-El lunes nos veremos, hermano, a primera hora en la Confe. Con Román ya hemos faxiado todo —escuchó.

Entonces, el atardecer comenzó a deslizarse hacia la noche. Díez repitió la invitación. En su vehículo cruzaron el centro de la ciudad, compraron dos botellas de San Pedro en una licorería de Villa Copacabana y se instalaron en el living de Díez. Junto a él vivían dos estudiantes extranjeros. El grupo se sentó en la mesa y brindó alegre por el encuentro.

-¿Cómo ven la movilización? —preguntó Ramiro.

-Como simples extranjeros sólo podemos ver desde afuera lo que la prensa dice y eso no es mucho.

-Pero se nota que la fuerza viene desde las bases —añadió Anibal.

De vez en cuando el grito de emoción de relator de fútbol, en el televisor de la habitación contigua, distraía al grupo.

-Creo que Bolivia ha metido un gol –dijo Díez y todos se precipitaron al dormitorio.

En la pantalla, las imágenes en cámara lenta mostraban a un jugador boliviano estirando la pierna en un gesto de último esfuerzo, para introducir la pelota al arco.

-Es Peña –sentenció Ramiro y volvieron a la mesa.

Mientras tanto, afuera la noche había caído en forma de miles de lucecitas amarillas.

También en El Alto la oscuridad opacaba la vista. Alrededor de las zanjas se organizaban fogatas y en poco tiempo un centenar de puntos de fuego ardían amenazantes. A pocos metros el vacío negro dificultaba distinguir los cuerpos. Eran, en su mayoría, los delegados de los sectores que representaban 80, 90 e incluso 100 lotes. Se les veía juntarse, deliberar en voz baja y salir corriendo para perderse en la oscuridad. Actuaban como pólvora esparciendo en el Distrito norte la consigna de atacar al regimiento. “Tenemos que desarmarlos a esos perros”, mascullaba la gente. Desde la caída de la tarde, la multitud no se había disuelto y ahora atraía a más gente. Cuando promediaban las nueve de la noche, comenzó la masa a avanzar hacia el regimiento policial. Fue entonces que escucharon crecientes zumbidos, a un costado del horizonte, hasta que descubrieron un par de helicópteros descendiendo en el interior del regimiento.

-¡Alto! –ordenó alguien –están mandando refuerzos.

-Son paracaidistas –dijo jadeando un joven –están armando sus ametralladoras en la canchita –completó.

Era uno de los centinelas que había bajado corriendo desde el montículo, a un lado del regimiento.

La llegada de los soldados contuvo por un instante a la muchedumbre. Al igual que un animal preparándose para el asalto, la multitud caminaba de un lado a otro entre las calles que bordeaban al regimiento, hasta que las primeras filas se detuvieron frente al portón y arrancaron un ta-

bleteo de disparos, detonaciones, explosiones de dinamitas en medio del bramido de protestas. El acecho se mantenía oculto en la oscuridad y al contrario de lo que esperaban los uniformados, los disparos enardecían a la multitud y atraían a más vecinos. Eran las diez de la noche cuando se descargó la primera ola humana sobre los muros. El intento por ocupar las instalaciones policiales se prolongó por cerca de una hora. Después de la primera avalancha, miles de rostros aguardaban expectantes la respuesta desde el interior del edificio, antes que una voz amplificada en cientos de gargantas impulsara una nueva corrida. Los disparos cruzaban la oscuridad como puntitos rojos. Presa del pánico, la gente corría para refugiarse tras las esquinas. Más allá, otra multitud intentaba sobrepasar los muros, hasta que un nuevo tableteo de ametralladoras la dispersaba.

-¿Ha cogido a alguien la bala, compañeros?

-No, a nadie -y en la oscuridad el silencio encerró nuevamente a la gente que observaba los destellos rojizos de las balas.

Los últimos disparos se ahogaron rápido y sólo hablaba el vacío de la noche. Poco a poco se retiró la gente. A esas horas, en las diferentes zonas, las fogatas concentraban a más vecinos.

-Ya; un grupo que se quede hasta la una y el otro que viene hasta las seis de la mañana -sentenció alguien y en todas las fogatas comenzaron a organizarse de la misma forma.

Todavía flotaban los tóxicos, pero no impedía que la calma retorne a los piquetes de vigilancia.

En el otro extremo de la ciudad, los chasquis, ocultos entre las paredes, al borde de la 6 de marzo, vigilaban los contenedores que bloqueaban la avenida. No pasó mucho tiempo, cuando vieron a una columna de camiones militares, carros de asalto, aproximarse a la barricada. Al igual

que la noche anterior, los soldados trataron de recorrer los vehículos. El peso sellaba desafiante el asfalto e hizo estallar la bronca del Comandante en una maldición.

-¡Columna de motorizados; a la carga!

El ronroneo opaco avanzó pesado, embistió los contenedores sacudiendo por un instante las sombras, antes de ahogarse impotente.

-¡Carajo, con ganas! —ordenó y los carros blindados formaron una fila que arremetió con más furia.

El chillido del metal desgarrando el asfalto duró escasos metros. De pronto un estruendo silenció la noche, antes que el jadeo de los motores agonizara y un traqueteo de piedras, tierra, fierros, saliera vomitado de los vehículos, despararrándose a lo ancho de la avenida. Los contenedores se habían quebrado por la mitad, sin ceder a la arremetida y formaban ahora oscuros cerros de escombros.

También a Ramiro y sus amigos continuó la noche acompañándoles, extendiendo las botellas hasta poco antes del día siguiente. De los tres dueños de casa, sólo uno estaba despierto en la mesa.

-Me voy a descansar. ¿Por qué no duermes un momento? Te puedes acomodar aquí —dijo Díez señalando el sofá.

Ramiro vio la botella, escuchó el ruido de la habitación contigua y sonrió mientras vaciaba el resto del líquido a un pequeño envase. La música había enmudecido hace tiempo y el silencio envolvía el cansancio del hombre. El sueño le electrizó por un instante. Con un gesto comprimido recuperó fuerzas, guardó el envase en su bolsillo y salió de la casa.

II -

Los primeros rayos del sol disolvían la hilera de nubes en el horizonte. Cansados, retornaban los vigilantes que habían amanecido alrededor de las fogatas. En Huayna Potosí, al pasar cerca del regimiento, descubrieron cientos de casquetes de proyectiles esparcidos por el suelo.

-Bueno, pero no habido ningún muerto.

-¿Qué hacemos ahora?

-La asamblea seguramente va a definir —terció otro de los hombres.

En La Paz, la brisa arrancó a Ramiro un castaño de dientes al salir de la casa. Caminaba esforzándose por no caer cada vez que trataba de esquivar a los perros que le salían ladrando alborotados. Sus pasos le dirigieron primero al cruce de calles, más tarde apareció en la Plaza Villarroel. Siguió subiendo pesadamente, hablando con invisibles acompañantes, hasta que se encontró, cerca del medio día, tocando el timbre frente a una pequeña puerta de calamina. Desde las alturas veía la ciudad como un montón de juguetes brillosos. El sol estaba alcanzando el centro del cielo.

-¿Está Willy?

¡Willy te buscan, es Ramiro! Creo que está mareado —alcanzó a escuchar.

-Sólo por tu voz mi viejita se ha dado cuenta que estás yuca —le dijo a manera de saludo, levantando los platillos

sobre la cama. Había dejado de ensayar en la batería y estaba manipulando el dial de la radio.

-¿Qué dices de lo del alto?

-¿De qué?

-¿No has escuchado? Los militares cabrones están masacrando desde la mañana —respondió al tiempo que elevaba el volumen del aparato.

La voz del locutor sobresalía en medio de una música fúnebre, antes de dar paso a llamadas telefónicas de vecinos alteños. Era una mujer y su voz se entrecortaba cada vez que escuchaban lejanas detonaciones. Después llamó un anciano, recordando que había defendido el petróleo en la guerra del Chaco. Súbitamente se encontró Ramiro con el auricular en la mano y escuchó su propia voz, instando a los intelectuales, a la iglesia, a pronunciarse para que Sánchez de Lozada salga de la presidencia. Un nudo le cerraba la garganta. Colgó sin escuchar ya las nuevas protestas.

-Bien tirado hermano —dijo Willy al volver.

Las botas, el pantalón negro, junto a la polera vieja y la melena cayéndole hasta la mitad del pecho, dibujaban una figura que parecía haber salido de recónditas cuevas subterráneas. Vio a Ramiro parado en medio del cuarto, sosteniendo en una mano el envase de trago y en la otra la tapita de la que goteaba el líquido. Tenía la mirada perdida en la ventana y murmuraba algo incomprensible. Se acercó para escuchar lo que decía y descubrió el rostro de su amigo bañado en lágrimas.

-Queridos ajayitos —decía moviendo apenas los labios y esparcía el líquido a un lado del suelo, luego al otro, sin poder contener las lágrimas —gracias por su sacrificio —añadía y nuevamente dejaba caer unas gotas, mientras seguía hablando a los muertos de El Alto. En la radio continuaban, angustiosas, las denuncias de los asesinatos que militares y policías cometían. Ramiro sentía como si ante sus ojos se

recreara la furia del gobierno que, hasta cerca del medio día del domingo, sumaba una veintena de muertos.

Para José, en Santiago II, esa mañana había arrancado con el grito de un grupo de vecinos llamándole desde la calle. Buscó a través de las cortinas y su mirada se encontró con los rayos del sol que despuntaba. Más allá, alrededor de un árbol, esperaban algunos hombres. Cuando le vieron, su figura atrajo a más vecinos. Rápidamente se formó un círculo, en el que las palabras se atropellaban agitadas. Así también sería la asamblea general, poco más tarde, en la plaza del Minero.

-El objetivo del gobierno es hacer pasar el combustible a los centros de consumo. Por eso, compañeros, tenemos que cavar zanjas en las calles y avenidas, para impedirselo.

También en la cancha del Distrito V discutían los vecinos acaloradamente, luego de escuchar el informe de los dirigentes.

-Hermanos, si esta magna asamblea ha determinado atacar nuevamente el regimiento policial, nos concentraremos este día sólo en eso y no hablaremos de otra cosa —sugirió alguien.

-Pero si las otras juntas están saliendo a reforzar el bloqueo para que no salga combustible, nosotros no nos podemos hacer a un lado, atacando el regimiento.

-Yo creo, compañeros, que ya estamos horas y horas discutiendo. Daremos de una vez cumplimiento a lo que hemos resuelto, porque eso no es distraernos, sino apoyar la lucha de todo El Alto, porque esos policías salen a reprimirnos y además usan el regimiento para abastecer a los militares —reflexionó una señora e inmediatamente cientos de voces comenzaron a corear “¡aal regimiento!”; “¡aal regimiento!”.

En la testera, apenas les alcanzó el tiempo para declarar concluida la asamblea cuando la masa ya abandonaba la cancha. Los vecinos salían pensando en la destrucción del

cuartel. Antes de llegar a las inmediaciones del regimiento, vieron a un costado del cielo asomar un helicóptero y casi al mismo instante escucharon una ráfaga de disparos. En una estampida de confusión, la multitud se dispersaba en varias direcciones que, cuando se alejaba el helicóptero, volvía a reunirse, avanzando otro trecho. Detrás de los muros del cuartel policial eran disparados proyectiles de gas, que en su trayectoria dibujaban un medio círculo de algodón en el cielo, antes de estrellarse contra el suelo, en medio de una densa nube tóxica.

La furia de los vecinos envolvía con gritos de guerra la zona y ni los disparos lograban opacarlos. El helicóptero dio una vuelta, vació varias ráfagas cortas y tomó luego la dirección hacia La Paz. Entonces, la mancha humana comenzó a rodear rápidamente al regimiento. Desde adentro, los policías descargaban desesperados sus municiones sobre el cerco que les acechaba. De pronto sobrevino el silencio.

Parado en medio del patio, el Comandante sostenía un papel en su mano. Desde el día anterior, inteligencia de la policía le había informado que la asamblea de los vecinos había decidido marcar las casas de todos policías en El Alto. Miraba la desesperación con la que sus hombres trataban de esconderse, después de haber disparado enloquecidos a la masa. Cumplían las órdenes con más miedo a la pintada de sus casas que a la multitud belicosa, buscando en cada disparo eliminar a quien marcaría su puerta. Al observarles revivió en él, por un instante, una extraña sensación de compasión que no sentía desde sus años de colegial. Con el alto al fuego destacaba aún más la preocupación en el rostro de sus hombres. Ahora, ante los vecinos que se estaban alistando para el asalto final y viendo a su tropa almacenar las últimas municiones, ocupando posiciones en espera de la orden de abrir fuego, volvía a sentir esa dulce sensación de compasión.

-¡Teniente! Que todos los hombres se reúnan en el patio y sin armamento.

-¡Es su orden! ¿Me permite hablar, mi Coronel?

El hombre asintió con la cabeza. Escuchaba el plan del Teniente para resistir, hasta que retornen los helicópteros.

-¡Suficiente! -cortó -después que se reúnan, que nos esperen. Usted y dos hombres más me van acompañar -añadió jovial perdiéndose en su oficina.

No podía decirles que ni todas las municiones le harían ordenar a que vuelvan a vaciar sus carabinas sobre la multitud de allá afuera. Íntimamente, desde la noche del viernes sabía que para calmar la ciudad, la represión a las protestas ya no tenía sentido. Estaba seguro que la violencia amagaba con desbordarse hasta salpicar a los familiares de su tropa y eso le oscurecía el alma. Al salir de la oficina le vino el impulso de abrazar a sus hombres. Sintió una invisible lágrima en la mejilla y entonces tuvo la certeza de liberarles del dolor.

Afuera los gritos de combate se incrementaban a medida que el círculo sobre el cuartel se estrechaba. Antes de llegar a los muros, la gente de las primeras filas observó asomar tímida una bandera blanca por la rendija. La masa siguió avanzando, cuando vieron abrirse el portón y salir a un oficial junto con un grupo de policías.

-Es su Comandante -murmuró alguien.

-Están atemorizados compañeros; aprovechemos -arengó otro, cuando le interrumpió la voz del oficial.

-¡A ver compañeros! ¿Quiénes son sus dirigentes? ¡Queremos conversar con sus dirigentes!

Por un instante se asentó el silencio entre la multitud, hasta que, de entre la primera fila, avanzó primero uno, luego otro y finalmente varios hombres. Detrás de ellos se juntaron vecinos de base y la delegación de acercó hacia el Comandante.

-A partir de hoy, yo no voy a sacar a mis efectivos para nada –comenzó el oficial –estamos con ustedes; con el pueblo.

Esperó vanamente alguna reacción y los segundos le parecieron eternos.

-Por favor, no hagan nada a mis efectivos; no vayan a matar a sus familiares. Sus casas, ... no destruyan. Por favor ... -su voz agonizaba en el vacío.

-Ya. Si usted no sale ni una vez más con sus efectivos, bueno, aceptamos.

-Pero si usted saca a sus uniformados a gasificar, inmediatamente vamos a hacer eso. Porque a ustedes les gusta matar, entonces, también vamos a matarles. Aquí, si es morir, moriremos todos –amenazó otro dirigente.

Mientras tanto, la multitud rodeaba la entrada del regimiento y los miles de rostros observaban fijamente a los policías.

-Compañeros vecinos, nunca voy a salir con mis efectivos. Por favor ... –nuevamente se le cortó la voz.

-Aunque sea, pongan centinelas en las cuatro esquinas del regimiento, porque no vamos a sacar a los efectivos –imploraba.

Una ola de aplausos, entremezclados con gritos de advertencia, le devolvió la vida y respiró aliviado al sellar el convenio con los vecinos.

En ese mismo instante voceros del Gobierno aseguraban enérgicos por las radios, que nada les detendría en su intención por abastecer de gasolina a la población. En las pantallas de televisión aparecía el rostro grasiento del Ministro de Salud, junto al Ministro de Defensa, quien miraba a todo lado con ojos desorbitados. Las siguientes imágenes mostraban en la Ceja de El Alto, compañías de soldados en trajes de combate, moviéndose pesado.

De la misma manera, en muchas zonas se desplazaban otras tropas. La voz robótica del Coronel se despidió con

un "cambio y fuera" por el aparato de comunicación que el Capitán sujetaba. En su traje de combate parecía uno de los soldados de juguete de Alex. Echado de barriga, debajo de la mesa, el niño jugaba absorto con sus soldados de plástico. Los colocaba uno frente a otro; disparaba canicas a las primeras filas simulando con su boca el sonido de las balas.

Ajeno a la columna real de soldados que ingresaban a Rosas Pampa, su zona, seguía en la imaginaria guerra cuando escuchó, salido de la nada, un grito alertando por la llegada de los militares. Sus ojos crecieron alegres, iluminando la cara de niño de cinco años y de un salto se incorporó para salir corriendo hacia la terraza. Alzó los pequeños brazos para sujetarse a uno de los ladrillos, se paró de puntas, levantó el cuerpo esforzándose por sacar la cabeza, como la había sacado esa mañana debajo de las frazadas.

"Todo lo que se mueva es objetivo militar", la orden del Comandante retumbaba en la mente de los soldados, mientras la columna se deslizaba nerviosa por la calle. Fue entonces que Alberto descubrió asomar lentamente una cabellera negra por encima de la terraza y antes que apareciera todo el rostro levantó el arma, apuntó, descargó un disparo que votó de inmediato hacia atrás el cuerpo del niño.

Iguales disparos, en la Ceja, no lograban dispersar a la multitud. Frente a las tropas militares, una mancha humana rugía embravecida. Eran minutos eternos de acecho mutuo. La expectativa duró poco, antes que los primeros disparos ahuyentaran, por un instante, a la gente. Luego siguió el tableteo ronco, disparando hacia la masa humana, entre quienes, como muñecos, caían diferentes personas al suelo. Sin embargo, el rugido de la multitud no cesaba y cada vez que los disparos descansaban, la gente volvía a emerger de entre los muros, para reforzar las barricadas y encender furtivamente llantas, maderas. Encima de las cabezas rondaba un helicóptero, persiguiendo con nutridos

disparos a la multitud que corría despavorida. Entonces, las tanquetas avanzaban pocos metros, pero la muchedumbre nuevamente se les aparecía enfrente.

-Compañero José, aquí el compañero Pedro está poniendo a disposición su movilidad —había dicho uno de los vecinos atrayendo a su lado a un hombre de mediana estatura quien, orgulloso, miraba expectante al dirigente.

Así comenzó el traslado de los heridos a los hospitales en el pequeño taxi, cubierto con una bandera blanca.

-A los más graves, tienen que bajarles como sea al Hospital General —había alcanzado a decir José, mientras dos jóvenes voluntarios se introducían al vehículo. La movilidad hizo un giro y se perdió raudamente por entre las calles de tierra.

Las balas se estrellaban en las paredes de adobe en una estampida de polvo. Caían en lluvia de acero, hasta que súbitamente todo se hizo silencio. Era como si el felino se divirtiera viendo correr despavorida a la gente, antes de lanzar otro zarpazo. Frente a él, la multitud se agitaba como un solo cuerpo. Unas veces, en miles de rostros a pocos metros de los tanques, otras, vigilando desde la oscuridad de las paredes. Su presencia impedía a los militares moverse con soltura y hasta la media tarde las barricadas no habían sido desbloqueadas. La protesta atraía a más vecinos y los voluntarios, dueños de algún vehículo, se fueron multiplicando para socorrer a las víctimas. En Senkata, donde se encontraba la planta de Yacimientos Petrolíferos, una mancha humana formaba un grueso cordón de hombres y mujeres alrededor de las entradas. En Río Seco, al otro extremo de la ciudad, un grupo de gente, en su afán por abastecerse de gasolina, hizo estallar el surtidor de distribución, regando de sangre y pedazos de cuerpos el lugar. El ruido ahogado vació por un instante el aire, vomitando una bola de fuego que fue creciendo hasta la inmensidad.

Su voracidad apenas impactó en el ánimo de la masa que ahora, a pocos metros de distancia, en la carretera de salida hacia el lago Titicaca, tumbaba las pasarelas. Las columnas de cemento caían pesadamente, bloqueando a lo ancho el asfalto y los gritos de júbilo enardecían más a la gente.

En el sector norte, aunque la policía del regimiento cinco ya no salía, el aire seguía enrarecido y convocaba a los vecinos de Alto Lima, Villa Ingenio, Ingavi, Mercurio a concentrarse nuevamente en la cancha. La multitud se movía intranquila, vitoreando su voluntad de continuar la huelga hasta la renuncia del Presidente. Más allá, en la avenida, un grupo de jóvenes cavaba más zanjas. Nada se habría alterado, si no se hubiera producido el raudo paso de diez, quince, camiones cargados de soldados. Primero los vieron aproximarse en forma de una pequeña fila negra.

-Deben ser del cuartel de Chua o del Ingavi —comentó alguien.

La gigantesca mancha humana que cubría la avenida ocupaba una intersección de la que nacían varias calles de la carretera principal. Estaban a la altura de la ex-tranca, en Río Seco, cuando los vehículos les embistieron, descargando desde lejos sus ametralladoras. Las balas salpicaban el asfalto, produciendo agudos latigazos. Hombres, mujeres, escapaban en todas las direcciones. Desde los vehículos les veían correr hacia arriba, a los costados. Buscaban protegerse en medio de los quejidos de dolor, que se ahogaban bajo el tableteo incesante de las ametralladoras.

-¡Disparen, carajo! Quiero ver vacías esas carabinas —alentaba el Comandante y tenues nubecillas volvían a levantarse del cañón de las armas.

El hombre recorría la fila de los camiones observando a la tropa que, delante de los vehículos, disparaba hacia la multitud.

-¿Y este mierda? —masculló al ver a un soldado petrificado, con el arma colgándole de las manos.

El soldado veía a la multitud delante suyo convertida en una mancha oscura, como cuando Efraín les contaba su paso por el cuartel, en Escoma. “¿Cuántos futuros Mallkus hay entre ustedes?, nos ha dicho el Mayor y a mí un poco de miedo siempre me ha dado”, decía, infundiéndoles un leve escalofrío. Ahora, en Río Seco, con traje de soldado no sentía nada y hasta sus manos le parecían ajenas. “Desde el patio he visto a los primeros grupos que aparecían en los cerros; eso me ha hecho dar harta rabia. ¡Carajo, les vamos a enseñar a respetar el uniforme!, les he gritado a mis camaradas.” El grupo que le rodeaba escuchaba en silencio, mientras las sombras les comían el cuerpo. “Ustedes, changos, tienen suerte. El dos mil nosotros hemos hecho frente a los primeros bloqueos del Mallku y nadie sabía qué iba a pasar. Ahora, en el escalafón de ustedes, si hay bloqueos, ya tiene experiencia el ejército, así no van a pasar lo que nosotros hemos pasado.”

Los gritos de la multitud le llegaban como pequeñas olas, entremezclándosele con los recuerdos. ¿La verdad era la que Efraín les había contado o la verdad era la que ahora huía delante suyo?

“Por eso me han ascendido a dragoniante”, dijo Efraín orgulloso, con las pupilas brillando en la oscuridad. El grupo de muchachos no le quitaba la vista. “Tienen que disparar nomás. ¿Acaso conocen a los cojudos que bloquean? Así, después hasta los jefes les van a aceptar a ustedes”, prosiguió.

Los recuerdos le llenaban la mente, por eso no vio llegar al oficial, alzar amenazador el fusil. El golpe seco le quitó la respiración, pero no sintió dolor en el estómago. Observó al Comandante sin mirarle.

-¡Dispare, soldado!

Vio gesticular a ese rostro que le gritaba y continuó viéndole cuando el oficial retrocedió unos pasos agitando las manos en dirección a la multitud. Dejó de vociferar por un instante, clavó su mirada en él, preparó la ametralladora y descargó una ráfaga sobre el pecho. El resto de los soldados miraba aterrorizado, disparando ya a ciegas a la gente.

-¡Aquí!, esto sirve —lanzó Carlos.

Había terminado de vender las últimas manzanas sólo instantes antes de la gran confusión. Observaba desde lejos, junto a su carretilla, cuando fue sorprendido por la avalancha humana huyendo. Antes de retirarse alcanzó a ver caer a una mujer y cuando por un momento cesaron los disparos, una incomprensible fuerza le empujó hacia ella.

Sus gritos abrieron el círculo de gente alrededor de Teodosia, que yacía en el suelo. Debajo de su cuerpo, el charco de sangre formaba una oscura mancha gelatinosa. El hombre llegó corriendo. Un enjambre de manos subió a la mujer y Carlos empujó nuevamente la carretilla. El cuerpo comenzó a bambolearse al ritmo de la carrera. De uno de los agarradores flameaba la banderita boliviana envuelta en un pedazo de plástico negro. El grupo, llevando la carretilla se escabullía entre el tumulto, que volvía a reunirse cada vez que el ejército dejaba de disparar. La pequeña comitiva se abría camino hasta abandonar el lugar. Los gritos de "paso", "paso", avisaban que el traslado de Teodosia se perdía definitivamente en las calles aledañas.

Con el transcurso de las horas, en la ciudad se respiraba a muerte. Los disparos del ejército y el remolino de violencia recorrían todas las calles de El Alto. En la mayoría de las radioemisoras y los canales de televisión, los locutores aseguraban entusiastas que los militares habían logrado romper los principales puntos de bloqueo y se encontraban cerca de la planta de Senkata. Muy pocos despachos periodísticos contaban, al caer la tarde, cómo la columna militar

disparaba indiscriminadamente para sólo avanzar escasos metros, amenazada por detonaciones que hacían temblar los muros de las viviendas. La mayoría de los periodistas no informaban de la masa humana que pocos pasos delante de la columna blindada acechaba sin disolverse, lanzando piedras, pequeñas dinamitas o disparando con rústicas armas caseras. Las informaciones ignoraban a las mujeres cubriéndose con la manta el rostro de los gases, corriendo, para volver a colocar las piedras que despejaban los soldados; tampoco hablaban de los jóvenes agazapados en las esquinas, lanzando piedras hacia las tanquetas. La desigualdad de fuerzas era un imán que convocaba a más vecinos hacia Senkata. Armados de palos, encendían llantas sobre la avenida y se parapetaban entre las paredes, en espera de los carros de asalto del ejército.

A esas horas nadie conocía el número exacto de muertos y muchos aseguraban que los heridos de gravedad habían fallecido. La cólera de la multitud se expandió a las zonas colindantes con La Paz. Ahí, los vecinos se desprendían de las laderas y hacían rodar grandes rocas sobre la autopista.

-El gobierno constitucional va a imponer el orden y garantizar el normal abastecimiento de combustible –aseguró impasible el ministro de Comunicación, Mauricio Antezana, añadiendo que las tropas militares habían recuperado el control de la planta de Senkata y que en pocos horas bajaría la columna de cisternas a La Paz.

Afuera de la planta, tras la salida del convoy militar, la multitud se había reagrupado rápidamente y los miles de gritos de muera al gobierno atemorizaban a los soldados de la retaguardia. El miedo les secaba la boca y enfriaba las manos, aferradas al arma. Custodiaban a las cisternas.

-¡Carajo. Les vamos a enseñar a estos indios de mierda quién manda! –había vociferado un oficial antes de descargar la ráfaga de su ametralladora sobre la multitud.

La columna de motorizados avanzaba vomitando fuego por delante, por los costados, acompañado por ensordecedoras protestas de la gente. Más adelante, al cruzar las cabinas de peaje de la autopista, la víbora blindada se ordenó en fila, para bajar a La Paz. Primero, avanzó rápidamente hasta doblar una, dos curvas, antes de sentir el impacto de las piedras que caían de lo alto. Entonces, los carros de asalto que encabezaban la columna se detuvieron y emergieron varios cascos de plomo, disparando enloquecidos hacia los cerros. Estaban a la mitad del trayecto, quebrando los últimos obstáculos que gente invisible, desde las alturas, les colocaba.

En las estaciones de radio y los canales de televisión intensificaban los Ministros sus declaraciones. Miraban desafiantes a las cámaras y aseguraban que la operación del desbloqueo se había cumplido con éxito. Pese a ello, en El Alto la multitud continuaba en las calles, acompañada por el anochecer que nacía en el horizonte. Cerca de la Ceja, una masa de gente seguía a un vehículo de orugas que lentamente se dirigía hacia los vagones de ferrocarril que descansaban sobre las rieles, a un costado del asfalto. El aparato atrajo los vagones y con el frío esfuerzo de sus cadenas, hizo que los dos cuerpos metálicos cayeran en un estruendo áspero sobre el ancho de los carriles de la autopista. El gentío se alborotó de júbilo y rostros cubiertos de pasamontañas treparon encima de los vagones, para arengar a la multitud a continuar en la lucha.

La muchedumbre no se hubiera movido si desde una nueva columna de camiones militares, a lo lejos, no habrían abierto fuego los soldados. La masa se atrincheró detrás de los vagones, desde donde arrojaban piedras, dinamitas hacia el contingente militar.

Nuevas declaraciones de los ministros llamaban a la población a mantener la calma, reiterando que el gobierno

pronto les proveería de combustible. Willy y Ramiro miraban ausentes, en el mini-bus, mientras se aproximaban a la plaza Pérez Velasco.

-¿A dónde vas hermano?

-Voy hacer una llamada; espérame —alcanzó a responder Ramiro y se escabulló en una cabina telefónica.

-¿Dónde te has perdido? Con Román te hemos estado buscando todo el día —escuchó la recriminación del dirigente.

Quiso decir algo, pero a través del auricular Sergio terminaba de informarle que se reunirían a las seis de la mañana y luego sólo escuchó un prolongado zumbido.

-Mañana nomás nos hablaremos —dijo al retornar.

Mientras bajaba la avenida vio las calles semidesiertas, pero sentía crecer una sensación de indignación en los transeúntes. De pronto, alguien aseguró que la población de La Paz no compraría la gasolina, porque estaba manchada con la sangre de los alteños. Aunque al principio la prensa no transmitía esa voluntad, el sentimiento de indignación, creado por las llamadas telefónicas a algunas radios asfixiaba la noche.

En el sector norte de El Alto volvían los vecinos a concentrarse. Caminaban sigilosos, hablando en voz baja, como queriendo no interrumpir el sueño eterno en el que ahora se encontraban casi treinta muertos. Habían visto caer a hombres, mujeres, ancianos, niños, alcanzados por los proyectiles. A unos, les penetró por la espalda, para abrirles el pecho como rosa. Otros huían saltando por encima de los cuerpos que tenían el rostro estrellado en un charco de sangre. Escuchaban el silvido de la lluvia de balas persiguiéndoles sin piedad. Sentado sobre unas piedras, Bernardino contemplaba la oscuridad, de donde llegaba el eco de las detonaciones. La noche comía su rostro surcado por profundas arrugas y sólo sus cabellos negros brillaban. A su lado,

la rabia también se había alojado en otros rostros que masticaban indignación.

-Esto es guerra –murmuró Bernardino.

Su voz, ahogada en el temor, retumbó a todos en la mente, pero nadie vio al hombre extender la mano hacia las cenizas.

-Esto es guerra ... -repitió antes de pasarse las manos, tiznadas hasta las muñecas, por el rostro.

Los otros hombres le imitaron. Con las caras pintadas parecían adquirir nuevas certezas.

-¿Qué vamos a hacer? Parece que nos quieren matar a todos –escuchó y un enjambre de voces cubrió de pronto la noche, hasta que alguien sugirió retornar a sus sectores.

Un puñado de cuerpos apesadumbrados atravesaba la oscuridad en dirección hacia ellos.

-¿Ahora qué vamos hacer, con tanta masacre?

-Bueno, esta noche entrarse a sus casas. ¿Para qué estar en vigilia? –respondió una señora.

Hablaba con el rostro envuelto en una manta, cubriéndose del frío, de la tristeza.

-¡No; hay que seguir! Ya que han matado a tanta gente, que nos maten entonces a todos –salió otra voz.

El pequeño grupo se dispersó y solamente quedaron hombres y jóvenes. El miedo que les había entrado por los ojos y enfriado el cuerpo había desaparecido. Sentados alrededor de la fogata, el grupo escuchaba el eco de los disparos y les traía a la memoria los cuerpos sin vida, los gritos de los heridos. El bailoteo de las llamas les revelaba más imágenes, mientras contemplaban tristes al fuego moverse armonioso.

-Esto es una guerra, hermanos –irrumpió alguien y fue como si sólo entonces todo adquiriera sentido.

-Estamos en guerra –volvió a repetir Bernardino, mientras estiraba la mano a la ceniza, dejando caer una pequeña

roca negra. Los otros le siguieron y pronto parecía que el grupo había recuperado el coraje.

-¿Ahora qué hacemos?

-Hay que seguir adelante.

Todavía no era las nueve y media, cuando determinaron no permitir desde esa noche, gente extraña por su sector. De las zonas vecinas, de vez en cuando les llegaban noticias acerca de la represión. También las mujeres salían de las casas para integrar los grupos de vigilancia. Los jóvenes se internaban en la oscuridad, en dirección de donde provenían las detonaciones. Tenían la tarea de alertar, con golpes en los postes, si veían al ejército avanzar hacia el Distrito. Al poco tiempo, en las esquinas, había crecido la cantidad de gente alrededor de las fogatas.

-¡Hermanos; hermanos! por ahí atrás está circulando un camión lleno de municiones.

La noticia prendió una chispa en los ojos.

-Posiblemente ha salido del polvorín, para reforzar a los efectivos que están matando en Río Seco.

Entonces corrieron en busca del camión. Pasaron en fila india por la orilla de las zanjas, saltaron sobre las fogatas y siguieron corriendo hasta alcanzar el sector de Faboca. Desde una pequeña cima descubrieron al vehículo, a lo lejos, circulando pesado por entre las calles de tierra. El motorizado levantaba tenues nubes de polvo y el motor rugía quejumbroso avanzando, frenando, volviendo a retroceder, hasta que la multitud le dio alcance. De la cabina salieron disparados dos militares y el chofer. Huyeron, internándose en la oscuridad, corriendo como si tuvieran al diablo pisándoles los pasos. Sólo el camión quedó como testigo. La gente rodeó al vehículo y alguien recorrió la carpa para descubrir una gran cantidad de cajas.

-¡Las municiones! —comunicó.

Un grito de júbilo empujó a más gente al camión y las cajas fueron sacadas hacia la multitud. Las municiones eran distribuidas a manos llenas en mantas, bolsones y cuando ya no hubo qué repartir, rodearon al camión y en un bamboleo corto volcaron el vehículo, haciendo estallar su tanque de gasolina. Desde la nada arrojaron una antorcha de papel; suficiente para abrazar en un violento remolino de llamas al camión. El entusiasmo parecía incentivar al fuego que volvía de día la noche, alumbrando los cuerpos que se alejaban del lugar.

-¿Qué hacemos ahora? –preguntó Bernardino.

-La Fejuve nos ha dado instrucciones para no ser indiferentes, para que al menos con un pesito ayudemos a los damnificados, a sus familiares –respondió el dirigente que les acompañaba.

Todos caminaban en silencio. Pensaban en las víctimas, en la guerra que había comenzado, en el camión del ejército que acababan de quemar y sintieron una mezcla de coraje y tristeza. Ahora ya sabían lo que tenían que planificar para el lunes.

III —

-¡Tenemos que armarnos para enfrentar a estos militares, carajo! —lanzó Alejandro con los labios temblorosos, apenas cruzó la puerta. Sergio y Ramiro le vieron sorprendidos. Revisaban la fila de papel que descolgaba del Fax. Cerraron la puerta de la oficina para planificar lo que harían ese día.

-Creo que por estrategia no tenemos que dejar de bombardear con comunicados a la clase media y a la iglesia, para quitarle su base social y aislarle políticamente al Goni —sugirió Ramiro.

-Así vamos a ir cercándolo de todas partes —acotó Sergio.

Antes de las siete salieron por separado de la sede de la Confederación de colonizadores, perdiéndose en diferentes direcciones. La avenida Busch estaba vacía. De las calles adyacentes, ocasionalmente salía un vehículo cruzando veloz, perdiéndose ante la mirada de la gente que poco a poco comenzaba a reunirse en las esquinas. Ramiro bordeó la plaza del Estadio para encontrarse nuevamente con Alejandro y Sergio. Visitaron algunas estaciones de radio, el canal de televisión de la iglesia, convocando a los colonizadores al bloqueo de caminos. Luego, atravesaron la ciudad, satisfechos al comprobar que desde ese lunes La Paz estaba paralizada. En el trayecto se encontraron con varios grupos de gente bloqueando las calles y llamando a los transeúntes

a respaldar la protesta. Tenían que llegar a la oficina de Román antes de las nueve y calcularon que ya a esas horas las primeras marchas contra el gobierno paralizarían completamente la ciudad.

Ajenos a la coordinación de los dirigentes/campesinos, en la asamblea diaria de Santiago II los oradores calificaban la acción del gobierno para distribuir gasolina como un fracaso. Pronosticaban que poco a poco los vehículos dejarían de circular. También hicieron un repaso de las víctimas mortales y de los heridos que el domingo había dejado en el Distrito. En la esquina de la plaza, un grupo de periodistas alemanes esperaba la autorización para filmar las acciones de la población durante esa mañana.

-La asamblea ha aceptado que filmen, pero con la condición que difundan al mundo la verdad –les dijo uno de los delegados.

Esa noche, muchos de los vecinos se reconocerían en la pantalla chica, mientras se enfrentaban a los policías. Las imágenes dieron la vuelta al mundo, antes de retornar a El Alto.

Un nuevo recorrido de pequeños grupos de chasquis les hizo saber que las tropas del ejército mantenían militarizada la ciudad.

-Difícil o no, tenemos que continuar con nuestra lucha y cada uno de nosotros, a partir de ahora se constituye en un soldado, para defender nuestra zona –arengó José a la multitud.

Los vecinos resolvieron reforzar los puntos de bloqueo y la vigilancia en las zanjas de la avenida 6 de marzo. A las barricadas debían sumarse los refuerzos de las zonas aledañas. El trabajo afanoso de la gente levantó rápidamente una barricada, pero todavía insuficiente para detener a las tropas, según los dirigentes.

-Hay una chatarra en el taller, que nunca vienen a recoger –lanzó Julio y su vieja figura iluminó súbitamente el lugar.

-¡Vamos donde don Julio!

-¡Donde el chapista. Ayuden ...! –salían gritos convocando a la multitud, hasta que un nutrido grupo de jóvenes se perdió entre las calles y retornó cargando los restos de la capota de un viejo automóvil. De lejos, el puñado de gente parecía una oruga que avanzaba rápidamente, abriéndose paso y entusiasmando a la gente por donde pasaba.

Calles más abajo, teniendo a la vista la última barricada de la avenida, apretujados entre las paredes, observaban los soldados. Veían cómo las personas, a su vez, les vigilaban. De vez en cuando volaba rasante el helicóptero sobre las calles, pero la multitud no se dispersaba, provocando el nerviosismo entre los militares.

En los alrededores de la Ceja volvía a despertar la agitación. Poco a poco los vecinos se reunían y sus protestas adquirirían cada vez más fuerza. Los militares, desde el centro de la avenida miraban tranquilos.

-El mundo da vueltas, Coronel Lopez y en una de esas estos indios logran poner a uno de ellos como Presidente –dijo el Mayor que fumaba junto a los comandantes.

De vez en cuando el viento traía el eco de los gritos de la gente, en medio del olor a goma quemada.

-Sí César y ese Presidente hasta es capaz de premiarte –terció otro Coronel.

-Ja, ja, ja ..., el cojudo seguramente me nombraría Director de la Aduana –respondió en un ataque de risas, llenando por un instante de carcajadas la mañana.

-Ja, ja, ja. César, de mariscal del Alto a Director de la Aduana ..., nombrado por el Presidente de estos indios. Ja, ja, ja –comentó el segundo Coronel.

La broma cortó súbitamente las risas, pero el Coronel Lopez no se inmutó.

- ¡Ya carajo! Son huevadas; a trabajar –dijo ajustándose las hebillas de su casco.

Mientras tanto, en la ciudad de abajo, los hombres de la Confederación se dirigían en busca de los dirigentes campesinos.

- Dice ..., que están bajando del alto –comentó Alejandro.

La respuesta vino en forma de silencio. Los tres respiraban hondo, subiendo las callejuelas que se enroscaban como víbora.

-¿No les han seguido? –preguntó Román apenas les vio entrar.

Alrededor de la mesa estaban varias mujeres dirigentes escuchando la radio. Al poco tiempo salió de la habitación contigua otro dirigente, colocó en medio de la mesa un documento, apagó la radio y leyó en voz alta el comunicado. Aprobaron el contenido, firmaron y sellaron las hojas, hasta que alguien preguntó quién lo haría llegar a los periodistas. El silencio fue roto cuando Ramiro se ofreció a salir y alguien volvió a encender el radio transistor, justo para escuchar al locutor informando acerca de nuevos choques entre los campesinos de Ovejuyo y contingentes militares, al sur de La Paz.

-Cuidado te pesquen con los papeles –alcanzó a decir Román antes que Ramiro abandonara la casa.

Afuera las calles estaban completamente vacías y daban la impresión que los rayos del sol rebotaran con mayor intensidad sobre el empedrado. A la vuelta de la esquina, una cuadra más abajo, se escuchaba crecer rápidamente un mar de voces, hasta transformarse en una oleada de protesta. Era la marcha de la que habló Alejandro. Ramiro apresuró el paso hasta llegar a la plaza Israel, al momento en que la

columna de manifestantes doblaba la esquina y aparecía un lienzo ocupando todo el ancho de la calle. "Junta de Vecinos - Alto Pasankeri" se leía. Al medio, destacaba una bandera boliviana con un rozón negro. La primera fila encabezaba a miles de hombres, mujeres, jóvenes. Llevaban el duelo en los rostros, pero no delataban ni miedo ni cansancio.

-¡Compañero! Compañero; quiero leer un comunicado del bloqueo de caminos de los colonizadores y de los campesinos.

-En la Montes vamos a concentrarnos; ahí puedes leerlo.

Hablaban en voz alta para sobreponerse a los gritos que retumbaban por entre los edificios. Hubieran continuado hablando si el estruendo de los golpes sobre la cortina metálica de un taller no hubiera alertado a los dirigentes. Volcaron la cabeza hacia el lugar del ruido y agitaron las manos en señal de advertencia.

-¡No vamos a destrozar nada, compañeros! Al primero que quiera provocar, sáquenlo porque debe ser agente infiltrado.

El mar humano avanzaba lento y a medida que recorría la calle Illampu, las puertas de las tiendas se cerraban rápidamente. Entre la primera fila se confundió una periodista con su camarógrafo. Avanzaban junto al grupo, mientras entrevistaban a los dirigentes.

-Quisiera leer este documento -le dijo Ramiro, antes que la mujer le apartara a un costado de los marchistas.

-Un breve resumen -le pidió a tiempo de asentir con la cabeza al camarógrafo.

La información estuvo acompañada por una masa sin fin pasando por detrás de Ramiro. De vez en cuando se perdía su voz entre los gritos de mueras al gobierno. Después, el hombre se apresuró para volver a alcanzar la cabeza de esa multitud cada vez más enfurecida.

-¡Esto no es desfile, es marcha de protesta! ¡Los mirones, a la fila carajo! Estamos defendiendo el gas para todos –increpaba la multitud.

Tras el paso de la marcha sólo quedaban adoquines alfombrando las calles. En las esquinas, tarimas, contenedores de basura y pequeñas fogatas formaban cientos de barricadas. Al paso por el regimiento policial de la calle Pando, la multitud dejó sin ventanas la vieja casona. La masa tomó la avenida Montes y avanzó lentamente hasta la esquina de la Uruguay, rodeando la abandonada gasolinería. Un hilo de nerviosismo invadió por un instante a los dirigentes, porque a escasos cien metros se encontraba el Comando de la Fuerza Aérea. La multitud se reunió sobre la avenida desafiando al Comando, levantando los puños, coreando estribillos contra el gobierno y los militares.

Ramiro, junto a los dirigentes vecinales, se había trepado a las jardineras que separan los carriles de la avenida, desde donde arengaban a la gente. La masa se prolongaba como una gigantesca lengua hasta la esquina Pando.

-Nuestros hermanos han iniciado el bloqueo nacional de caminos –comenzó cuando un estruendo de aplausos cortó su discurso –compañeros; compañeras, ahora nuestro movimiento es nacional –dijo antes de leer el comunicado.

Luego, otro orador pidió un minuto de silencio por los asesinados y después comenzó la multitud a disolverse en decenas de pequeños grupos. Más abajo, desde la plaza San Francisco, llegaba el eco de las detonaciones y el bramido de una nueva multitud. Desde la Montes se desprendía una mancha humana para bajar a la San Francisco; otra, se apostó en la calle Ingavi, frente al Comando, tamborillando amenazante con palos y piedras sobre la baranda.

Ramiro acompañó al último grupo y dobló para subir a la COB. En el camino, algunos transeúntes le reconocieron.

“Compañero, tenga cuidado”, le dijo una señora antes que se escabullera en la casona donde estaban las oficinas de la dirección sindical.

Las detonaciones enturbiaban el ambiente.

-Esto es para ustedes, compañero —alcanzó a decir a un rostro que apenas asomaba por la rendija de la puerta, en el segundo piso.

Al salir a la calle, el grupo que le había acompañado ya estaba en la avenida Sucre, una cuadra más arriba y se unía a una marcha que se dirigía a la plaza Riosihnio. Ramiro apresuró el paso. En el camino vio entreabierta una fotocopiadora. Entró y salió con un fajo de fotocopias ocultas bajo la chompa. Las últimas filas de la multitud pasaban a media cuadra de él. Apresuró el paso y alcanzó a ver cómo un grupo, desprendido de la masa, en menos de un minuto, arrasaba con la caseta policial de la plaza.

Algunos vecinos de los edificios del centro les observaban indignados. Con el rostro contraído un hombre miraba las primeras filas y estuvo a punto de gritarles, pero su propio enojo le contuvo.

-¡Estos mierdas están matando como a perros a nuestros hermanos del alto y aquí todavía les respetan! —salió de entre los manifestantes instantes antes que el fuego redujera la caseta a cenizas.

El espectáculo intimidó a los vecinos de los edificios, quienes apenas atinaron a mirar a un lado, dando la espalda a esa furiosa multitud. De vez en cuando pasaba aullando fúnebre la ambulancia.

-Ay diosito santo, que renuncie pues de una vez este Gringo desgraciado —se lamentó una anciana, mientras observaba perderse fugaz la bandera blanca del vehículo.

La multitud continuaba por la Sucre y Ramiro optó por doblar una calle, para bajar hacia la San Francisco. Al paso por las gradas de la calle Pichincha, vio que también la ca-

seta policial del lugar estaba destrozada. Desde la altura en que se encontraba, podía observar el mar de gente en la plaza que, como un gigantesco guante rodeaba lentamente al contingente policial, apertrechado a pocas calles delante de ella. Enloquecidos, los uniformados disparaban gases, balas, mientras ya nadie sabía el número de las nuevas víctimas. Ramiro miraba el horizonte y su vista se encontró con la multitud que corría, amagaba y parecía no emitir ningún ruido. Levantó la vista. Sus ojos recorrieron el paisaje, detrás de la masa, que aparecía entrecomido por las sombras. Vio el bosquecillo de Pura Pura asomando a lo lejos; más arriba, en la ladera, las casas formando gigantes gradas, hasta que su mirada se encontró con la ceja de El Alto. Su vista atravesó la Ceja, llevándole por la avenida 6 de marzo cubierta de humo y piedras. Observó, más allá, el cielo despejado que le atraía. El Alto le siguió introduciendo en sus calles. Atravesó la avenida, vio los carros blindados de asalto, las tanquetas disparando a la multitud, hasta que también ellos quedaron atrás. Seguía viajando por el altiplano y cruzaba la cordillera hasta llegar a una gigantesca ciudad que primero le parecía desconocida, pero al observar una plaza, la avenida y la fachada de un palacio, supo que había llegado hasta La Moneda. Nunca antes había visitado Santiago, pero sus ojos le revelaban los muros de La Moneda, el portón principal y reconoció el lugar desde donde salían voces que dirigían la matanza en El Alto. Entonces sintió un frío ancestral, igual que, ahora estaba seguro, había sentido en 1879 y supo que el ejército chileno participaba en la carnicería de Bolivia. De pronto, su mirada retornó en una fracción de segundos hacia él y nuevamente era Ramiro contemplando a la multitud en la plaza San Francisco, desafiando a las tropas de la policía, esquivando los gases y las balas, que surcaban el aire como mosquitos.

-¡Jefe, es Tejerina y quiere salir con un despacho! –dijo el Coordinador de prensa, apenas entró a la oficina con el celular en la mano.

-¿De qué se trata? –preguntó lánguido el hombre, sin despejar la vista de la pantalla de la computadora.

-Dice que los campesinos han asaltado un caimán del ejército.

Ivan dejó de escribir, miró al periodista y se ajustó el nudo de la corbata.

-¿Tenemos las imágenes? –indagó.

-No jefe, pero hay imágenes de archivo y además él está en el lugar.

-¡Saquen un flash, ahora mismo! –ordenó.

En las pantallas, la sonrisa de la pareja acariciando un pequeño cocker desapareció en medio de grandes letras que anunciaban: “Noticia de último momento”. La música marcial estremeció el medio día del lunes.

-Esta mañana, en Ovejuyo, la turba de bloqueadores tomaron por asalto un camión del Ejército –atropelló la voz de Tejerina, mientras las imágenes mostraban a manifestantes destruyendo los jardines en una avenida. –Los reservistas y militares de grado procedían a desbloquear los caminos, cuando fueron atacados por la turba que, ocultados en el anonimato de la masa, en un acto delincuencia, procedieron a desmantelar y quemar ese bien público –se quejaba.

El anuncio de “Noticia de último momento” cerró el espacio y nuevamente aparecía la pareja con el pequeño perro, rodeada ahora de dos niñas rubias mirando angelicales.

La pantalla ya no llegó a mostrar a la veintena de personas velando a Eloy, en la cima de un montículo de tierra. A pocos metros, el ch'iji y las rocas configuraban un paisaje de quebradas y barrancos, a través del cual corría el viento sollozando. El grupo miraba la caja despintada de Eloy Quispe, muerto en Chasquipampá. El cajón fue traído car-

gado sobre la espalda con ayuda de una soga, por uno de los hombres, quien, como q'épiri, había cargado tantas veces bultos en los mercados de La Paz. La madera rústica, en forma de ataúd, descansaba tétrica y algunos ponían flores a los costados.

La gente miraba incrédula. De vez en cuando se apartaban para vigilar el camino, al pie del pequeño cerro. A un lado del puesto de vigilancia habían juntado piedras como municiones. Todavía recordaban a las tropas de la policía y el ejército, durante la mañana, tratando de desbloquear los caminos. Velaron hasta la caída de la tarde, cuando se retiraron, llevándose el ataúd. Para cargarlo habían cruzado largos palos por debajo del cajón y caminaron como si estuvieran llevando una camilla. La sombra de los cuerpos se estiraba sobre la tierra. Detrás venían las mujeres, llevando los ramos de flores y algunas banderas.

-¿Han escuchado? Una gran marcha a habido en La Paz —comentó una señora que, junto a los dirigentes, recorría las calles de Villa Ingenio.

La Junta Vecinal del distrito había instruido no bajar a la marcha y sintieron el comentario como un reproche.

-Es mejor que acompañemos a nuestros muertos, hermanos, velándoles —dijo resignado un hombre.

La gente le escuchaba, comentaba en voz baja. Según las nuevas instrucciones, pequeñas comisiones debían visitar las escuelas, los domicilios, las parroquias, en los que esperaban a los cuerpos de las víctimas del domingo.

En una de las viviendas de Huayna Potosí, al fondo de una habitación, descansaba la mesa cubierta por un nylon. Encima estaba el cuerpo sin vida de Teodosia, envuelta en frazadas multicolores. A los cuatro costados, sobre piedras planas, la flama de las velas lloraba deslizándose en bolitas transparentes, hasta pegar la cera con el nylon. Por delante de la mesa pasaban los vecinos. Dejaban flores sobre el

cuerpo, miraban el rostro de la mujer y continuaban en fila para ocupar una de las sillas que aguardaban al costado. Algunos hablaban susurrando y sus voces apenas llegaban hasta el otro extremo de la habitación, desde donde Teodosia les contemplaba incrédula.

-... que ha llegado la conozco. Más o menos el 86 era, después de la relocalización pues –escuchaba y a través de esas voces los recuerdos le sumergían nuevamente a fines de 1986, cuando Rosario le trajo la noticia de que podría vender, desde las siete hasta las once de la mañana, en la Ceja.

Así cumplió Teodosia su primer día como vendedora callejera con el mismo aplomo que las otras señoras a su lado, sentadas hace años en la vereda y retornó a su casa con la seguridad que la mina le había transmitido desde siempre. Sentía que la certeza de su natal Huanuni había vuelto y fue como si de pronto las lágrimas por el despido de su marido de la mina, el desalojo de la vivienda del campamento y la desesperada marcha por la vida hacia La Paz, junto a miles de otros mineros, quedaran en un pasado lejano.

-Ay doña Rosario, así nomás es nuestra vida –se lamentó una vecina en el velorio.

La bolsa de coca pasaba de mano en mano hasta llegar donde Teodosia, quien seguía escuchando absorta. Como si nadie la viera, la bolsa pasó sin detenerse ante su mano extendida. Quiso reclamar, pero su voz moría antes de cruzar los labios. Miró a Rosario y nuevamente la conversación le recordaba su llegada a El Alto, hasta devolverla al año de la muerte de su marido.

-... viuda, vendiéndose en la Ceja nomás les ha educado a sus hijos.

Recordó cómo le velaron en la misma habitación en la que ahora velaban a esa mujer. “En la casita que él ha construido le están velando y eso es bien”, le había dicho Rosa-

rio. Entonces le pareció revivir los primeros meses cuando llegaron de la mina a un terreno en el que solamente despuntaba una pequeña habitación de adobe. Recordó cómo al poco tiempo ese terreno fue suyo, gracias al dinero que el gobierno había repartido a los miles de mineros echados a la calle.

Ahora, escuchando a Rosario, sintió como si en sus palabras el tiempo retrocediera trece años y era nuevamente ella exprimiendo las últimas lágrimas delante del ataúd del esposo. Con cuatro hijos a su cuidado, no tenía tiempo para ocuparse de su tristeza y apenas le enterraron, la vorágine de ser cabeza de familia consumía sus días entre el cuarto, la Ceja, el tambo, hasta que, de la nada, el mayor de sus hijos se encontraba en el cuartel y a la segunda sólo le faltaba un año para salir bachiller. Así también, del único cuarto pareció que nacieron otras habitaciones, una cocina, un baño, gracias a lo cual cada noche diluía su cansancio en la satisfacción de madre.

La llegada de la comisión de la Junta cortó los diálogos. Los dirigentes se aproximaron a la mesa y detrás de ellos formó la gente un gran círculo, obligando al portavoz a transformar sus palabras de condolencia en arengas contra el gobierno. Hablaba de cómo el pueblo alteño luchaba por el gas dejando el trabajo, la familia. Entonces se vio ella saliendo de su casa cargada de una inmensa bolsa, para caminar hasta el cruce con la avenida, donde la primera barricada reunía a cientos de vecinos. Descargó el bulto y súbitamente las manzanas, las naranjas, atrajeron a la gente, hasta que las últimas frutas desaparecieron en manos anónimas. Así, sin nada que vender y llena de indignación compartida con los vecinos, se unió a la columna que marchaba hacia la ex-tranca de Río Seco. Lejanas campanas tocaban las once de la mañana cuando el tumulto se disolvió en un estampido de miedo, por el estallido de disparos. La

confusión paralizó por una fracción de segundos a Teodosia; suficiente como para que el proyectil de la ametralladora le alcance en el abdomen.

La comisión había abandonado la casa y nuevamente el ambiente se llenó de vacío, en medio del cual se deslizaban voces que lamentaban esa muerte y la suerte que ahora correrían los cuatro huérfanos. Desde el fondo de la habitación, ella trataba inútilmente de decir algo, hasta que un hálito lejano de yerbas aromáticas le hizo caer en cuenta que era a ella a quien lloraban. Entonces no supo si espantarse o sonreír resignada.

Aunque entre los vecinos nadie lo aseguraba, todos sabían que acompañarían a los dolientes hasta el día del entierro. Múltiples grupos visitaban las viviendas de los velorios, luego volvían a la calle, para perderse en la oscuridad.

-La Paz también ha entrado en huelga general indefinida.

-En la radio dicen que casi todos los departamentos apoyan nuestra lucha.

Los hermanos de Ovejuyo están igual enfrentándose al gobierno -acotó otro.

En ambas ciudades la tarde había sido un suspiro de tiempo esquivando los proyectiles. Sólo con la caída de la noche retornaron los vecinos a El Alto. En sus calles, se incrementó la cantidad de gente custodiando las barricadas y no les importaba que desde los costados, las tropas del ejército y la policía les vigilaran amenazadoras.

Alrededor de los representantes de calle unas veces y otras por iniciativa de los vecinos de base, se organizaban pequeñas reuniones en los puntos de vigilancia. Luego, volvían a las zanjas, a las fogatas, antes que grupos de a dos personas se internaran en la oscuridad. Otros continuaban en interminable procesión acumulando piedras, llantas, cartuchos de dinamita, cerca de las barricadas.

“Pero si me pasa algo, entonces ya saben”, el eco de su propia voz le retumbó en la mente y ya no estaba seguro de lo que decía. Vio a su esposa gesticulando y trataba de ligar esa voz con los gestos que en el rostro de mujer afligida se dibujaban. “Ya no salgas; ya no salgas”, decían al unísono mujer e hijos. El suplicio agonizaba en incomprensibles palabras, hasta que todos terminaron escuchando al viejo. Sentados alrededor de la mesa hablaban padre e hijos, mientras su mujer les veía desde la puerta. Sabía lo que Bernardino les acababa de pedir a sus hijos y también ella deseaba que lo poco que pudieran heredar lo dividieran entre todos por partes iguales, apoyándose entre sí siempre. Después se vio el hombre a sí mismo afuera, en medio de la gente, antes que le alcanzara la primera ronda de la tasa humeante de té mezclado con alcohol. Una cajetilla de cigarrillos y bolsitas de coca serían las únicas ayudas para combatir hasta el amanecer.

Desde lejos, los soldados sólo lograban distinguir un montón de sombras alrededor del fuego y veían cómo grandes llamas bailaban placenteras, al paso del viento. A la orden del Comandante se deslizaron silenciosamente, aproximándose a las fogatas.

Igual que un animalito amenazado, los vecinos percibieron el movimiento en la oscuridad y rápidamente ligeros golpeteos metálicos sobre los postes de luz retumbaron tristes en la noche. Era la alarma con la que cientos de manos, ocultas en las sombras, alertaban del movimiento de las tropas. El breve golpeteo delataba al contingente policial-militar y luego furtivos pasos se perdían en la noche. Más allá, la réplica de los golpes avanzaba de poste en poste, hasta alertar a todas las zonas por las que las tropas pretendían sorprender a los vecinos. En las barricadas más cercanas a los contingentes militares, casi de inmediato estallaban en estruendos las dinamitas, la lluvia de piedras, el tableteo de

las ametralladoras. Después, un suspiro de silencio inmovilizaba a los vehículos militares y los vecinos masticaban nuevas fuerzas para repeler con mayor violencia el avance de las tropas. Desde el lado del ejército, al poco tiempo, las ametralladoras disparaban furiosas hacia la oscuridad, hacia las sombras. Los soldados se escudaban detrás de los carros de asalto y avanzaban lentamente. Más allá de la 6 de marzo, los vecinos alcanzaron a detener al convoy por cerca de hora y media, pero a fuerza de cañonazos los carros blindados lograron atravesar las primeras barricadas. Habían ocupado la avenida y ahora se dirigían a Santiago II, para cortar la comunicación entre El Alto y Viacha. A medida que se acercaban, más gente reforzaba las barricadas en el intento por detener al ejército. El enfrentamiento desigual se prolongó por cerca de cinco horas, hasta que a las cuatro de la madrugada las tropas lograron, finalmente, pasar por la zona.

IV -

Tres horas de descanso bastaron para el hombre. Llevaba ese ritmo de vida durante la última semana, pero no sentía cansancio. Alargó el brazo en busca del interruptor y de un salto estuvo sentado al borde de la cama, junto al celular.

-Hola, le habla Rolando -escuchó y dio un vistazo a su reloj. La llamada llegaba puntual.

-El doctor me pide que le entregue las invitaciones para el matrimonio de su hija -continuó la voz.

-Nos podemos encontrar al medio día, en la iglesia La Merced -respondió antes de escuchar la conformidad y apagó el aparato.

Se estiró la cara, como queriendo sacarse los últimos restos de sueño antes de vestirse. Sabía que para llegar a tiempo a la iglesia del centro, debía apresurarse. Abrigarse, lavarse y luego caminar casi una hora le permitiría llegar puntual al encuentro. De "el medio día" debía restar seis horas y la iglesia La Merced no era sino el portón del cementerio.

El dirigente salió como una sombra furtiva, escabulléndose entre las calles. Solitarios ladridos le advertían de la cercanía de gente y entonces tenía que ocultarse para escuchar el silencio, antes de continuar.

-Don Julio –salió al paso Rolando –el doctor me manda esto y pide que le hable a este número –añadió extendiendo un papel.

-A las cuatro te va esperar el Roberto en el puente Avaroa –dijo a manera de respuesta, alejándose para llamar por celular.

-¿Cómo está doctor?

-Ah, hola. Cada vez son más los que no quieren que se te rebalse el agua, aunque tengamos que quemar la comida –respondió el Ministro de Gobierno.

Había recibido la llamada a las seis de la mañana, justo antes de entrar al cuarto de guerra y contestaba desde un costado de la puerta. Uno de los vice-ministros le clavó los ojos interrogantes desde el fondo del *war-room* y él apenas estiró los labios. El Vice-ministro respiró aliviado. También el Ministro estuvo aliviado cuando sintió la vibración del celular. Sabía que el dirigente había recibido el apoyo: diez mil dólares. Ahora podría presionar más al Zorro.

Desde un costado de la mesa, disimuladamente les observaba Mauricio Antezana. Recordaba el domingo, cuando entró al despacho presidencial.

-... este es el enfrentamiento entre el objeto inamovible y la fuerza irresistible-, escuchó sentenciar al Presidente antes de abrir la puerta y encontrarle hundido en el sillón, disfrutando más de sus palabras que del silencio que envolvía a quien hablaba.

-Tengo la información de 19 muertos en El Alto, señor Presidente –interrumpió.

Sánchez de Lozada levantó lacónico la vista y aspiró profundo, mientras se incorporaba. En el otro sillón, la mañana enturbiaba la mirada del vice-Presidente. Súbitamente despertó Carlos del estupor y se incorporó apresurado.

-¿Sabes una cosa, Carlitos? Ya estoy muy viejo para cambiar –alcanzó a escuchar al Presidente, perdiéndose tras la puerta.

Así también se perdían ahora los recuerdos de Mauricio. No necesitó levantar la vista para percatarse de la presencia del Ministro de Gobierno, delante de la puerta. Satisfecho ordenó sus papeles, con la certeza que el Zorro también recordaba la decisión que el domingo había tomado el Presidente.

Afuera el Ministro de Gobierno ya no escuchaba las últimas palabras del dirigente y entró confiado a jugar sus cartas. Éste sólo escuchó un zumbido y al pasar por el mercado vio a Roberto esperándole delante de un puesto callejero de venta de desayuno.

-Don Julio -le saludó solícito el hombrecito.

-Hola Roberto. Hermano, después de desayunar me lo vas a ir a comprar tarjetas para el celular y me lo traes al ampliado de las diez.

En la mañana del martes 14 el cruce entre Villa Copacabana y Villa San Antonio, en La Paz estaba regado de piedras, maderas, revelando la continuación de la protesta. Solitarios transeúntes apresuraban el paso, cortaban el camino escabulléndose por entre gradas y callejones. También Ramiro se dirigía al centro de la ciudad. Al aproximarse al puente, vio a un grupo de ancianos y jóvenes arrastrando pequeños troncos hacia la calle. Se sumó a ellos y arrió grandes piedras a la barricada. El grupo arengaba a la gente que pasaba indiferente. Luego, cuando una alfombra de escombros cubría el asfalto, continuó su camino hacia la Confederación de colonizadores. A pocos metros divisó a un perro de ojos tristes cruzando la calle. Pasaba con el trotecito ligero. El rabo se le perdía entre las piernas y miraba asustado hacia el grupo de gente que bloqueaba el puente. No necesitaba olfatear para percibir en el aire un nudo de coraje metiéndosele en el hocico. Abatido, levantó la cabeza y soltó un aullido quejumbroso que oscureció el naciente

amanecer. Ramiro contempló el rostro asustadizo del animal husmeando al vacío y fue como si mirara a través de los ojos del perro. "Ha sentido la muerte", pensó y supo que entre los manifestantes algunos se dirigían por última vez a las plazas del centro. De pronto le invadió la sensación de calma.

Todavía no eran las siete de la mañana cuando vio bajar por la avenida Busch algunas movilidades. En las esquinas la gente esparcía piedras y ramas sobre la calle, lo que hizo que, como arte de magia, desaparecieran los vehículos y nuevamente se encontraban las calles desiertas.

-Vamos donde Román; nos está esperando con las bartolinas. En el camino visitaremos las radios que encontremos -dijo Sergio apenas le vio entrar.

Al lado del escritorio estaba Alejandro, arrancando apresurado los mensajes que por el Fax habían llegado durante la noche. Un rápido vistazo a las hojas le hizo comprender que el bloqueo había comenzado.

Salieron y caminaron hasta encontrar la primera estación de radio. En el portón se identificaron ante el guardia, aguardaron un instante a que el locutor, desde el segundo piso, les gesticulara e ingresaron a la sala de transmisión.

Mientras tanto, en El Alto, bordeando la ciudad, observaban silenciosas las montañas a la gente nuevamente reunirse en las calles. Los picos nevados dibujaban rostros, ojos, desde donde se desprendían glaciales como inmensas lágrimas. Las formas de las rocas se hacían transparentes, modificándose gradualmente hasta mostrarse como labios apretados. A instantes, cuando se desdibujaban los copos de neblina a los pies de las montañas, el Illimani, el Huayna Potosí, parecían crecer y entonces eran gigantescos abuelos vigilando la ciudad, en cuyas calles las tropas militares se empequeñecían hasta minimizarse entre los muros de las casas. Las montañas silbaban un viento olor a tierra, por el que hablaban miles de voces ancestrales. El mensaje de los

cerros bañaba los rostros, hinchaba los pulmones y salía en forma de gritos contra el ejército, contra el gobierno. En Villa Ingenio los últimos aires de la noche todavía se resistían en medio del amanecer, cuando entró rápidamente Adolfo al cuarto de una de las viviendas, mirando expectante en busca del difunto.

-¿Ha llegado a las seis de la mañana? –preguntó a manera de saludo.

-Sí, síí –salió el gemido lastimero de una mujer, sentada detrás de la puerta, oculta bajo una manta negra.

El médico movió la cabeza aprobando lo que les había asegurado hace una semana: “Si no le llevan dentro de tres días al Hospital, después hasta por la hora exacta en que se va a morir me van a preguntar”. En su recuerdo se vio a sí mismo delante de múltiples miradas atemorizadas. Ahora quiso decir algo.

-Hasta cuándo no le podremos enterrar –se quejó alguien, pero el silencio rápidamente volvió a apoderarse de la habitación.

Consigno trajo un aire espeso y al mismo tiempo tenso. La tristeza parecía brotar de la respiración de todos, enrañando aún más el pequeño ambiente.

-Mañana van a enterrar a los que han caído ayer y ...

-Pero eso no está bien; nos pueden ... -trató de reflexionar el mayor de los hermanos.

-¡Si también ha muerto por culpa de ellos; es como si a él también le hubieran matado! –cortó un grito, desahogando la bronca del sufrimiento.

-¿Cómo vamos hacer para lo del ataúd?

-Ya le he hecho anotar tempranito. Tal vez por la tarde o por la noche nos digan de dónde tenemos que recoger –cerró la discusión otra voz.

En otro punto de la ciudad, la desesperación ahogaba el velorio.

-¡Angelito! ¡Alex, papiiito! –el grito se prolongó en un sollozo impotente de madre, estremeciendo la habitación.

A su espalda, algunos familiares y vecinos observaban compungidos. Formaban un medio círculo y sentían que el tiempo ya no circulaba.

-¡Alex; hijiito! –salía desesperado el llanto, arrancando un suspiro misericordioso en la gente.

Entre ellas estaba Carmen, su madrina, quien no podía contener las lágrimas por Aurora, al verla con la cabeza agachada, a un costado del pequeño ataúd. La veía más madre que nunca, rodeada de sus otros hijos mayores y la recordó cuando el último de sus hijos, Alex, le hinchaba el vientre, mientras aún esperaba el retorno de su esposo. Primero esperó ilusionada; después que nació Alex aguardó con la esperanza que al menos para su primer año llegara, hasta que tuvo que admitir resignada que en el Chapare, donde había viajado para trabajar, debió haberse juntado con otra mujer. Así, se desacostumbró a esperar. Ver crecer a sus hijos le reconfortaba cada vez que la nostalgia le abatía.

No eran todavía las nueve y media de la mañana cuando el ex-Mayor de policías, David Vargas sorprendió a los manifestantes, denunciando a través de varias radio emisoras que la inteligencia militar chilena estaba asesorando al gobierno de Sánchez de Lozada.

-No sólo están participando los chilenos, sino también el pentágono de los Estados Unidos y la inteligencia israelí –dijo a esas mismas horas José a la multitud en la plaza del Minero.

Instantes antes de esa primera denuncia, Ramiro les había comentado a Sergio y Alejandro lo mismo. Mientras ambos dirigentes convocaban por la radio a sus bases a masificar el bloqueo, pensó en la reunión que semanas atrás habían sostenido los ministros de Defensa del hemisferio, en Chile.

-En esto está metido el ejército chileno.

-¿Tienes pruebas?

-No, pero todo está relacionado. Los q'aras siempre van a Chile en busca de apoyo. Hace dos semanas Sánchez Berzaín ha estado en Santiago y ya entonces se hablaba de la huelga indefinida. Segundo, que Chile necesita de nuestro gas porque van a sufrir una crisis energética y tercero, el Goni tiene inversiones en las minas del norte de Chile, por donde quiere sacar el gas a Estados Unidos.

Sergio y Alejandro se miraron sin decir nada.

Atravesaron la ciudad convertida en un fantasma de cemento. A medida que se acercaban a la universidad los adoquines arrancados y las llantas quemadas se multiplicaban. En el monoblock de la Universidad les sorprendió una nutrida asamblea de mineros. El grupo de hombres de jeans, chamarras y guardatojos que llenaba el atrio, recordaba los gélidos aires del altiplano. Su sola presencia revivía el ulular de las sirenas, de los disparos que inútilmente descargaba el ejército sobre los campamentos mineros. Caían mujeres, hombres, niños, regando de rojo las calles y siempre lograban renacer, hasta llegar ahora a La Paz. Por eso el aurea que rodeaba a esos trabajadores reunidos en asamblea insuflaba un sentimiento de seguridad a quienes se aglomeraban en los alrededores de la universidad y les miraban como si hubieran vuelto de la muerte. A un costado, un reducido grupo de activistas juntaba grandes saquillos de azúcar, harina, pan. Esos jóvenes de cabellos largos y chompas parecían salidos de la década de los setenta.

-¿Son de alguna institución?

-No, no. Yo trabajo en una organización independiente, que coordina algunas cosas con ellos –respondió señalando a los mineros.

Más allá nacía un rugido de gritos llamando a la población a iniciar el combate, mientras se escuchaba lejanas vo-

ces que venían desde la avenida Arce, tres calles más abajo. Era una columna interminable de gente que subía. Desde un costado, parado en la vereda, observaba Coco a la multitud llena de vida; tan diferente a los amigos con quienes había estado bebiendo el domingo hasta que el dueño de la cantina les sorprendió cerrando las puertas y diciéndoles que mientras la balacera no acabe, nadie saldría. Ahora recordaba, avergonzado, cómo por la noche se había descolgado de la ventana, para tambalearse en busca de más bebida, sin importarle los escuadrones policiales patrullando las calles o las decenas de tiendas cerradas.

La columna seguía pasando y de pronto tuvo la sensación que era la historia del país la que pasaba delante suyo. Un impulso desconocido le hizo pensar que no podía estar ausente. Se mordió el labio inferior y como si se lanzara al río, se incorporó al torrente de gente.

-¡Un q'ara; un q'ara! —surgieron de inmediato gritos alegres y súbitamente cientos de manos le empujaron hacia adelante.

De pronto se encontraba en la primera fila.

-Para que no te digan nada, vos llevá esto —le dijo una señora que caminaba a su lado y sólo llegó a distinguir una pollera roja cuando ya tenía el estandarte del grupo en sus manos.

Una descarga de risas recorrió el lugar y antes que dijera algo vio avanzar, desde el otro costado de la fila, el rostro moreno de un marchista.

-Que vaya pijchando coca también —lanzó el hombre, mientras le colgaba una chuspa en el cuello.

Así pasaba entonces Coco con la multitud frente a la Universidad. Feliz, portando el estandarte, masticando coca, en medio del gentío que coreaba consignas de protesta. Cada vez que los gritos retumbaban entre los edificios, elevaba orgulloso el estandarte, con el pómulo hinchado de

coca. Ya a nadie parecía importarle su cabellera rubia o sus ojos verdes.

Ajenos a ello, al promediar las diez y media llegaba Roberto a la puerta del viejo edificio de la Federación de Fabriles y marcaba su celular.

-Jefe, estoy aquí, en la puerta -dijo y asintió al vacío cuando escuchó que debía esperarle una calle más arriba.

Julio presidía la reunión y esperó a que el orador de turno terminara su intervención antes de salir apresurado. Se encontró con Roberto y juntos doblaron la calle Potosí, para escabullirse en una puerta entre abierta, de la que salía hipnotizador el olor a salteñas.

-Ahora, hermano, te vas a ir y les vas a entregar a diez tarjetas al Felipe, diez al Angel, otro tanto a los maestros. A los mineros les vas a dar veinte y entre los del Comité Ejecutivo también vas a repartir veinte -ordenaba, mientras veía cómo Roberto devoraba la salteña. -De estas diez la mitad te vas a quedar y la otra mitad le vas a dar al licenciado Rolando; él te va a esperar a las cuatro en el puente Avaroa -añadió dando el primer mordisco a su salteña y guardando las últimas veinte tarjetas en el bolsillo.

También en Santiago II deliberaban y un estruendo de gritos llenó los aires cuando los dirigentes aseguraron que no darían paso atrás en la lucha. Las detenciones de numerosos vecinos, por el ejército, durante la noche habían alertado a toda la ciudad. En sus calles recordaban a quienes fueron detenidos, mientras seguían cavando las zanjas. Desde los alrededores de la plaza del Minero llegaban constantes detonaciones. Esa mañana, su esfuerzo logró interrumpir el avance de los militares, que apenas atinaron a retornar rápidamente a sus cuarteles. Antes que la retaguardia se perdiera en la última esquina de la zona, por el otro extremo, nuevos dinamitazos sacudiera las calles, anunciando la llegada de más mineros de Huanuni.

-Compañeros, a pesar de la crítica situación en la que se encuentran nuestras familias, no podemos abandonar a los compañeros mineros que han venido a combatir junto a nosotros –reflexionaba un dirigente.

Otra vez se formaron comisiones para recolectar víveres, mientras la asamblea continuaba deliberando. Los dirigentes de los manzanos hacían conocer la lista de los vecinos que se sumarían a la marcha hacia La Paz, convocada por la Fejuve. Por su parte, en el sector norte de El Alto los cadáveres seguían siendo velados. Sólo una pequeña comitiva de la Junta de Vecinos visitaba todavía los domicilios de los dolientes, llevando cigarrillos, bolsitas de coca. En cada hogar, los surruros alrededor de los cajones, se articulaban al bailoteo plácido de la llama de las velas. Las lágrimas se habían secado, al igual que los lamentos y los dolientes recibían entumecidos las condolencias de la comisión. Algunos preguntaban acerca de las movilizaciones. Afuera, en la cancha, la multitud se congregaba nuevamente para evaluar la huelga.

-Ya no podemos permitir, hermanos, que esos periodistas sigan viniendo a espiarnos, mientras nos difaman por sus canales –comentó alguien.

Una prolongada lluvia de aplausos cubrió la asamblea.

-Sólo a los que están con el pueblo le tenemos que permitir pasar –sugirió otro y la multitud comenzó a corear. “¡Eeretepé, Eerbol!”. “¡Eeretepé, Eerbol!”.

Después, los oradores siguieron evaluando el paro. Las zanjas y las barricadas, que esquina tras esquina surcaban las zonas, habían impedido incluso la circulación de bicicletas, pero ahora las voces pedían que tampoco a gente extraña se les permita ingresar a la zona.

-El gobierno nos puede estar mandando sus buzos –arengó una voz, antes que una nueva ovación aprobara la sugerencia.

-Dice que ya se están alistando para bajar del alto –comentó Alejandro en La Paz.

Sergio y Ramiro siguieron mirando a los cientos de guardatojos aglomerándose alrededor de los saquillos de pan. En la Universidad, donde se había instalado el primer contingente minero, todavía estaban desayunando.

-Alejandro, tú andá donde Román, nosotros tenemos que encontrarnos con una compañera de Rurre –ordenó Sergio.

Los alrededores de la Universidad se poblaban de más trabajadores, estudiantes, que lanzaban petardos al aire.

-Ahí es; ella ya debe estar esperándonos –dijo mientras cruzaba junto a Ramiro la vereda y se escabullía en un edificio.

-Hola compañero.

El saludo fue seguido por un silencio, mientras la mujer se quedó observando a Ramiro.

-A ti te conozco –sentenció luego, al abrir la puerta de la oficina.

Apenas entraron, desapareció Viviana, dejándoles solos frente a una computadora y varios equipos eléctricos.

El comunicado fue una breve evaluación de los dos días de matanzas. Mientras Ramiro escribía, Sergio llamaba incansable por teléfono.

-Vamos por el Obelisco, ahí nos va esperar tu tocayo en su oficina.

Dejaron el edificio y subieron por el Prado. Las avenidas del centro parecían más frías que de costumbre. Esporádicamente cruzaba un pequeño grupo de manifestantes, después sólo quedaba el eco de los gritos y de las detonaciones. Súbitamente entraron a un edificio antiguo que les esperaba con la puerta entreabierta. Subieron la espiral de gradas de madera hasta llegar al tercer piso y empujaron la puerta de una de las oficinas.

-Unas cien copias –le dijo Sergio al hombrecito de lentes que aguardaba adentro.

El leve zumbido de la máquina calmó la ansiedad de los hombres y al poco tiempo salieron por separado, ganaron la avenida Mariscal Santa Cruz por distintas veredas y se encontraron nuevamente subiendo la calle Colombia, hacia San Pedro.

-Yo tengo una entrevista en el canal 13 y estaré a las dos –le comunicó Ramiro antes de perderse.

Ese martes, cerca de 200 mil personas bajaban de El Alto hacia el centro de La Paz. Se descolgaban por las laderas al grito de muera al gobierno. A medida que la mancha humana avanzaba, salían de sus casas los vecinos de La Paz para sumarse a la protesta. Espontáneamente las mujeres que les veían pasar comenzaban a repartir bolsitas de agua, dulces. “¡Gloria a los caídos en la defensa del gas!” salía de las filas de los marchistas y un “Gloria” profundo, multiplicado en miles de gargantas, se prolongaba hasta concluir sólo cuando la última fila se perdía tras las esquinas.

-Tenías razón con lo de los chilenos –rompió Sergio apenas le vio entrar más tarde a la oficina.

En la habitación estaban Román, Alejandro y dos compañeras alrededor de un radiotransmisor. A un costado de la mesa, un tari ofrecía apasible cientos de hojitas de coca.

-Lo ha denunciado el Mayor Vargas –complementó Alejandro y nuevamente el silencio envolvió el ambiente.

A Ramiro no le sorprendía la denuncia, pero sintió un hilo frío estremeciéndole la espalda.

-Las órdenes vienen directo de Santiago –dijo Román y la mano de una de las mujeres discaba el número del Mayor Vargas, para alcanzar el auricular a Ramiro.

-Sí; lo que he denunciado es la participación de la inteligencia militar chilena y también he llamado a los militares patriotas que están subordinados a los militares de menor

graduación, a sumarse a nuestro pueblo –escuchó, alcanzando a apuntar cifras sueltas.

La radio seguía informando acerca de continuos choques entre el ejército y la población, en la zona sur. Según relataba el locutor, con una lluvia de piedras, miles de campesinos rebasaron a los uniformados y avanzaban hacia los barrios residenciales. En el camino encontraron a un dirigente del cogobernante MIR, quien apenas escapó para alcanzar a esconderse en su domicilio. La multitud estuvo a punto de arrasarse con la vivienda sino hubiera llegado un contingente de militares y policías.

-En los canales de televisión siguen pasando películas y novelas –criticó otro dirigente en la oficina, antes que Sergio, Alejandro y Ramiro decidieran salir.

En la calle sintieron la ética de la protesta en el aire. Al llegar a las cercanías de la Pérez Velasco vieron cómo, en San Francisco, la masa llenaba toda la plaza y alcanzaba hasta la Mariscal Santa Cruz. Un eco opaco de efervescencia recorría la tarde. Según escucharon, ante la gran cantidad de gente la policía se había replegado a su regimiento, pocas calles más abajo. Los hombres apresuraron el paso hasta confundirse entre la gente. Bajaron la avenida y al pasar por el regimiento policial, la puerta metálica del portón se cerró hermética. Desde el Obelisco, observando hacia arriba, se veía las tanquetas del ejército bloqueando las calles de acceso a la plaza Murillo.

Mientras tanto, la marcha de El Alto estaba cerca de la plaza San Francisco, cuando fue sorprendida por un tableteo de disparos. La multitud se dispersó primero en desbandada, pero pronto se disipó la confusión y la gente volvió a apesunarse en las paredes, detrás de los muros.

-¡Hay francotiradores en los edificios! –alertó alguien.

Pocos metros detrás, un puñado de dirigentes consultaba a José. El anciano hablaba agitado, pero sus palabras

se perdían en el estruendo de las explosiones. Los labios le temblaban, mientras seguía instruyendo a los delegados de calle.

-¡No nos tenemos que dispersar, tenemos que permanecer juntos, para que todos reciban constantemente mis instrucciones!

De inmediato los delegados de calle se reunían con sus bases y a lo largo de la calle Murillo podía observarse que las otras Juntas vecinales también se reorganizaban. Los estandartes nuevamente se ordenaron detrás del gigantesco lienzo de la Fejuve. Era como un imán atrayendo a la masa que había bajado de El Alto, insuflándoles mayor fuerza y les preparaba para volver arremeter.

“¡Gringo, gringo, hijodeputa! ¡Gringo, gringo, hijodeputa!” se escuchaba el rugido que infundía miedo.

-¡No dejen solo a don José! —escuchó a sus espaldas y únicamente alcanzó a ver a un grupo de jóvenes formando un círculo a su alrededor.

Apartado del tumulto, José gritaba desesperado a la multitud, que no se acercara demasiado al edificio desde donde salían los disparos. Agitaba los brazos, miraba entristecido, mientras el estruendo de las detonaciones aumentaba. Más adelante, la mancha se dispersaba cada vez que estallaban los disparos, pero volvía a reunirse apenas cesaba el tableteo.

-¡Hagan fuerza cuando venga la revuelta! —trascendía apenas la voz del anciano.

Después veía a los miles de vecinos atrincherarse cerca de las esquinas, desde donde lanzaban piedras, avanzaban en círculo, encerrando los edificios y volvían a detenerse. Los nuevos disparos les permitieron identificar, en la esquina de las calles Sagárnaga y Murillo, el edificio donde se encontraban los francotiradores.

-¡Carajo! Ese edificio es de Sánchez Berzaín —gritó alguien, sobreponiéndose al bullicio.

La advertencia fue suficiente para que la multitud lanzara una lluvia de piedras. Los disparos provocaron nuevas víctimas entre la población.

Desde lo alto del edificio los soldados asomaban un instante, disparaban y volvían a desaparecer. La furia de la gente no cesaba y de la nada aparecieron antorchas que eran lanzadas hacia el interior del edificio. El fuego prendió rápidamente las cortinas de las oficinas, en la planta baja, comió los escritorios, los papeles, para convertirse en una gigantesca lengua saliendo por las ventanas, trepando hacia el segundo piso, luego hacia la terraza. Los gritos de júbilo de la población parecía alentar a las llamas, mientras caían más piedras sobre la construcción. Al rugido de la multitud ahora acompañaba el zumbido ronco del fuego que envolvía todo el edificio. Sólo entonces comenzaron a escapar los uniformados del tejado. Corrían como pequeños roedores por entre los techos de las casas vecinas, hasta refugiarse más abajo, en el regimiento policial.

A la una de la tarde los alteños ingresaron a la plaza San Francisco y se sumaron a la masa ya concentrada en todas las calles aledañas. Éstas se transformaban en arterias que bombeaban inagotable más y más manifestantes. Atrás quedaba el edificio en llamas, los muebles arrojados a la calle, los papeles quemados flotando por el aire.

-A los primeros que estén saqueando las tiendas, expúsenlos compañeros, porque deben ser agentes infiltrados que quieren desprestigiarnos -instruían los dirigentes zonales a sus delegados.

En la agitación, Ramiro se había separado de Sergio y Alejandro. Ahora se encontraba con un grupo de manifestantes en el Obelisco, hostigando a los carros de asalto, a pocas calles arriba. Recordó que tenía oculto un fajo de comunicados debajo de su chompa y comenzó a buscar con la mirada a algún periodista.

-¡Hermanos, vamos a la zona sur; los q'aras se están rindiendo! –arengó un joven cerca de él.

El grito sobresalió entre el ruido de la multitud. No era demasiado enérgico, pero traía consigo similares gritos de Tinta arrinconando a los q'aras al mando de Tupac Amaru; arengas que se habían reproducido en Sorata antes que los hombres de Tupac Katari soltaran el dique de agua para inundar el pueblo y volvió a escucharse muchos años después en Caracollo, cuando las tropas aymaras, comandadas por Zárate Willka se acercaban a Mohoza. En los gestos de aquél hombre, ahora, en el Obelisco, aparecían y desaparecían miles de rostros de arcilla, mientras instaba entusiasta a bajar a la zona sur, donde los q'aras estarían a punto de rendirse. El hombre agitaba las manos, dando saltitos cada vez que discurseaba.

Antes que el sol decayera en el horizonte, Ramiro había distribuido todos los comunicados a los corresponsales que encontraba. Después, acompañó al último grupo de manifestantes que subía hacia la San Francisco y luego dobló la calle para ir en busca de sus amigos.

En otro punto de la ciudad, tres hombres, precedidos por una aureola de santidad, llegaban a una puerta. Estaban detrás de un templo. Antes que el primero de ellos extendiera la mano hacia el timbre, se abrió el portón y un vaho hogareño les bañó el rostro.

-Monseñor, bienvenido. Pase, por favor –saludó una figura de sotana.

Adentro, la voz alteró la mesa de reuniones. Los clérigos se pusieron de pie, mientras sentían acercarse los pasos. El encuentro transcurrió en forma de manos delicadamente plegadas sobre la mesa. Escuchaban atentos, anotaban palabras sueltas y continuaban mirando al vacío. De vez en cuando, voces angelicales, en forma de preguntas sueltas, cruzaban la sala, para ayudar a precisar la agenda que des-

de la mañana siguiente debía orientar el trabajo de la cadena de las radios católicas. "Principalmente la Erbol, que es donde más llama la gente", había dicho el Monseñor con una sonrisa plácida, cerrando la reunión.

Afuera, el anochecer terminó de caer más solitario que de costumbre, mientras caminaban silenciosos Román, Sergio y Ramiro. "Hay reunión donde el Filemón", escucharon y sólo alcanzaron a divisar una gorra colorida perdiéndose entre las sombras.

-Me iré nomás; si es una reunión del MAS, pueden observar mi presencia -dijo Ramiro.

-No, tú estás con nosotros, como organización social -cortó Sergio.

Bajaron por detrás de la Universidad. El silencio de las calles les acompañaba durante largos trechos. De vez en cuando, el paso raudo de vehículos sin placa alteraba la calma.

-Esta noche puede que se incrementen los allanamientos en busca de dirigentes -dijo Ramiro.

Habían llegado a un edificio y subieron sigilosos al departamento. Arriba, Filemón y Antonio no pudieron disimular su disgusto cuando abrieron la puerta y se encontraron con Ramiro, junto a los dirigentes campesinos. La reunión sólo sería entre las cinco personas.

-Estamos sacando esto -comentó satisfecho Román, extendiendo una hoja hacia Filemón y aguardando expectante su comentario.

-También hemos bombardeado a la iglesia para que se pronuncie -añadió orgulloso Sergio.

Hundido en el sillón, Filemón tomó el documento, echó un vistazo y sentenció: "esto no sirve".

-Además, el mismo domingo la iglesia ya se ha pronunciado contra la masacre -acotó lacónico Antonio.

A partir de ese momento, los dirigentes se callaron y sólo Filemón y Antonio hablaban. Daban instrucciones, evalua-

ban la movilización y el encuentro terminó sorpresivamente.

-Disculpen hermanos pero estos q'aras oportunistas del MAS son una mierda y nos quieren seguir manejando como rebaño –protestó afuera Ramiro.

-Pero acaso les hacemos caso –respondió Sergio.

Una carcajada les devolvió la alegría. Pocas calles más allá se despidieron y cada uno se escabulló en las sombras de la ciudad fantasma.

Todavía no daban las siete y media de la noche, cuando el Mayor Pinto entró a su dormitorio. El traje de combate agrandaba su figura; la misma que todos los días intimidaba hasta la temeridad a sus soldados. El papel en la mano continuaba enrollado. No necesitaba leerlo para conocer el contenido. Además ahora tenía el pensamiento lejos del cuartel y de las órdenes del Alto Mando. Lo dejó sobre el velador, miró el reloj y palpó cuidadosamente la superficie de su cama, hasta sentir un pequeño bulto en el interior. Un chispazo de vida le brilló por los ojos, antes de salir hacia el casino.

La cena era un tobogán de voces, recreando los días que ya ocupaban la ciudad. Los oficiales más jóvenes pronosticaban una pronta victoria. Pinto les escuchaba ausente. El entusiasmo le nacía cada vez que pensaba en Susana. Aunque sólo había pasado seis días fuera de casa, anhelaba volver al hogar, sentir el abrazo protector de sus pequeños hijos. De vez en cuando el recuerdo de su esposa sonriendo le alejaba del ruido en el casino. Sin darse cuenta, se vio pronto a sí mismo impartiendo órdenes, luego, acompañado por otros oficiales, controlando el armamento de los soldados.

Nuevamente en el dormitorio, miró su reloj, sintió a través del vacío la noche, antes de sacar prenda por prenda debajo de las frazadas. Como si las planchara, doblaba de-

licadamente la ropa, pasando la palma hasta que desapareciera toda arruga del pantalón, luego de la chompa. Las puso dentro de una pequeña bolsa para esconderlas debajo de su chamarra. Al salir de la habitación, el frío le devolvió al mundo de las órdenes castrenses. A su lado, unos tacones golpeando marcialmente el suelo atraieron su atención.

-¿Quién tiene a su cargo la compañía? –preguntó.

-¡Yo, mi Mayor!

-Vamos entonces –sentenció.

Las sombras de un centenar de hombres abandonando el regimiento pasaban lúgubres por las veredas. La mancha humana comenzó a recorrer las calles. Borearon de lejos a las fogatas antes de detenerse y dividirse en cuatro grupos. La unidad que Pinto acompañaba avanzó por el borde de El Alto. Abajo, diminutas luces dibujaban la zona sur de La Paz.

-Sargento, continúe la ronda –ordenó, internándose después en la oscuridad.

Detrás de un arbusto se cambió la chamarra y el pantalón, envolvió su vestimenta militar en la bolsa y sin dejar de correr a zancadas, bajó hasta que se encontró abriendo furtivamente el portón de una casa. Susana apenas tuvo tiempo de sorprenderse, antes que los cuerpos rodaran sobre la alfombra.

-Alfredo ..., los niños. Ji, ji, ji, les podemos despertar –sentía sus palabras húmedas cerca del oído.

-¿Qué hora es?

-Las once –respondió ella, ajustándose el vestido.

-Huuuum, dormiremos un poquito más –atinó a quejarse, mientras se desenroscaba lánguida al contacto con el cuerpo de su marido.

-Feliz cumpleaños –escuchó como respuesta y otra vez los cuerpos se enroscaron mudos, al brillo de la oscuridad.

Poco después eran dos sombras deslizándose por la casa hacia la puerta.

-Feliz cumpleaños –repitió, mientras apretaba un pequeño objeto metálico en la mano de su esposa.

Ella sonrió vagamente, con un gesto de temor.

-No te preocupes, por aquí patrulla mi gente –se adelantó, mirando hacia un lado y se perdió al amparo de los últimos restos de la noche.

En algún edificio del centro de La Paz, poco antes que emergiera el sol, la presencia de tres hombres silenció las oficinas de la radio. Nadie sabía a qué hora habían llegado; sólo les vieron salir sonrientes de la oficina del Director. Los periodistas entraban y salían de la cabina. Aunque nadie había sido informado, estaban seguros que aquellos curas eran los ojos de la jerarquía eclesiástica.

-Compañeros, el Episcopado nos va apoyar durante estos días de emergencia –dijo el Director, estirando una sonrisa nerviosa al entrar a la cabina. A su lado apareció el más joven de los tres padres. Él nos va a ayudar aquí –añadió, apartándose de la puerta.

La sola presencia de Bernardo enmudeció la cabina. Algunos se apartaron a su paso, le acercaron diligentes un asiento, que el hombre recibió con una amplia sonrisa. La cabellera suelta le daba un aire de artesano, que descongeló rápidamente la rigidez del ambiente. Se dejó caer en la silla, sacó un libro de su mochila y miró alegre a su alrededor.

-Sigan nomás, no quiero perjudicar. Sólo voy a leer algunos pasajes de la Biblia, entre las llamadas o las noticias.

Afuera, lejos, Julio observaba en silencio el devenir de dos calles que nacían en el fondo y terminaban en un cruce empedrado. Sentado detrás de una caja, a la entrada de un callejón del que sobresalía un toldo de nylon, miraba distraído, cuando apareció sorpresivamente Roberto, metiendo la cabeza debajo del plástico.

-Buen día compañero.

-Hola hermano -dijo, pidiendo a la señora oculta entre unas bolsas otro desayuno y el día comenzó a rodar desde las siete de la mañana.

Después ordenó a Roberto visitar por las organizaciones sindicales más grandes y participar en sus asambleas. Se volverían a encontrar a las cuatro de la tarde, en la plaza San Pedro.

-Si hay algo importante, me llamas de inmediato -completó, empujando un billete de cincuenta pesos a las manos del hombrecito.

La llegada del miércoles borró el cansancio de los rostros en el sector norte de El Alto. A medida que el sol emergía, la gente se fue concentrando en la cancha. Melodías fúnebres salían de los altoparlantes, invitando a los vecinos al entierro. Poco a poco crecía la mancha humana, hasta conformar un tupido compacto. Nadie supo cómo habían llegado los ataúdes. Uno al lado del otro silenciaban los murmullos de las personas que se aproximaban.

Ajenos a ello, se reunían en el cuatro de guerra varios hombres.

-La situación nacional está controlada, aquí nomás es el problema –alentaba desde la cabecera de la mesa el hombre de terno –pero ya estamos recuperándonos y como gobierno creemos que ahora más que nunca no debemos aflojar ...

El Coronel Suarez escuchaba ensimismado desde uno de los extremos de la mesa. Todavía las imágenes, que se le metieron durante los últimos días en la retina, de multitudes acechando a las columnas militares, le perseguían. Observaba hablar a ese hombre de lentes ajeno al bullicio que a pocas calles del Palacio quemado comenzaba a nacer. Ahora comprendía por qué le llamaban unas veces Chulupi, otras Zorro.

“Minorías antipatrias”, “narco dirigentes”, “asesores terroristas”, “sabremos valorar”, “recompensa”, le llegaban sueltas las palabras. Las últimas frases iluminaron la mesa del *war-room*.

-¡Y esta orden es para todos! Para usted, Coronel Suarez: no debe pasar ni un alma de Patacamaya. A las nueve de la noche volveremos a evaluar todo –concluyó y rodeado de sus guardaespaldas desapareció tras una puerta.

También otros hombres comenzaron su día planificando.

-Honorable, el ingeniero le agradece por el respaldo y dice que a las diez de la mañana le va esperar en la plaza Villarroel –escuchaba Diógenes por teléfono a su secretario.

-¿Y qué es de la prensa internacional? –le había preguntado, sólo para recordar por qué calles debía salir.

Ahora, en la plaza Villarroel veía llegar corriendo al ingeniero.

-Honorable, creo que un poco me he atrasado ..., mil disculpas –dijo con la boca seca.

-¿Tienes el proyecto? Dámelo, para que aquí, el licenciado lo estudie –presionó, extendiendo la mano.

Siguió con la mano extendida, aún después de recibir los papeles.

-Ah si, disculpe -se apresuró el ingeniero -compañero Diógenes, para nuestra red es un gran honor respaldar esta lucha -añadió solemne, entregándole un sobre abultado.

-El lunes mi secretario te va a devolver el proyecto con las correcciones. Le avisas cuándo nos reunimos con los gringos -dijo antes de perderse en un remolino de calles.

Poco después entraba a una tienda entréabierta. La oscuridad le cegó la vista apenas cruzó la puerta. No vio a los periodistas ponerse apresurados de pie. Tomaban refresco en una mesa rústica, aguardando al diputado del MAS. Pedro, su secretario, había citado a los tres periodistas extranjeros en el restaurante de su compadre. Ahora entraba detrás del diputado y antes que Diógenes se aproximara a la mesa, sintió cómo el honorable empujaba un fajo de billetes a sus manos. Disimuladamente separó un par de ellos y entregó el resto a su compadre.

Los periodistas lanzaron preguntas sueltas, como queriendo demostrar que le conocían suficiente, antes de indagar por la estrategia de la huelga. Sabían que cuando era dirigente rural, había encabezado varias marchas hacia La Paz, obligando a los gobiernos de turno a negociar con su sector.

-¿Cuánto tiempo estima necesario para que este conflicto se resuelva?

-Como movimiento campesino, indígena y cocalero no vamos a parar ... -comenzó.

A medida que hablaba su pequeña figura parecía crecer y su voz, primero chillona, ocupaba cada vez más el espacio, hasta llenar toda la habitación. Había logrado hábilmente escabullirse entre la multitud.

Durante la entrevista, el relato transcurría ante la expectativa de los periodistas hasta que, con un gesto teatral aprendido en la vida sindical, miró su reloj y se incorporó

lentamente. Estaba por despedirse, cuando los periodistas pidieron al Secretario les tomara una foto junto al diputado. La postura duró un instante y antes que se disolviera corrió Pedro hacia los cuatros hombres, gesticulando a su compadre para que ahora él les tomara otra imagen.

Era el mismo momento en el que los cuerpos sin vida, en la cancha del sector norte de El Alto, arrancaban arengas de cólera a los vecinos.

-Compañeros, compañeras, el sacrificio de nuestros hermanos, que han dado sus vidas para sacar a estos asesinos del gobierno, no va a ser en vano —interrumpió la voz del dirigente.

Mientras hablaba, los sollozos se ahogaban en el vacío. Antes que termine la arenga, los estandartes de las juntas vecinales habían rodeado los cajones en un último gesto de homenaje. De inmediato, cuartillas de hombres se apoderaron de los ataúdes y el cortejo inició su caminata hasta el cementerio de Villa Ingenio. Detrás de ellos, banderas con crespones negros compartían la tristeza de la multitud que recorría el camino de tierra. De lejos sólo se veía una masa compacta que de vez en cuando gritaba “glooria a los caídos”, mirando acongojados los ataúdes. El grito de “mueeera el gobierno” se acoplaba para cruzar el paisaje, impulsado por una brisa gélida. Las muestras de dolor se incrementaron cuando las cuadrillas descargaron los cajones delante de agujeros abiertos en medio de la pampa. Era el cementerio y la multitud rodeó silenciosa los ataúdes, mientras el llanto se escabuía entre quejidos y maldiciones al gobierno. Parecían extrañas canciones despidiendo a los cajones, en el fondo de los huecos. Cerca del medio día, el retorno dispersó a la masa y Bernardino sólo alcanzó a escuchar que la asamblea se reuniría a las tres de la tarde.

En La Paz, ajeno a ello, Julio se arreglaba la cabellera con la mano, antes de llegar a la esquina. Apenas dobló la

vereda, un grupo de periodistas cruzó la calle corriendo hacia él. El dirigente sabía a qué horas y por dónde desplazarse para atraer la atención de la prensa. También la gente que llenaba las calles se sintió atraída. “Es el Julio”, escuchó a un costado, mientras los periodistas le rodeaban. El hombre no dejó de caminar, obligándoles a seguirle a zancadas.

-¡ ... y desde aquí, como principal comando de dirección, instruimos a todo el pueblo movilizado, a linchar al primero que encuentren saqueando tiendas, porque esos son seguramente buzos del gobierno! –arengaba y una aureola de revolucionario parecía abrirle paso en su caminar.

A esa misma hora otro grupo de dirigentes atravesaba la ciudad. Sentían flotar la protesta, cuando una llamada al celular de Sergio les obligó a detenerse.

-Vamos a la oficina de Alfredo –dijo luego y tomaron la México. Dos calles antes de llegar, identificaron el edificio entre la fila de bloques de cemento. Se separaron y cruzaron, uno tras otro la puerta.

En la oficina las informaciones se contradecían.

-Están saliendo de Caranavi. El Chato dice que mañana van a llegar los primeros tres mil y tenemos que conseguirles alojamiento –volvió a la carga Sergio.

Mientras tanto Alejandro entraba con el celular en la mano.

-Hay un muerto en San Julián –lanzó al vacío, desplomándose sobre el sillón.

Ramiro, con las manos suspendidas sobre el teclado de la computadora, les miró un instante, echó un vistazo a la pantalla y volvió a contemplarles. La denuncia del muerto y la llegada de miles de colonizadores del norte de La Paz comenzó a rodar pronto por el Fax, mientras los dirigentes, dispersos por la oficina, hablaban por teléfono.

-Qué grave está. Dice que el domingo un oficial le ha blanqueado a un soldadito que no quería disparar –comentó Sergio, apartando del oído un pequeño radiotransistor.

Al salir, sintieron cómo la mañana se había detenido en el estupor.

-Entremos a la Panamericana –sugirió de pronto Ramiro.

-Pero ... -quizo objetar Sergio.

-Hay guardias; no nos van a dejar entrar –terció Alejandro.

Ramiro siguió caminando hacia la entrada del edificio.

-Ustedes síganme nomás –dijo cuando vio incorporarse a los guardias de la portería.

-Subimos a la radio. Somos dirigentes colonizadores –se adelantó.

-¿Les están esperando? –atinó a preguntar un guardia.

-Sí, si ...-la voz de Ramiro se perdía entre las gradas.

-Somos dirigentes colonizadores –repitió pisos más arriba, cuando vio asomarse un rostro por la rendija de la puerta.

Las palabras sorprendieron al hombre.

-Bueno, eeh, pasen. Esperen aquí –ordenó, desapareciendo en las oficinas del fondo.

-Sí, ¿de qué quieren hablar? –indagó al poco tiempo un reportero, mientras preparaba su grabadora portátil.

-En el bloqueo de San Julián hemos tenido un muerto –atropelló Sergio.

El periodista fingió no haber escuchado y siguió manipulando el aparato. Solamente la mujer que le acompañaba clavó horrorizada la mirada en los dirigentes.

-Eso es mentira –dijo el periodista sonriéndoles calmado.

Esperó vanamente alguna reacción. “Bueno, si eso era todo, gracias. Vamos a pedir a nuestro corresponsal mayor información”, sentenció, abriendo la puerta para que los hombres abandonaran la radio.

Doblaron la esquina cuando les sorprendió una multitud de manifestantes subiendo hacia la San Francisco. Algunos

les reconocieron y los tres hombres se acercaron a la primera fila. En el trayecto, rápidos intercambios de información arrancaron gritos de guerra en la columna. Luego salieron de la fila y continuaron bajando las calles.

-A las tres; ampliado donde los mineros –les informó un rostro anónimo al pasar.

Más arriba, una gigantesca mancha llenaba poco a poco la San Francisco y la Pérez. De vez en cuando se desprendía un pedazo y recorría desafiante las calles. Los gritos de “¡Gringo, cabrón, andate a Washington. Gringo, cabrón, andate a Washington!” retumbaban ensordecedor. En uno de los edificios, acostumbrados ya a las manifestaciones, un grupo de periodistas se ocultaba a la mirada de sus jefes, refugiándose en la cocina.

-Señores, buenos días. El padre Silverio nos va acompañar en el trabajo informativo –anunció el Director apenas entró a la sala de prensa.

La mayoría de los periodistas le conocían. Había sido Director de un canal de televisión y su sola presencia alteró el trabajo. Sin que se supiera cómo, la mañana de los periodistas se había ordenado alrededor del padre Silverio. Veía los despachos informativos, escuchaba los noticieros y no dejaba de llamar por teléfono. Después, lanzaba sugerencias sueltas, que atraían poco a poco a todos alrededor de su escritorio.

-Padre Silverio, ¿podría acompañarnos para evaluar la planificación, por favor? -, le dijo Mario, inclinándose reverencial.

Así comenzaron las reuniones con los periodistas. Primero fue antes de la media mañana, luego cada hora.

-A los que están en la calle, díganles que a las siete nos reuniremos –ordenó y veía satisfecho cómo Mario salía diligente de la oficina.

Por el centro de la ciudad, las palabras de “huelga de hambre”, “iglesia”, “San Pedro”, circularon furtivamente,

encandilando de inmediato a Coco. Durante la media mañana había bajado y subido el Prado con distintos grupos de manifestantes. Hechizado por las consignas ahora subía la calle Colombia hacia el templo de San Pedro. Imágenes sueltas poblaban su pensamiento, cuando vio desde la esquina a un grupo de gente merodeando alrededor de la iglesia. Apresuró el paso justo en el momento en que policías en motocicleta salían de las otras esquinas y se apostaron a un costado del templo, obligando al puñado de gente a retirarse. El forcejeo con los uniformados fue vano ante las primeras granadas de gas nublando el lugar. Después, indiscriminados golpes de laque pusieron en huida a los manifestantes. La arremetida policial contrastaba con el eco de la protesta que venía desde la plaza San Francisco. El grupo volvió a reunirse en el otro extremo de la iglesia.

-¡Vamos donde las Mujeres creando, ahí están abriendo otro piquete! —convocó alguien y pronto los hombres se dirigían a la casa que prometía acogerles.

Apoyado en una de las barandas del túnel de San Francisco, con los brazos cruzados, miraba Román la mancha humana deslizarse hacia los uniformados que, desde una calle más abajo, disparaban esporádicos cartuchos de gas. Su rostro, curtido por el sol, no se inmutaba cada vez que el viento traía una bocanada de tóxicos. Al igual que el resto de la gente, permanecía impasible.

-Es como en la guerra del agua, en Cochabamba —meditó en voz alta.

-¿Qué?

-Las bases. Han vuelto a rebasar; en la guerra del agua era igual —continuó.

Sin despejar la vista de la multitud, sentía renacer sus recuerdos cada vez que la masa amagaba frente a los uniformados, obligándoles a replegarse.

Entre uno de aquellos grupos estarían caminando sus compañeros, reflexionó.

Parecía una estrella de rock en plena actuación, cuando Ramiro le vio sacando frenético los adoquines en medio del pequeño tumulto de jóvenes que, en un abrir y cerrar de ojos, levantaban barricadas frente a la iglesia de San Francisco. Su agitación se incrementaba cada vez que clavaba la vara de fierro en el suelo y palanqueaba para aflojar los adoquines. En uno de los descansos, levantó la cabeza, sacudió la cabellera sujeta en una cola larga y bajó el pañuelo descubriéndose el rostro. Seguía sujetando el fierro, como garrote entre las manos. Fue entonces que descubrió a Ramiro.

-¡Hay que sacar todo esto! –lanzó Willy a manera de saludo y volvió a colocarse la pañoleta, continuando en el empeño.

Su presencia había electrizado a Sergio y Alejandro, quienes sólo atinaron a volcar la cabeza, mientras se alejaban en busca de Román. Esporádicamente les llegaban rumores de nuevos contingentes de mineros, que desde el sur del país venían hacia La Paz.

“No dejar pasar a nadie”, recordó la orden del ministro de Defensa y ahora, observando con los binoculares la pampa del altiplano, al fondo de Patacamaya, tenía la certeza de cumplir fácilmente la tarea. Aunque desde la víspera los informes de inteligencia le advertían de la llegada de nuevos contingentes mineros de Oruro, solamente veía al vacío acompañar el paso del tiempo. En el regimiento, la rutina transcurría en forma de parejas de soldados patrullando por los alrededores, cuando de pronto asomaron en la lejanía destellos de luz multiplicándose, hasta pintar de plomo brillante el horizonte. Inmediatamente salieron del regimiento columnas de soldados, seguidos por vehículos militares, carros de asalto. Pronto quedó la carretera ocupada. Frente del contingente, el Coronel Suarez aguardaba calmado ver asomar los guardatojos. Al otro extremo de la carretera, aparecieron los primeros camiones llenos de mi-

neros. Rodaban lentos, atrayendo a los jóvenes de las zonas aledañas, hasta que se detuvieron en un ronco quejido del motor a pocos metros de la barrera militar. Los soldados, con el dedo en el gatillo, miraban asustados a la multitud que en frente suyo crecía amenazante.

-Mi Coronel, para usted. Es de la Defensoría del Pueblo -dijo el Teniente alcanzándole el celular.

El rostro de Suarez no se inmutó al escuchar la voz de la mujer que hablaba atropellando. Devolvió el aparato al hombre que aguardaba a su lado y volvió a contemplar la masa que coreaba estribillos cada vez más agresivos delante suyo. Los más audaces, dejaron atrás los vehículos que los habían trasladado y avanzaban hasta la primera fila de los soldados. Entre los militares, el nerviosismo era un remolino amenazante, lo que atrajo rápidamente a los vecinos del pueblo y pronto eran mineros, campesinos, profesores, los que comenzaban a forcejear con los soldados. La turba amenazaba con rebasar el cordón militar. Súbitamente, un disparo desgarró el día y abrió por un instante un vacío entre los dos bandos. En su huida, los pobladores vieron desplomarse un cuerpo. La bala le alcanzó por la espalda, quebró la columna y bloqueó su grito. A sus treintaseis años, Filomena sentía como último retaso de la vida, el impacto de plomo arrojándole hacia adelante. Su gesto comprimido fue como un llamado a la multitud, para arremeter contra el contingente militar. Los disparos al aire y las nubecillas de gases apenas lograban mantener a distancia a la multitud embravecida, que con una lluvia de piedras obligaba a los soldados a retroceder lentamente.

-¡Teniente! Con cuatro hombres vestidos de civil, vayan a concertar una reunión con los dirigentes de esos mineros -instruyó, antes de internarse en el grueso de la columna.

No tuvo que esperar mucho para comprobar que las protestas bajaban de fuerza y supo que los dirigentes habían aceptado el encuentro. Miró su reloj, mandó a un grupo de

soldados a simular levantar un campamento lejos, al costado de la carretera. Después, acompañado de algunos oficiales, esperó en el otro extremo a la comitiva de los dirigentes. No habían pasado los primeros quince minutos de la reunión, cuando pequeños grupos de gente comenzaron a rodear el lugar.

-Les ruego un poco de comprensión. Estamos informando a nuestros mandos superiores para considerar el pedido de ustedes –dijo pasando la mirando sobre el rostro de los mineros.

Afuera, los gritos coreando consignas contra el gobierno recorrían cada vez con más fuerza el ambiente.

-Les pido que, hasta recibir respuestas de La Paz, nos mantengamos, ustedes y nosotros, en sus puestos y después de ...

-¡¿Cuánto tiempo?! –cortó una voz.

-Bueno, eeh, yo creo que a lo sumo estaríamos hablando de unas tres horas digamos, aunque tal vez ...

-¡Una hora! –sentenció el dirigente, antes de abandonar el encuentro.

En El Alto, el sol iluminaba la tarde despertando en su recorrido el olor a sangre seca. A las tres y media miles de alteños retornaban nuevamente a la ciudad. Alguien les había llamado a reforzar los piquetes y dos horas después, alrededor de las barricadas, nutridos grupos humanos desafiaban al ejército, que desde lejos les observaba.

-¡Sarnita, vénte acá!, no te vamos a maltratar –gritaba la gente.

La respuesta venía en forma de una ráfaga de disparos.

Nadie vio las sombras cruzar velozmente la vereda, escabulléndose en los edificios. Solamente cuando el piqueteo de las balas levantó polvo cerca de la multitud, supieron que estaban rodeados. En la estampida, algunos lograron

atrincherarse entre las paredes. También José corría para esconderse. Detrás de él, Tomás Mamani hostigaba a los militares. Se parapetaba contra la pared, sacaba la cabeza para gritar mueras al gobierno y volvía a esconderse. Una nubecilla de polvo recorrió el lugar, alcanzando el escondite de ambos. En los intersticios de silencio podía oírse el respirar rítmico de los hombres.

-Compañero, me han disparado –escuchó el anciano a sus espaldas.

-Tienes que replegarte un poco –respondió antes que una nueva descarga detuviera sus palabras. Se volvió hacia Tomás y alcanzó a ver un hilillo amarillo, desde donde colgaba el dedo de una de sus manos.

-No, no. Voy a estar aquí –respondió y con un movimiento de la muñeca acomodó rústicamente el dedo mientras seguía amenazando a las tropas con la otra mano.

Más tarde, una asamblea de emergencia en la plaza del Minero escuchaba el balance de la movilización. El Alto tenía hasta entonces más de medio centenar de muertos, decenas de heridos, casas ametralladas, las calles abiertas con zanjas y convertidas en barricadas. La multitud aplaudía frenética cuando se convocó a los vecinos a continuar reforzando la vigilancia en los puntos de bloqueo, principalmente en la carretera a Oruro. Poco después, grandes grupos custodiaban las calles y de la nada aparecían consignas pintadas en los muros, llamando a derrocar al gobierno.

En uno de los edificios de La Paz, un anciano escuchaba apacible la radio, cambiaba de dial, sin importarle que desde el otro escritorio le mirara desconfiado el Coordinador. El anciano era el único de los tres clérigos que, luego de entrar a la radio antes del amanecer, se había quedado en la Dirección.

-Por favor, llame al hermano Bernardo, al hermano Silverio y a todos los responsables de la radio. Nos vamos a

reunir –dijo apacible, ajeno a la sorpresa que en el rostro de Emilio se dibujaba.

Luego, giró su asiento y volvió a manipular el dial. Trataba algunas frases en un cuadernillo y otra vez escuchaba con atención. Estuvo así hasta que el Coordinador salió de la oficina.

El encuentro comenzó con una oración que, desde la cabecera de la mesa, murmuraba el anciano.

-Hermanos en Dios ... –dijo solemne y su voz cubrió todas las miradas.

Habló de los esfuerzos de la iglesia por ayudar a pacificar el país, de las legítimas pero peligrosas denuncias de algunos periodistas; escuchó al padre Silverio acerca del trabajo de prensa y escuchó con una paternal sonrisa, el balbuceo de los responsables de la emisora.

-Queridos hermanos, todos tenemos que esforzarnos para superar nuestra ira y aliviar este momento. Ahora, algunos sólo quieren venganza, pero ante los ojos de nuestro Señor no se justifica tanto odio, ni siquiera en quienes han sido víctimas de esta situación.

Los periodistas escuchaban en silencio, sin quitarle la vista. Cada vez que se encontraban con su mirada, asentían, aprobando la reflexión.

-Pasen primero las llamadas al padre Bernardo o al padre Silverio, para que ellos transmitan la palabra de nuestro Salvador y si ellos creen que es necesario, entonces salen al aire –acotó con una voz que olía a desodorante.

Pero en las calles las horas pasaban en forma de ancianos y mujeres llevando saquillos con panes, ollas de refresco, a las barricadas. En algunos lugares los radiotransistores extendían la voz ahora sollozante de algún ministro, esforzándose por asegurar que los dirigentes obligaban a la población a plegarse a las protestas.

-¡Cómo en las minas nos vamos a defender, compañeros –arengó José.

Desde un costado de la barricada, un grupo de periodistas se apretujaba para captar la voz del dirigente. El anciano había trabajado en las minas hasta que el despido de miles de mineros, hace ya 17 años, le obligó a trasladarse a El Alto y asentarse en Santiago II. Ahora, en el bloqueo, como si fueran imanes, los ex-mineros atraían a la población comandando las manifestaciones. Por donde pasaban, la efervescencia arrancaba gritos de homenaje a los muertos en Río Seco, Senkata, Ventilla, Ballivián, Ovejuyo. "Abajo los vendepatrias". "Fuera Goni" aparecía pintado en las paredes.

La determinación de la gente le recordaba a José las luchas en su distrito minero. Pensó que allá era más fácil resistir, porque el campamento sólo contaba con una entrada. Al igual que él, también los delegados de calle, de Santiago II, habían trabajado en el Consejo Central Sur. Recordaba cómo, en varias ocasiones, cavaban zanjas a la entrada del campamento, mientras otros trabajadores almacenaban cajas de dinamita cerca de las barricadas. Orgulloso contaba los enfrentamientos entre 1965 y 1966 en Cerdas, cuando lograron apresar a 120 soldados. Hablaba en voz alta, queriendo insuflar valor a los vecinos. Al día siguiente de cada enfrentamiento, los casquetes vacíos regados en el polvo se perdían bajo las botas de los soldados que patrullaban el campamento. Esporádicamente salía gente de las viviendas y corría como animalitos asustados a la pulpería. Para el medio día, ya ni la militarización del campamento infundía temor. A esas horas circulaba un silencioso repudio a los militares. En la asamblea del interior de la mina los discursos salían con el viento, continuaban por la calle e intimidaban poco a poco a los soldados. Desde niño había visto incursiones militares, hasta que años más tarde cayó en cuenta que la desmilitarización del campamento formaba parte habitual del pedido de las huelgas. Así, el recuerdo de los enfrentamientos se le grabó en forma de arrugas en el rostro.

-Los militares vinieron y entraron al campamento, pero les hicimos retroceder. Ahí cayeron varios compañeros, pero de ellos también cayeron –decía, sin darse cuenta que la multitud le rodeaba escuchando atenta.

-Agarramos solamente con dinamita, entre oficiales y soldados, a 120. Los compañeros hacían una especie de palanca con goma, que disparaba dinamita a una distancia de 200, 300 metros y después el ejército nos quería sacar morteros. Nosotros no teníamos morteros, nuestras armas eran caseras, fabricadas por iniciativa de las bases, como ahora.

En aquellos años, la noche traía oscuridad y un silencio amenazador. Con ello se estiraba también la angustia, hasta el momento en que una descarga de puntapiés y culatazos hacía estrellar la puerta contra la pared y liberaba la espera en un alivio de miedo. De inmediato gritos de soldados atropellaban el rostro de los niños, de las mujeres, mientras otros buscaban debajo de las camas, dentro de los roperos. Súbitamente el torbellino dejaba la habitación, antes que, desde la vivienda de a lado se escucharan golpes abriendo otras puertas.

El viejo dirigente hablaba ajeno a los furtivos encuentros sindicales que constantemente se realizaban en La Paz, en los que Julio, protegido por el griterío en contra del gobierno, sentía el ruido agonizar como un eco. No necesitó concluir el movimiento del brazo para ver su reloj, porque ya le salía al encuentro Roberto. Caminaron hacia el mercado Rodríguez, se internaron en una carpa, detrás de la puerta del comedor. Mientras devoraba el sandwich le escuchaba, primero con atención y luego distraído, pensando en el Ministro. Ahora, con el informe de Roberto, estaba seguro que el agua no se le resbalaría.

Salieron hacia la Federación de Mineros. Julio le repetía las nuevas instrucciones, cuando la vibración del celular le apartó a un lado.

-¿Cómo está? El doctor me dice que el chofer le va a recoger para ir al matrimonio. A eso de las cuatro y media va a pasar por usted.

Apagó y volvió donde Roberto, mientras se acercaban a la Federación.

-Quédate aquí y a las cuatro y veinticinco en punto me llamas –escuchó sorprendido el hombrecito.

Mientras tanto los dirigentes colonizadores bajaban separados a la reunión. Al llegar a la altura del Obelisco se perdieron de vista y Ramiro les volvería a encontrar solamente en la Federación de Mineros.

Antes de entrar a la casona, no le llamó la atención la poca gente circulando por el Prado. Cruzó la puerta y un conjunto de manos anónimas le condujo por un callejón lúgubre a la sala de reuniones.

Un cuerpo se dejó caer en el asiente de a lado.

-Alejandro está atrás, le he visto al pasar –escuchó.

Era Sergio y una fila más atrás estaba también Román.

-Compañeros, vamos a ser prácticos, porque inteligencia del Estado está rondando este lugar –interrumpió desde la testera el principal dirigente de la Central Obrera. Una llamada al celular le interrumpió por unos instantes.

-Coordinen las acciones de denuncia y la movilización –instruyó al hombre de su lado, que miraba fijo a la sala.

-¡Tienen que salir! –gritó poco después alguien desde la puerta, a espaldas de todos –parece que han ubicado este lugar –añadió.

Un pequeño tumulto se aglomeró alrededor de la salida.

-Acompáñense entre dos –aconsejó una voz mientras se aproximaban lentamente a la puerta de calle.

Afuera, el Prado estaba desierto. Sólo en algunos bancos, en diagonal a la Federación, hombres de corte militar

observaban distraídos. Desde la mañana, el rumor sobre la cacería a dirigentes había recorrido con insistencia las calles. Vagonetas sin placa cruzaban raudamente frente a las sedes sindicales. Los vidrios ahumados confirmaban que los servicios de inteligencia estaban patrullando la ciudad.

A esas horas, en Patacamaya la tensión renacía electrizando la carretera y los vecinos del pueblo otra vez se concentraban junto a los mineros. La protesta pasó nuevamente al forcejeo con los soldados. Pronto, el estallido de gases, la explosión de los cachorros de dinamita, junto con el griterío de la multitud amenazaba con incendiar la tarde. Desde un costado, observaba el Coronel Suarez, hasta que el estruendo de una ráfaga puso en momentánea huida a la multitud y le devolvió a la reunión en el cuarto de guerra. Los disparos, encima de la gente, reavivaron la protesta antes que, en una lluvia de piedras y dinamitazos, los mineros primero, luego la población toda, arremetieran contra la barrera militar.

-¡Mi Coronel, todos los hombres están en posición y esperan su orden! —escuchó a su lado.

Las palabras del Zorro en el *war-room* y los rostros inmutables de los dirigentes mineros se entremezclaban con las imágenes de mujeres y niños desafiando a los soldados. Entonces se sobre ponía la sonrisa del ministro de Defensa y Suarez recordó lo que había pensado mientras le escuchaba ordenar que ni un alma debía pasar de Patacamaya. “Este maricón está peor que mujer despechada”, volvió a retumbar en su mente. La orden decía, además, que no se detuvieran por el número de terroristas muertos. Los recuerdos del cuarto de guerra le oscurecían la vista y vanamente trataba de encontrar algún sentido al plan del gobierno. “Cinco mil muertos no van a ser nada para salvar la patria”, había asegurado el Zorro.

En su soledad, giró desesperado la vista hacia la pampa y los últimos rayos del sol rebotando sobre la multitud le revelaron todas sus búsquedas.

-¡Retiren la tropa y dejen pasar a esa gente! —ordenó.

A diferencia de Patacamaya, en El Alto se intensificó la caza a los dirigentes. Alguna gente aseguraba que el gobierno había dictado estado de sitio para esa ciudad. Sin embargo, a pesar que la mayoría de los dirigentes alteños desaparecía, las protestas seguían intensificándose.

-Desde anoche prácticamente ya no hay cabezas —dijo desconsolado un hombre. A su alrededor se formó rápidamente un grupo de gente. El silencio recorrió los rostros y las miradas buscaban alguna respuesta.

-¿Cómo vamos a enfrentar ahora esta lucha? ¿No nos vamos a dejar matar como corderitos?

-Algo habrá que hacer, ¿no?

Las voces se multiplicaban hasta que alguien sugirió la formación de una comisión con vecinos de base. La pequeña figura de Bernardino, al fondo, parecía confundirse con el muro. El hombre veía a Juan, el zapatero; más allá estaba Pedro, el plomero junto a Carlos y Norman, con quienes había trabajado en alguna ocasión de albañil.

Un enjambre de manos levantadas aprobó la formación de la comisión y uno tras otro fueron propuestos nombres, hasta que Bernardino escuchó su propio nombre. Sonrió, mostrando una fila blanca de dientes. Sabía que ahora ellos representarían al Distrito norte en la responsabilidad de planificar las estrategias de lucha.

-¡A ver; un grupo de jóvenes que venga pues a ayudar! —sorprenió la voz de una de las señoras.

-¿Qué hay que hacer, doña Adela?

-Un rollo de púas hay que traer. Es casi la mitad nomás, pero bien pesado es.

Una hora más tarde, grupos de vecinos trabajaban como en un panal de miel, envolviendo las barricadas con el alambre. Los espinos metálicos despuntaban con el último resto del día, destellando entre las calles polvosas. Ahora, las barricadas parecían trincheras de guerra.

El intercambio de opiniones fue apenas un instante, hasta que los miembros de la comisión se vieron alrededor de una mesa, en el cuarto que un grupo de niños abandonó cuando ellos entraron. Estaban en el domicilio de un ex-dirigente, escuchando por la radio que la policía vigilaba los templos, para evitar que se instalen huelgas de hambre.

-Así que después de la gasificada ya también las Mujeres creando les han votado –dijo a esas mismas horas un rostro sonriente al grupo que se acercaba apesadumbrado a la Universidad.

-Esas cojudas no han querido nuestro piquete sólo porque somos hombres.

-¡Aquí nos metemos y nos declaramos en huelga de hambre! –cortó Coco.

Estaban frente al monoblock universitario viendo cómo las sombras envolvían todo. Decididos, cruzaron la calle, atravesaron el edificio y solamente se detuvieron saliendo al primer patio, a espaldas del bloque de cemento, para buscar alguna aula abierta. Se instalaron en la vieja casona, a la entrada del pequeño túnel que comunicaba con el segundo patio. De la nada apareció sorpresivamente en la puerta del aula una cartulina blanca anunciando con grandes letras rojas la huelga de hambre.

-Hasta ahora nuestro movimiento de los bloqueos era el plan vivienda, pero tenemos que adoptar otro plan, para ir mañana a la hoyada –dijo Bernardino a la comisión, mientras disminuía el volumen a la radio –sin abandonar el plan vivienda, bajaremos como hormigas -añadió.

-Para mañana, entonces, adoptaremos el plan hormigas.

La preocupación de los primeros instantes, cuando fueron nombrados en comisión, desapareció de los rostros. Sobre la mesa, en medio de la pequeña manta, descansaba un montoncito de hojas de coca. De tanto en tanto, las manos alzaban mecánicamente algunas hojas, que se perdían en los labios teñidos de verde.

-Con todas estas masacres tenemos que respaldar nomás la marcha de nuestra Fejuve —recordó alguien con el pómulo hinchado de pijchu.

-Las personas mayores, las señoras y los niños, que se queden aquí nomás, aunque sea vigilando las zanjas, porque abajo va a ser bastante peligroso.

-Ahí nos van a gasificar, nos van a meter bala y no todos van a poder correr —acotó Bernardino.

-Estamos en guerra frontal contra el gobierno; entonces puro jóvenes, hombres y mujeres pueden bajar.

La noche había caído y comía los muebles del cuarto de reunión, en una casa oculta entre los cerros de La Paz. También ahí, decenas de dirigentes habían planificado durante la tarde nuevas movilizaciones y ahora todavía dos hombres y una mujer comentaban las últimas medidas. Al fondo de la habitación, amontonados contra la pared, descansaban algunos colchones y frazadas. La conversación pasó poco a poco al intercambio de bromas, hasta que les sorprendió la noche. Por un instante, la mirada de los hombres se encontró con la de Julia; suficiente como para iluminar el cuarto, empujándoles hacia los colchones. Cien pensamientos se adelantaron a los hechos, en medio de una risita de mujer, que parecía menearse entre la oscuridad.

VI -

Apenas eran las cinco de la mañana cuando el chillido del celular le arrancó el último vestigio de sueño.

-Le llamaba sólo para saludarle. ¿Cómo ha descansado?

-Bien, bien. Salúdemelos a todos en casa –respondió Julio.

“Le llamo sólo para saludarle” recordó con pereza, significaba que dentro de una hora y media le esperaría en el lugar donde se separaron el día anterior. Con “saludos a todos en casa” también él mandaba un encargo al Ministro. Ahora comenzaba a sentir que poco a poco había puesto la situación bajo control.

También Pedro saltó de la cama para contestar el teléfono, apenas escuchó el chillido.

-No, estaba despierto hace media hora –respondió, al comprobar que ya eran las seis.

-¿Has corregido el proyecto? –cortó Diógenes.

-¿El proyecto? –preguntó agudizando la vista.

-Sí el del ingeniero

-Ah sí, no; no he terminado todavía –se apresuró en contestar –sólo tengo ...

-Ya, ya. Está bien. Acáballo hasta las once y media y me esperas detrás de la iglesia de San Pedro –concluyó.

Por su parte, Julio no necesitó esperar, porque al llegar a la plaza vio a Rolando sentado en una banca con el encar-

go que el Ministro le mandaba. El hombre de la banca también le vio. Dio una larga pitada al cigarrillo, observando al otro extremo al dirigente comprar una empanada. Rolando sabía que ahora Julio cruzaría la plaza para sentarse en la misma banca que él ocupaba. Dejó la bolsa a un borde del asiento y se alejó hasta desaparecer entre los arbustos.

El dirigente se dejó caer pesado, puso a un costado la bolsa que llevaba bajo el brazo. Era igual a la que Rolando había dejado. Saboreaba su empanada, auscultando con la mirada el lugar. Al terminar, estiró la mano hasta levantar la bolsa de Rolando y se fue caminando lentamente. Atrás dejaba su bolsa con un montón de papel picado, atrás también quedaría la suerte de Goni, pensó mientras se alejaba.

A las siete de la mañana la plazuela del Estadio lucía desierta. La fuerza de la huelga en La Paz, en su cuarto día, había recluido a la policía y al ejército en sus cuarteles. En una de las esquinas, salidos de diferentes calles, tres hombres se encontraban furtivamente. Intercambiaron algunas palabras. Después, Alejandro, junto a Ramiro se fueron por una calle hasta perder de vista a Sergio; él esperó un instante y tomó la calle de abajo. Habían acordado que Alejandro y Ramiro subirían a Chuquiaguillo para recibir a los colonizadores que llegaban, mientras Sergio se reuniría con los dirigentes de otros sectores.

Al pasar frente al canal 2 de televisión les sorprendió el gran contingente de policías armados, custodiando las instalaciones. Sin detenerse al cruzar la calle, miraban a los uniformados.

En otro punto de la ciudad, como todos los días, también ese jueves se encontraría Julio a las ocho y media con Roberto, al lado de algún toldo de venta de desayuno.

-Doble sandwich o doble desayuno si quieres; lo vas a necesitar -le sugirió, pasándole un pedazo de papel.

En la lista figuraban seis sindicatos y cuatro nombres de dirigentes de su Comité Ejecutivo. "Lo que significa diez puntos", pensó el hombrecito, sintiéndose anticipadamente fatigado.

-..., después pasas por donde los troskos del magisterio, para ver qué dicen y me llamas a la hora del almuerzo. Toma, para tu refresco -añadió, alcanzándole dos billetes de veinte.

En la vieja casona de la Universidad, los golpes a la puerta del aula no les congelaron la espina, como la noche anterior, cuando volvían los mineros hacia los pabellones. Entonces los puños estremeciendo la puerta les habían sobresaltado paralizándoles la respiración y sólo atinaron a escuchar asustados las voces opacas, junto al ruido de botas pasando marciales.

-Son nuestras almas negras. Nos quieren acompañar -reveló en voz baja Esteban.

-¿Qué? -preguntó Coco.

-Una parte de nosotros está aquí y ahora nuestra otra parte también quiere entrar.

El resto del grupo les miraba en silencio.

-Sí, son ellos. Pero no les tenemos que dejar entrar, porque sino su aliento a muerte nos va ahogar ...

-¿De qué habla el cuate? -murmuró Juan, dirigiéndose a Coco.

-Más bien, sacaremos todos los zapatos a la puerta, para que se confundan y no entren -proseguía Esteban.

-¡¿Para que no entren quiénes!?! -intervino impaciente otra voz.

-Ellos, los demonios.

-Oye, este está loco -dijo en voz baja Juan.

-¡Saquen sus zapatos, si no quieren morir esta noche! -vociferó Esteban levantándose del suelo. En sus manos

sostenía un par de zapatos y los mostraba como un predicador agitando la Biblia, mientras que con la otra abría la puerta.

-¡Bien compañeros; aguanten! –escucharon desde afuera a los mineros, que seguían pasando a los pabellones.

El rostro de Esteban se contrajo en una mueca pálida. Con una mano sujetaba la puerta entreabierta y de la otra pendían sus zapatos. Coco le retiró delicadamente del lugar y le condujo de nuevo a su sitio. El resto le ayudó a ponerse los zapatos y ya nadie daba importancia a los continuos golpes contra la puerta.

-¿Y tú, por qué estás aquí? ¿Representas a alguna organización? –preguntó aliviado Coco a Juan.

-No men. O sea, mi ñatita me ha largado ¿no? Entonces, tú sabes, méjor estar aquí a bajonearme en mi house, ¿no?

Coco miró a su alrededor. Los cuerpos del piquete de huelga le parecieron parte del aula. Recordó las marchas por el Prado, las informaciones de la prensa y se imaginó a los mineros, campesinos, entrando en camionadas a La Paz.

Más tarde, llegaban Alejandro y Ramiro a Chuquiaguillo, cuando les salió al frente el Choco, el único periodista que había trepado hasta el lugar. Bajaba la avenida y Ramiro le reconoció de lejos por la chamarra y la visera azul.

-¿De dónde es? –se apresuró a preguntar disimuladamente Alejandro, sin levantar la vista del suelo.

-De la Erbol.

-Mientras en otras radios el pueblo hace vigilia, en Unitel es la policía la que hace vigilia –comentó Ramiro apenas se encontraron con el periodista y los tres estallaron en una carcajada.

-En la radio ahora las cosas van a cambiar –dijo calmado el Choco –porque los tata curas nos han puesto marca-

ción hombre a hombre y ahora tenemos curas buzos, curas tiras ...

-¿Pero, los jefes, han aceptado eso? -preguntó sorprendido Ramiro.

-Ya les conoces; hasta se les han puesto de cuatro.

Siguieron subiendo y vieron, ocultos entre la sombra de los muros, a varios colonizadores descansando.

"¡Compañero, compañero!", los saludos formaban un nutrido grupo alrededor de Alejandro y Ramiro, desplazando al Choco a un costado. El periodista no se dio por vencido y apareció apretujado al lado de la policía sindical, extendiendo el celular hacia donde salían las voces. Con el flujo de preguntas nació una pequeña asamblea. Todos prometieron, en una ronda de intervenciones, no desmayar en la lucha. Poco después el Choco compartía las hojitas de coca que le ofrecían, activaba la grabadora y rostros anónimos relataban cómo habían llegado, caminando durante la noche, burlando el cerco del ejército.

En el centro de la ciudad, la agitación cortaba las palabras de Roberto, mientras informaba a través del celular a su jefe, que los encargos habían sido cumplidos.

-Ven aquí; estamos en la Tiquina. Pero apúrate, porque si no, sólo nos vas a ver comer el postre. Ja, ja, ja.

Era la una y media cuando llegó sudoroso y jadeante a la mesa. Se dejó caer en la silla y miró sonriente al resto de los dirigentes. La alegría de la mesa desapareció súbitamente cuando se contrajo el rostro de Julio, antes que comenzara a hablar.

-Nosotros somos la fracción mayoritaria en el CEN y entonces tenemos que dar línea ...-comenzó, escrutando con la mirada al resto.

Quienes le conocían, sabían que ahora lanzaría alguna propuesta que cambiaría la situación del país y de la que sólo él conocía su origen. Sabían que sería inútil objetarle.

-... este grupo de luchadores europeos entonces ha hecho una colecta de emergencia y se están solidarizando con nosotros, con 80 mil dólares ... -había lanzado la primera piedra, sin sentir sobre salto en sus hombros. -A ellos, pero, les preocupa el orden constitucional y apoyan por eso la presidencia del Carlos ... -acotó y el vacío del silencio le advirtió que debía frenarse.

-Con esa ayuda, claro, nosotros vamos a movilizar ahora a las bases con más fuerza ... -quiso justificar.

Después el informe devino en instrucciones a dirigentes.

-Al compañero Roberto le he pedido que forme tres grupos de organizaciones, para que se reúnan con nosotros y debatamos con ellos lo del apoyo.

Más tarde llegaba Sergio a Chuquiaguillo y otra vez una concentración rodeaba a los dirigentes. La reunión se convirtió en un ampliado informativo. Sergio hablaba acerca de la coordinación con la CSUTCB, con la Federación de mujeres campesinas, de los acuerdos con la Central Obrera, con los dirigentes alteños, para cercar la plaza Murillo y el Palacio de Gobierno.

En el centro de La Paz, luego de recorrer varias calles, Diógenes y Pedro pasaban por el mercado Rodríguez, cuando el diputado cortó las explicaciones de su secretario.

-Entraremos aquí -dijo, acercándose a un toldo de nylon que sobre salía de una puerta.

-¿Qué hay, señora?

-Chicharrón con motecito y chuño, casero.

Unos cajones servían de mesa. Los dos hombres se sentaron y Diógenes pidió al secretario el proyecto. Pedro sacó lentamente unos papeles de entre su chamarra y le alcanzó titubeando.

-El monto que parece un poco alto, se debe ... -trataba de explicar mientras el diputado miraba las hojas.

-A ver. Ajá; está bien -aprobó cuando su vista se encontró con la fila de "Consultores" donde figuraba él y buscó la columna "sueldo/mes -en \$us". Dos mil quinientos, retumbó en su mente.

Continuó barriendo la hoja con la vista hasta detenerse en "Técnico uno".

-¿Mil ochocientos? Yaaa, pendejo -exclamó en son de broma mirando a Pedro, mientras tachaba el ocho y escribía encima un dos -esto es lo real. Además, ustedes van a ser diez técnicos.

Siguió revisando las columnas.

-¿A ver, ese pendejo cuánto se ha puesto? ¡Seis mil dólares! -murmuró entre dientes.

-Además, este proyecto va arrancar más o menos dentro de un año, justo cuando lo necesitemos -dijo sonriendo a su Secretario.

Volvió la vista a las hojas que sostenía con la punta de dos dedos, mientras se limpiaba la otra mano en el pantalón. Luego salieron del toldo, caminaron dos cuadras y al despedirse, se apartó para hablar por celular. "Llamame mañana a la una de la tarde", le ordenó al Secretario, antes de perderse calles abajo.

En El Alto, los vecinos que no habían bajado a La Paz deliberaban en las esquinas y se retiraban a los puntos de bloqueo. Para ese jueves el ejército ya no patrullaba las calles y en los piquetes de vigilancia seguían por transmisiones radiales, a la multitud cercando la plaza Murillo.

De acuerdo al locutor, una mancha humana subió desde la avenida Mariscal Santa Cruz, hasta colocarse frente a los uniformados. El gigantesco grupo se sentó sobre el asfalto, mientras aparecían nutridas columnas por la parte superior, ocupando las cuatro esquinas de la plaza en forma de

alfombra humana. En medio del mar de gente, buscaba Julia a su Federación. Luego de haber salido al amanecer de la oficina, mientras sus compañeros todavía dormían, estuvo deambulando en busca de alguien de su provincia hasta cerca de las diez, cuando escuchó que entre la multitud le llamaban a gritos.

-Hola compañeros, yo soy parte del relevo –respondió a modo de saludo.

-Estito aunque sea servite –escuchó y vio la mano de una anciana alcanzándole un vaso de refresco.

Casi de inmediato una columna se desprendía de la masa, moviéndose lentamente para ocupar otra de las esquinas.

Según la radio, alrededor de 250 mil personas rodeaban el Palacio de Gobierno y ni los carros blindados lograron intimidarles. De vez en cuando, un rugido de protesta se filtraba por el micrófono y en los piquetes de Santiago II se imaginaron a José sujetando el lienzo de la Junta vecinal, encabezando el bloque de su sector. A pocos metros detrás del anciano, esporádicos estruendos de cartuchos de dinamita ponían nervioso a los soldados.

Desde la zona de la autopista, otros reporteros informaban que decenas de miles de personas continuaban descendiendo hacia la plaza. “Según podemos leer en los lienzos, ahora están pasando los de Villa Ingenio”, se escuchaba por los radiotransistores.

-¡Hermanos, están llegando refuerzos de todos lados; de los Yungas, de Ovejuyo! –alentó entusiasta Bernardino a la multitud.

-¡Viiiiva la huelga general indefinida! ¡Mueeera el gringo asesino! –retumbaba en la calle Ingavi cerca del Palacio, a medida que esa multitud se aproximaba a la plaza Murillo.

La masa apostada en el lugar les recibió con aplausos.

-Compañeros, esto les va a servir si hay gasificación –escucharon y alguien les extendía una bolsita de bicarbonato.

Los rostros cubiertos de pasamontañas proliferaban y grupos de jóvenes armados con piedras y palos hostigaban a los soldados.

-¡Gringo hijoputa; no hay miedo a la muerte!

De vez en cuando, los gritos eran respondidos con disparos al aire, pero la multitud no se movía.

También en Chuquiaguillo los colonizadores no se dispersaban, en espera de los chasquis que subieron hasta la represa de Inka-chaka. El grupo de comisionados que había bordeado al contingente militar divisaba a lo lejos pequeñas nubes de polvo.

-De lejitos hemos visto dos o tres camiones llenos de soldados vigilando las instalaciones. También hay un carro blindado cerrando la carretera.

-Hemos visto unos ciento cincuenta policías en la carretera, pero nuestros hermanos están bordeando por atrás y los camiones seguramente van a salir más o menos a esta altura —informaba otro hombre, apuntando con el dedo tras la espalda de la masa.

La lluvia de aplausos entusiasmó a la multitud, atrayendo al Choco. De su cabeza destacaban un par de mechones amarillos que asomaban debajo de la visera, en medio del rostro rojizo. Telefonó a su estación de radio, esperó un instante, acercó el celular a Sergio y le arrancó algunas declaraciones. Después se alejó y antes que la tarde se pierda, decidió retornar al centro.

-¡Coco, prensa! ¡Televisión inglesa! —retumbó mientras tanto en una de las aulas de la Universidad y el hombre volvió la cabeza hacia la puerta —dicen que subas al segundo piso, para una entrevista —añadió la voz.

Sólo entonces tuvo conciencia de su primer día en huelga de hambre y recapituló el momento en que fue elegido responsable de prensa del piquete.

-¡No; nadie puede salir! –contestó.

Aunque no eran más de seis personas, el aula ya se había llenado de colchonetas, frazadas, termos, bolsitas de dulces, revistas, radiotransistores. Desde muy temprano, familiares, amigos de los huelguistas, llegaron para acompañarles y organizaron grupos de vigilancia en la puerta.

-Dicen que si pueden entrar entonces, para hacer aquí la entrevista –lanzó de nuevo el rostro desde la entrada.

Coco monitoreaba las radios, en el fondo del aula, ajeno al grupo de apoyo externo, cuando volvió a escuchar la insistencia de los periodistas.

-¡Sin cámaras y con coca! –respondió, alcanzando a escuchar el pequeño revuelo que se armó delante de la puerta.

-Perou ... ¿mi, dónde comprar couca? –preguntó el hombre de cabellera rubia, mirando impotente cómo su preocupación moría en la indiferencia de quienes custodiaban el aula.

Poco después, tres periodistas europeos salían corriendo al atrio de la Universidad en busca de vendedoras de coca; entraban nuevamente hacia los pabellones, mascullaban una maldición en inglés al encontrarse con las puertas cerradas y volvían al edificio central. Ansiosos, miraban a todos los lados, en vana espera que de la nada apareciera alguien vendiendo bolsitas de coca.

Desde Chuquiaguillo se observaba la noche cubrir la ciudad. En la zona, de entre las sombras emergían más y más colonizadores, hasta que una gran mancha de hombres cubrió la calle. También subían personas ajenas al sector. Eran los dirigentes vecinales.

-Compañero, vamos a tener una asamblea de la Junta y quisiéramos que nos acompañe –dijo uno de ellos.

Sergio había instruido a sus bases que descansan, mientras ellos gestionarían ante la Junta por un local donde pa-

sar la noche. Más tarde, junto a Ramiro, eran recibidos por los dirigentes vecinales en la asamblea que deliberaba en la calle, frente a una hilera de viviendas.

“Bienvenidos, compañeros colonizadores” salían entusiastas voces, inyectándoles nuevas esperanzas. En el centro de la multitud, detrás de una pequeña mesa, hablaba un hombre de chompa que ahora cedía la palabra a Sergio.

-Hemos llegado más o menos cuatro mil, de todos los lados del norte —comenzó y los aplausos le interrumpieron —pero ahora quisiéramos que nos colaboren con alojamiento —acotó.

El dirigente a su lado informó que habían dispuesto para ello la escuela de Kalajahuirá, pocas calles más arriba de donde se encontraban, arrancando más aplausos.

-Hermanos colonizadores, nosotras, las mujeres del distrito, también les damos la bienvenida y les ofrecemos esta pequeña colecta de víveres —alcanzó a decir una señora envuelta en una manta y un remolino de entusiasmo recorrió la reunión.

Después, otros vecinos hablaron de la alfombra humana que había rodeado la plaza Murillo y arengaban para que las acciones del día siguiente superaran, incluso la movilización de ese jueves.

-Hermanos, mañana tenemos que demostrar contundencia, porque el gobierno ya comienza a derrumbarse —acotó Ramiro.

Al finalizar el encuentro, Sergio, Ramiro y un grupo de dirigentes de la Junta vecinal subían hacia los miles de colonizadores. Como una víbora en la noche, la multitud trepó tras ellos hasta la escuela de Kalajahuirá. Entraron en afluencia atorando los pasillos, acomodaron los saquillos de alimento en el patio y repartieron las aulas por federaciones. Esporádicas detonaciones se escuchaban a lo lejos, entremezcladas con el aullido lastimero de los perros.

-Nos veremos mañana en la plaza del Maestro –había sugerido Sergio antes de perderse junto a Alejandro, calle abajo.

Ramiro se encontraba nuevamente recorriendo solo la noche. De vez en cuando veía pequeños grupos de jóvenes conversando debajo del alumbrado. Se dirigió a la casa de Willy y le encontró saliendo con una bolsa. No tuvo que explicarle el motivo de su llegada.

-Acompáñame a la vuelta; dicen que están vendiendo pan.

-La pequeña fila de gente avanzó rápidamente, hasta que pronto se encontraron delante de un portón.

-Tú también agarra una bolsa, así llevo el doble a mi casa.

Al retorno varios vecinos les preguntaban dónde habían comprado y se dirigían apresurados calle abajo.

-Oye, esa aymarita que estaba delante, riiica, ¿no? Una verdadera ñustita.

-Yaaa, este cojudo también le había estado chequeando –bromeó Willy.

-¡El Goni está hablando! –les recibió el grito de la madre de Willy apenas abrieron la puerta de calle.

A través de las pocas radios que mantenían su señal en el aire, se escuchaba una voz entrecortada, que parecía venir de ultratumba.

-Pueblo de Bolivia: Voy a cumplir con el mandato que me ha dado la Constitución Política del Estado y no voy a renunciar por el pedido de unos cuantos narco-dirigentes y sus asesores guerrilleros.

-Ya está hermano, mañana es la clave para darle la estocada final –aseguró Ramiro triunfal.

Después, el locutor seguía relatando cómo la alfombra humana había cercado la plaza Murillo toda la tarde. Al poco tiempo, una locutora le sustituía para informar que

piquetes de artistas, universitarios, feministas, habían ingresado en huelga de hambre, pidiendo la renuncia del Presidente.

-Yaaa, los fresas también se habían estado moviendo -dijo con desdén Willy, sin escuchar que entre ellos se encontraba la ex-defensora del Pueblo, Ana María Campero.

VII -

-Hola Pablo -la voz le retumbó en lo profundo de la mente, arrancándole de la noche.

-¿Cómo está, doctor? Las invitaciones ya han sido distribuidas -respondió orgulloso.

-Las esquelas para los padrinos te van a llegar hasta el medio día. Y dime, ¿crees que el viejo todavía necesite del muchacho?

-Claro, seguro.

-Bueno, recibe un abrazo.

“Recibe un abrazo” significaba que se vería a las siete con Rolando y lo mejor, lo tendría todo el día a sus órdenes.

La versión de la renuncia, surgida el jueves por la noche, se había multiplicado a tal punto que al amanecer el Presidente parecía sostenerse de puro milagro. Todavía no había aclarado, pero Ramiro ya estaba frente al espejo del ropero y se probaba diferentes chamarras, gorras. Bajaba la visera del gorro, subía la chamarra, inclinaba la cabeza y se observaba preocupado a sí mismo, sin saber con cuál de las prendas camuflarse.

-Bien, bien, ya nadie te va a reconocer hermano; ahora sí pareces un verdadero dirigente sindical. Ja, ja, ja -dijo Willy desde un costado del cuarto.

Ramiró salió de la casa. Camino a la avenida descubrió piedras, troncos de árboles y neumáticos a medio quemar.

El rumor de la renuncia empujaba a más gente a la calle y nuevos bloqueos nacían de la nada. Algunos dirigentes vinculados al MAS llamaban a la población a permanecer en sus casas, pero en las esquinas, junto a las barricadas, los vecinos volvían a aglomerarse.

En otro extremo de la ciudad se encontraba el dirigente con Rolando.

-Don Julio, el doctor dice que su padrino pide que usted le acompañe hasta la casa –le dijo a manera de saludo.

Como si no hubiera escuchado, el hombre siguió caminando. Mientras avanzaban, le pidió a Rolando que a las ocho le espere a Roberto en la gasolinera de la cancha Zapata. El licenciado escuchaba ausente. Le veía gesticular y no podía reconocer en él al mismo que en sus entrevistas llamaba al linchamiento de los saqueadores de negocios o a la guerra civil.

-Pero te tienes que quedar todo el día con él –escuchó acotar a Julio y su pensamiento retornó rápidamente a la fría mañana paceña.

La incertidumbre mantenía en mayor movimiento a El Alto.

-Hermanos, tenemos que exigir el documento personal a los transeúntes, porque el gobierno nos sigue mandando sus buzos –exhortó Bernardino a un grupo de vecinos, en la cancha.

-Ni bicicletas tenemos que dejar circular, ahora que estamos por derrotarles –salió de entre la gente.

También en Kalajahaira se preparaban los colonizadores para un nuevo día de movilización. El desayuno había comenzado en forma de filas interminables frente a ollas que humeaban. Los cuerpos avanzaban lentamente, luego se esparcían por las aulas. Calles abajo, más vecinos salían de las casas, mientras Ramiro bajaba hacia Villa Fátima para encontrarse con Sergio. Desde lejos divisó la plaza del

Maestro. Pensaba en la cacería a los dirigentes, pero estaba tranquilo porque la policía no había encontrado la escuela que alojaba a los colonizadores. Caminaba, buscando al Ejecutivo de su sector. Desde la vereda del frente, Sergio ya le estaba observando. Sus miradas se encontraron, pero no se hablaron. Tenían acordado subir a Kalajahuirá y en el trayecto se aproximaron hasta caminar lado a lado.

-Compañero, buen día.

-Buenos días.

-Buen día. Buen día —les sorprendió saludos multiplicándose. Junto a ellos subía un grupo de gente. “Dirigentes son; dirigentes son”, escucharon entre murmullos, mientras el cordón humano formaba un denso anillo a su alrededor. Ahora se sentían seguros y Sergio le comentó sobre los acuerdos establecidos con dirigentes de otros sectores. Al doblar la esquina vieron a jóvenes discutiendo lo que harían en caso que el Presidente no renuncié.

-¡Vamos a ir a morir sin miedo, hasta que esos maleantes salgan! —se escuchó.

Más arriba, un taxi avanzaba lentamente.

-¡Acatá la huelga, carajo! —escupió Ramiro.

La fuerza de su voz le sorprendió a él mismo, atrajo a los jóvenes y obligó al conductor a estacionarse a un costado. Paralelamente, delante de la escuela comenzaba la gente a concentrarse. Pocas calles más abajo, los dirigentes de la Junta seguían convocando al vecindario por los altoparlantes. Casi al mismo tiempo comenzó a bajar la columna de colonizadores. A medida que pasaba delante de los estandartes de la Junta Vecinal, el estallido de petardos dibujaba un ambiente festivo. Después, los vecinos se sumaron a la marcha.

Ramiro, junto a Sergio, Alejandro y otros dirigentes encabezaban la columna. Sujetaban el lienzo rojo en el que se leía con grandes letras amarillas “Confederación Sindical

de Colonizadores de Bolivia - C.S.C.B.". Mientras las primeras filas cruzaban el puente Minasa, las últimas todavía bajaban por las calles de Villa El Carmen, ocho cuadras más atrás. Parecían puntitos negros descolgándose de los cerros. Poco después descubrieron una multitud de cocaleros que se formaba rápidamente y avanzaba para tomar la delantera a la gigantesca marcha que bajaba. Entre ellos caminaba solitario Diógenes con su wiphala. De vez en cuando pasaban a su lado grupos de dos, tres personas. La columna de los productores de coca avanzaba en silencio.

-¿Cuantito estará mordiendo éste por hacerse ver? -dijo Ramiro al descubrirle en medio de la gente -si hasta su Federación le ha desconocido.

-Los cocaleros de los Yungas -confirmó Sergio sonriendo -les vamos a ganar por abajo y vamos a salir directamente a la plaza Villarroel.

La masa apresuró el paso, tomó una calle a la izquierda y se perdió súbitamente. Caminaban en silencio, corriendo por pequeños trechos, hasta doblar nuevamente a la derecha, subir una cuadra y salir delante de la plaza. Ahora estaban al inicio de la avenida Busch y detrás de ellos asomaba bulliciosa la multitud de cocaleros.

-Nos organizaremos bien y bajamos -ordenó Sergio satisfecho, mientras el resto de los dirigentes de la Confederación extendía el lienzo.

Eran las nueve de la mañana y pocos dirigentes ocupaban el balcón de la Federación de Fabriles. Julio veía cómo la multitud se aglomeraba en grandes oleadas delante del edificio. Igual a un inmenso circuito de sangre, la avenida Montes, la Evaristo Valle, la Sagárnaga, bombeaban gente en forma interminable. A los costados del balcón, algunos hombres ajustaban los altoparlantes.

Al poco tiempo que el dirigente se alejó del balcón, co-

menzaron a saltar marciales melodías de los altoparlantes. Cortando las canciones, se escuchaban voces que arengaban a la multitud en contra del gobierno. Luego, les reemplazaba una voz de mujer, leyendo comunicados de los sindicatos. El día se agitaba rápidamente y pronto las oficinas de la Federación de Fabriles y el balcón aparecieron llenos de gente. Una pequeña comitiva encabezada por Julio salió nuevamente de la oficina. A su paso, los grupos se aglomeraban, estirando la cabeza hacia el líder sindical.

-¡A ver; policía sindical! No duerman pues y mantengan limpio este lugar –ordenó.

“Sólo dirigentes nacionales, compañeros. Entiendan por favor”, se escuchaba de inmediato, entremezclado con protestas resistiéndose a ser desalojados.

En la plaza Villarroel, antes de reiniciar la caminata los dirigentes miraron el panorama. La vista se les perdía a lo lejos, entre los edificios empequeñecidos hasta confundirse con el asfalto y los nubarrones plomizos. Esperaban que la masa termine de organizarse en bloques de colonizadores, coccaleros, vecinos. La brisa les acariciaba el rostro, dando la impresión de envolverles en un silencio extraño a la semana de protesta. Ramiro contemplaba absorto la hilera de montañas que cortaban la lejanía del horizonte. Unas veces creía descubrir en ellas gigantescos cóndores extendiendo sus alas; otras eran abuelos y abuelas que les miraban. Sacó del bolsillo de su chamarra una botellita de plástico, la abrió lentamente, apoyó el pico en los labios y sopló hacia los cuatro costados, en dirección a las montañas. Después, vertió unas gotas de alcohol al suelo y bebió un sorbo.

-Bien está; dulce está. Hoy va a renunciar el Goni –pro-
nóstico -¿quieres ch'allarte?

Sergio tomó la botellita, dejó caer gotas al suelo y bebió otro sorbo.

Al igual que ellos, en El Alto los vecinos de Villa Ingenio también estaban seguros que el Presidente renunciaría.

-Hemos cambiado al plan hormigas compañeros, por eso ya no es sólo hacer fogatas en nuestras calles. Tenemos que salir y cerrar completamente La Paz –instruyó Bernardino.

Discutieron, antes de acordar bajar a la plaza Murillo, sin lograr acuerdo acerca del número de delegados que cada calle debía aportar.

-Mientras seguimos hablando, ya se está haciendo un poquito tarde para dar alcance a los otros compañeros que deben estar llegando a la San Francisco.

-Mejor aún, en El Alto nomás haremos. En la Ceja, en la avenida Juan Pablo II, en Río Seco; todo tenemos que paralizar.

La multitud dejó la cancha y caminó lentamente hacia la avenida. Desde lo alto, un par de águilas contemplaban en las calles cientos de miles de puntitos negros alfombrando el asfalto.

A esa hora, los colonizadores encabezaban la columna de cocaleros, vecinos de Kalajahuirra, Chuquiaguillo, Villa El Carmen y Villa Fátima que bajaba por la avenida Busch. En el trayecto, la fachada de las casas había cambiado y les revelaba que ingresaban a una zona residencial. Desde la puerta de los edificios, gran cantidad de gente esperaba asombrada. Unos aplaudían, otros salían a alcanzarles bolsitas de refresco. En las ventanas se veía flamear banderas bolivianas adornadas con crespones negros.

Las muestras de apoyo arrancaban mayor entusiasmo entre los marchistas, que pasaban gritando muera al Presidente, a los militares, a las transnacionales, al ejército chileno. La masa dobló hacia la plazuela Uyuni, bajó por el Estadio y tomó la avenida Camacho, para entrar al centro de la ciudad. Ese día, la rebelión generalizada había forma-

do una sola voluntad, ocupando las dos ciudades, las minas y las principales carreteras del país. A medida que la cabeza de la columna se acercaba al Obelisco, los estruendos de cachorros de dinamita se escuchaban con mayor nitidez. La fila de cinco hombres portando el lienzo rojo-amarillo cubría todo el ancho de la avenida. Disminuyeron el paso, cuando un grupo de chaskis les dio alcance.

-¡La cola ..., la cola ..., recién está doblando la plaza Uyuni! –informaron y nuevamente desaparecieron.

Los dirigentes se miraron alegres. Encabezaban una marcha de casi dos kilómetros. Meses después, cuando en Rurrenabaque el Alemán les dijo que sólo a través del cable había visto la revuelta de La Paz, volvieron a sentir la misma satisfacción.

-¡Esto es increíble! ¡Es interminable! –había exclamado el periodista de la televisión europea apostado sobre la terraza del Palacio de Comunicaciones, al ver pasar a la columna de marchistas.

Mientras tanto, la cabeza de esa multitud avanzaba entre un estruendo de aplausos de la gente concentrada en la San Francisco y se abría paso en medio del bullicio de los altoparlantes que les daban la bienvenida.

En la Federación de Fabriles, Julio continuaba observando la gigantesca mancha humana extendida desde la plaza Pérez Velasco a lo largo de cinco calles, hasta la Mariscal Santa Cruz, cubriendo a su paso la plaza San Francisco. Debajo del balcón, llegaban constantemente más columnas de campesinos, universitarios, mineros, vecinos. Entusiastas voces saludaban la llegada de los manifestantes y miles de aplausos se elevaban en medio del discurso del orador, que llamaba a mantener la unidad alrededor de la central sindical. Luego habló una señora, antes que por los altoparlantes anunciaran la presencia de Julio.

El solo anuncio arrancó una ovación que retumbó a lo largo de toda la concentración. El hombre esperó con un

gesto teatral que la ovación recorriera uno a otro extremo, retorne y se refugie en los alrededores de la puerta de San Francisco. “¡Compañeros, compañeras! ...”, inició su discurso, arrancando instantáneamente otra explosión de aplausos.

-Ya están llegando los masistas y el jefe no quiere pues que se aprovechen de la situación –murmuraban a su lado.

El dirigente ahora convocaba a desoír los rumores de la renuncia del Presidente y a continuar con las movilizaciones. De nuevo le interrumpieron los aplausos. Al fondo, por la Mariscal Santa Cruz, vio llegar la gigantesca víbora humana encabezada por la Confederación de Colonizadores. Entonces acortó su discurso, para terminar declarando, eufórico, el inicio del cerco a la plaza Murillo.

La abrupta entrada a la Federación de fabriles, de los dirigentes que acababan de llegar, exigiendo a gritos el derecho al micrófono era ahogada por una voz impersonal que, a nombre de la dirección nacional, felicitaba a la población.

El entusiasmo que empujó a Fidel al balcón se esfumó rápidamente. Sorprendido, veía impotente el inicio del desbande de la multitud. Quiso volver a encender la euforia, pero ya la muchedumbre comenzaba a moverse, buscando la calle Socabaya para subir a la plaza Murillo. Detrás de Fidel, otros dirigentes todavía aguardaban alegres su turno.

En una de las esquinas de la plaza, un pequeño grupo de universitarios seguía paralizado viendo pasar la interminable columna, antes de estallar en frenéticos gritos de vivas a la huelga indefinida. “Apenas nos han visto, se han hecho dar su diarrea revolucionaria”, le contó meses después Ramiro a Giomar y estalló en una carcajada cuando su amiga le dijo que también ella se encontraba en aquél grupito.

La gigantesca víbora humana terminó de ingresar a la plaza San Francisco y se diluyó en el mar de gente. Al igual que en La Paz y El Alto, en las esquinas, los manifestantes

comentaban las constantes nuevas informaciones. Algunos aseguraban que los partidos aliados del Presidente habían abandonado el gabinete de Ministros y sólo esperaban la renuncia. Otros decían que el Goni dejaría la presidencia a una Junta Militar, para arrastrar en su caída a los que aspiraban a mantenerse en el poder.

Delante de la puerta del edificio de los fabriles, Julio y la plana mayor de la dirección sindical veían cómo las columnas de gente se desbandaban. También los periodistas perdieron interés en la concentración, desde que se anunciara el inicio del cerco. Algunas delegaciones preferían quedarse y formaban grandes manchas que atraían a los vendedores ambulantes. En el centro de la plaza San Francisco, el grupo de dirigentes nacionales, junto a Julio, comenzó a diluirse cuando alguien sugirió llevar al jefe a almorzar. De inmediato el puñado de hombres se perdía por el fondo de la calle Sagárnaga.

-Ellos van a ir conmigo y ustedes cuatro regresen donde los fabriles –sorprendió Julio en el almuerzo –yo les voy a estar llamando –añadió distraído.

En las calles de El Alto, el rumor de la renuncia de Sánchez de Lozada circulaba como un remolino.

-Dice que hay un fuerte movimiento en el Palacio de Gobierno.

-Pucha, ¿no?, dicen que el Goni va a escapar.

-Si ganamos el triunfo, esta noche vamos a chupar, vamos a bailar –terció Bernardino.

A las tres de la tarde otra compacta masa de gente comenzó a salir del complejo de Villa Ingenio. Se dirigieron primero a la avenida Chacaltaya, para después tomar hacia la Ceja. Muchos tenían el radiotransistor pegado al oído.

-¡El Goni está escapando! ¡El Goni se está escapando!
-comenzaron a levantarse gritos, cuando vieron pasar un helicóptero en dirección al Aeropuerto.

-¡El gringo maleante está huyendo!

-¡Ahí está pues, ese desgraciado!

Algunos aseguraban que había dejado su carta de renuncia al Congreso Nacional.

-¿Para qué seguimos marchando? Vámonos a nuestras casas.

Poco a poco, la multitud de la Juan Pablo II se disolvía. Muchos volvían a sus casas y seguían por televisión la noticia. Las imágenes mostraban la residencia presidencial. De la puerta trasera, salían vehículos con los vidrios ahumados. Rodaban en dirección a la zona sur. Después, otro despacho mostraba a las movilidades ingresando al Colegio Militar, en Irpavi. Los guardias abrían el portón y los vehículos se perdían por un instante, para reaparecer a un costado y estacionarse en la cancha de fútbol, donde esperaba el helicóptero. De los vehículos salían apresurados unos hombres cargando maletas al helicóptero. Al final, la voz de la locutora se lamentaba que Sánchez de Lozada hubiera abandonado la presidencia.

Mientras tanto, la tarde era un plomo cayendo sobre la alfombra humana en el centro de La Paz. De vez en cuando, el estruendo de las explosiones en los alrededores de la plaza Murillo y de la San Francisco daban nueva vida a la espera.

Apenas se perdió la voz robótica, se imaginó Julio al Ministro echando también ese celular al basurero. "Una sola llamada, después se desecha", le escuchó decir alguna vez.

-Hermano -le dijo a Roberto, pasando familiarmente el brazo sobre su hombro -tienes que ir donde los fabriles y le dices al Gordo que suspenda hasta las seis el ampliado. Dile que no se preocupe, porque la gente del Evo también está de acuerdo con no fregar más. Luego te vienes.

Le acompañó hasta la puerta.

-Para el Gordo y su gente compras treinta tarjetas para celular –escuchó el hombrecito, a tiempo que sentía una mano llenándole el bolsillo.

Así, en la habitación sólo quedaban Julio y otros dos dirigentes. Por instantes, el silencio les permitía escuchar las miles de voces que llegaban como murmullos desde la lejanía. Se imaginó la sala de reuniones de los fabriles vacía. En la testera, el Gordo estaría ahora escuchando atentamente sus órdenes por medio del celular.

-No vamos a cambiar nuestra determinación de mantener la huelga, hasta que oficialmente se conozca la renuncia –respondía después el Gordo al enjambre de periodistas, mientras al otro extremo de la testera, otro grupo de hombres discutía acaloradamente.

-Dicen que el Carlos Mesa nos está pidiendo permiso para que dejemos pasar a los parlamentarios a la plaza Murillo –se escuchaba.

-Si él nos está pidiendo permiso, entonces reconoce que ahora el poder está aquí, en nosotros –respondía otra voz.

-Yo creo que van hacer conocer la renuncia recién en la noche, por temor a que la gente se les desborde –comentó afuera Ramiro a un grupo de colonizadores.

Esperaban, sentados en la vereda, nuevas informaciones. Entre ellos, uno que escuchaba el radiotransistor aumentó el volumen, enmudeciéndoles por un instante. "... visto cómo le ha matado a sangre fría a ese soldadito que no quería disparar. No me he soñado pues, para que ahora ellos digan que es mentira", alcanzaron a oír, antes que el hombre retirara el aparato.

La gente hablaba de todo, para no hablar de nada. Por eso no se sorprendió Ramiro cuando el ampliado de la COB convocado primero para las cuatro de la tarde, postergado para las seis, fuera instalado en la Federación de Fabriles a las siete. Luego que el secretario leyera la lista de las or-

ganizaciones afiliadas, confirmó la presencia de todos los sindicatos. Como acordaron, antes de entrar a la sala, uno de los delegados pidió que la Comisión designada al parlamento les informara. "No han regresado", gritó alguien y un remolino alteró el ambiente. Desde la testera, una voz desesperadamente anunció cuarto intermedio, en espera de la comisión. Los asistentes deambulaban por la sala. Disimuladamente Julio llamó por celular, alcanzando apenas a pedir que el licenciado le llamara. Minutos después, un chillido agudo salía de entre su chamarra.

-¡Licenciado! -respondió, fingiendo sorpresa. -Si en media hora no regreso, declaras cuarto intermedio hasta mañana, a las ocho, donde los maestros -le dijo al Gordo, alejándose con el celular pegado a la oreja.

Pequeños grupos desprendidos de la multitud rondaban por la Federación de fabriles. Esperaban escuchar por los altoparlantes el inicio del ampliado, hasta que, sorprendidos, oyeron que el encuentro se suspendía para la mañana siguiente. El grupo en el que se encontraba Julia comenzaba a dispersarse.

-Antes que todos se vayan, nos reuniremos pues, para hacer nuestra estrategia -dijo alguien al vacío.

-Ese ya está haciendo su estrategia con la pollita -respondió una voz en medio del estallido de risas, mientras veían a Julia y otro dirigente perderse entre el tumulto.

Con el paso de las horas, el rumor de la renuncia había crecido hasta confirmarse al anochecer. Eran las nueve y por las calles comenzaba a circular mayor número de gente.

En Santiago II la noticia de la renuncia coincidió con la llegada de un nuevo contingente de mineros y campesinos desde Oruro. Comenzaron a llegar pasada las nueve y media de la noche, iluminados por la frescura de la oscuridad. La columna de gente era interminable y su paso sólo concluiría cerca de la media noche. Pesadamente los camiones

cruzaban la zona en medio de bocinazos y explosiones de dinamita. Los estruendos eran como un imán que atraía a los vecinos. Repartían panes, dulces, bolsitas de coca entre los recién llegados.

-Ya hemos ganado. ¿Ahora qué hacemos? Tanto nos hemos sacrificado —preguntó Bernardino, en la cancha de Villa Ingenio.

Más allá, las últimas fogatas agonizaban, llevándose consigo el testimonio de la revuelta alteña. La noche avanzaba plácida sobre El Alto y La Paz. A poco de confirmarse la renuncia de Sánchez de Lozada, voceadores de periódicos corrían por las calles.

-¡Lea; lea todo sobre la renuncia de Goni. La plata que se ha robado! —anunciaban.

También comenzaban a circular vehículos particulares por las principales avenidas. Primero pasaban tímidos, después iluminando felices con los faroles.

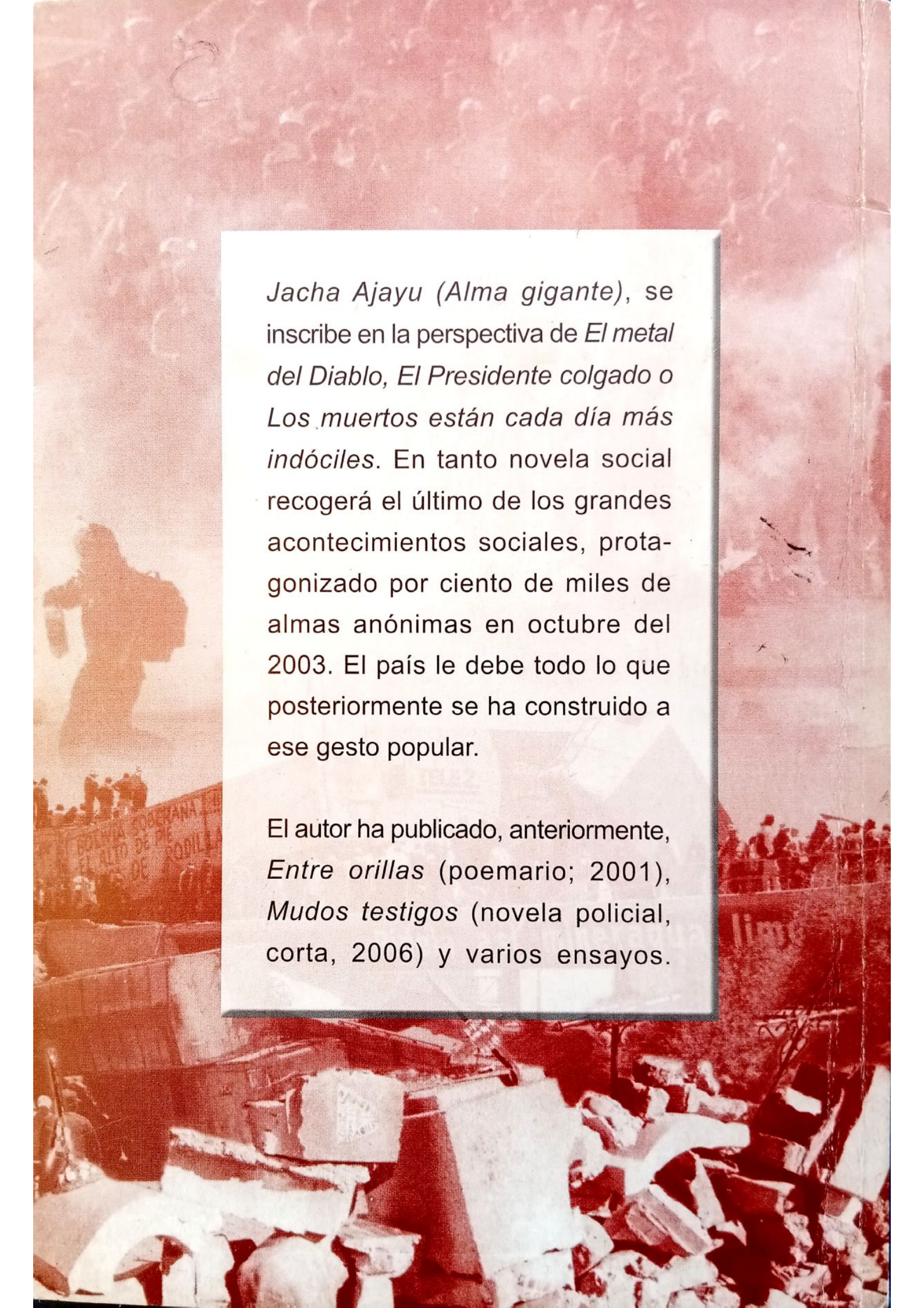
-Vamos a comer algo —sugirió Sergio, mientras caminaba junto a Ramiro hacia el Estadio.

Al entrar a un Snack se sorprendieron por la cantidad de familias, parejas, que estaban en el lugar. Era cerca de las once y media de la noche. En las demás mesas, el masticar ansioso de dientes arrancando presas de carne, detuvo la vista de Ramiro. Las manos le temblaban sin motivo aparente y su boca se estiraba en una mueca. De la nada, fluyeron el perro cruzando la calle mientras aullaba desgarrador, la mancha humana amagando como una gigantesca lengua en San Francisco o el hombrecito, cerca del Obelisco, saltando eufórico, asegurando que los q'aras en la zona sur estaban rindiéndose. Los recuerdos atropellaban su mente, reviviendo todos los hechos de la semana.

Los rostros, devorando las presas, seguían electrizándole la vista. Mientras su mirada quedaba prendida en ellos, se fueron ordenando los recuerdos en una secuencia cris-

talina. Fue como si recién llegara hasta él la conmoción de los últimos días. Una certeza fugaz le cruzó ayudándole a emerger como de un sueño y supo que entre cientos de miles de almas habían impulsado una revuelta popular. De pronto sintió el cansancio de las marchas, del bloqueo de calles, apaleándole el cuerpo, hasta que se le desplomaron los hombros sobre el espaldar. No podía liberarse del vacío abrumador asomando en lágrimas secas que apenas tintineaban en sus pupilas. Pensó en el ampliado de mañana, de la Central Obrera y sintió cómo el cansancio antelado terminaba de aplastarle la noche en el rostro.

-Para ellos debe ser pues como un deshago psicológico —dijo en voz baja Sergio, pasando disimuladamente la mirada sobre las otras mesas, mientras se aproximaba el garzón.



Jacha Ajayu (Alma gigante), se inscribe en la perspectiva de *El metal del Diablo*, *El Presidente colgado* o *Los muertos están cada día más indóciles*. En tanto novela social recogerá el último de los grandes acontecimientos sociales, protagonizado por ciento de miles de almas anónimas en octubre del 2003. El país le debe todo lo que posteriormente se ha construido a ese gesto popular.

El autor ha publicado, anteriormente, *Entre orillas* (poemario; 2001), *Mudos testigos* (novela policial, corta, 2006) y varios ensayos.